

“MI VEREDA EN PLÁSTICO”

**UN ESTUDIO DESDE LA ECOLOGÍA POLÍTICA DE LA
TRANSFORMACIÓN DE LOS USOS DEL SUELO RURAL Y RESISTENCIA DEL
CAMPELINADO FRENTE A ESTOS PROCESOS EN LA VEREDA GUAPANTE
DE GUARNE ANTIOQUIA.**

BANER YULIAN SANCHEZ CARDONA



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA FACULTAD DE

CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL

MEDELLÍN

2018

“MI VEREDA EN PLASTICO”

**UN ESTUDIO DESDE LA ECOLOGIA POLITICA DE LA
TRANSFORMACION DE LOS USOS DEL SUELO RURAL Y RESISTENCIA DEL
CAMPELINADO FRENTE A ESTOS PROCESOS EN LA VEREDA GUAPANTE
DE GUARNE ANTIOQUIA.**

BANER YULIAN SANCHEZ CARDONA

Trabajo de grado para optar al título de Trabajador Social

ASESORES:

GUILLERMO CORREA

PABLO BEDOYA



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS

DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL

MEDELLÍN

DEDICATORIA

Este escrito es dedicado con mucho aprecio a los campesinos de la vereda Guapante y a los campesinos de las veredas vecinas que trabajan en los invernaderos de tomate del sector, los cuales laboran fuertemente día a día para mejorar sus condiciones de vida. Sin la participación, colaboración y ánimos de ellos, este trabajo no hubiese sido posible.

Dedico también a mi padre, Martin Sánchez, el cual desde mi niñez despertó intriga por el ámbito académico y me incentivó diariamente para continuar con mis estudios, motivándome a preguntarme por las problemáticas sociales, las dinámicas de poder y el crecimiento intelectual. Gracias a mi padre este trabajo se realizó, debido a que me acompañó y dio fuerzas para no desistir ante los obstáculos que se iban presentando.

Principalmente dedico este trabajo a mi municipio, Guarne, el cual, desde mi manera de ver el mundo, puede cambiar de manera positiva. Un pueblo al que hoy miro con otros ojos, que aunque está sumido históricamente por saqueos por parte de los políticos, contratistas y malas administraciones municipales, se levanta y sigue luchando por reivindicar justicia social y su propia identidad. Este trabajo es dedicado al pueblo de mis anhelos, al pueblo de mis deseos, el pueblo por el que quiero seguir creciendo y mejorando diariamente para aportar mis saberes e ideales a la formación y construcción de posturas y pensadores críticos, a ese pueblo de mis memorias que cada vez está más sumido por los procesos de expansión de la ciudad. Mi pueblo amado, pueblo querido, pueblo de mis añoranzas.

AGRADECIMIENTOS

Al Doctor Guillermo Correa por el cual siento una profunda admiración y respeto, que con sus saberes y acompañamiento constante me inspiró y apoyó para la elaboración del trabajo.

Al profesor Pablo Bedoya quien me orientó y guio en la construcción del trabajo.

A mis amigos quienes diariamente me alentaron a construirme mis metas y con su apoyo incondicional me aportaron para crecer académicamente.

A Marcela Bermúdez por su paciencia y acompañamiento.

A Jhon Cuello, que con sus charlas se podía llegar a debates profundos para analizar y pensar problemáticas en el municipio.

A Mónica Álvarez, que con su apoyo al inicio del trabajo se formuló una posible ruta a seguir de este trabajo.

A Gabriel Zuluaga quien me ha animado y apoyado para la consecución de mis objetivos.

Contenido

DEDICATORIA	3
AGRADECIMIENTOS	4
Resumen	8
INTRODUCCIÓN	10
Planteamiento del problema	11
El capitalismo y los impactos ambientales	15
Consolidación del mercado y repercusión en la agricultura.....	19
La liberación económica y el nuevo orden territorial.....	32
Vereda Guapante, algunas generalidades	37
Estado del arte	38
CAPÍTULO I. MARCO REFERENCIAL.....	43
Memorias metodológicas	43
Referente teórico	47
Referentes conceptuales	49
CAPÍTULO II. USOS DEL SUELO RURAL EN LA VEREDA GUAPANTE EN LA DÉCADA DE 1950. EN MEMORIA A NUESTRAS TRADICIONES AGRÍCOLAS.	55
El fique como base de la identidad del campesinado guarneño	61
La producción de los alimentos, “de la siembra a la mesa”	63
Las plantas medicinales y la salud familiar.	66

La producción animal.....	67
Los pastos de corte.	68
La vivienda tradicional y la llegada del desarrollo.	68
La familia campesina tradicional y la producción agrícola.	70
Diversidad biológica agrícola como uso principal del suelo.....	73
El poder económico dominante: La Revolución Verde.	75
Economía de mercado y biodiversidad agrícola: una relación incompatible.	78
CAPÍTULO III. LOS MONOCULTIVOS, CAMBIOS EN LA AGRICULTURA.....	81
Control de las semillas.	96
Nuevas formas de contratación del suelo.....	99
Transformaciones estéticas del territorio.	102
El eufemismo detrás de los agroquímicos y los fertilizantes.	105
CAPÍTULO IV. LA RESISTENCIA CAMPESINA EN GUAPANTE, LÍMITES Y	
CONTRADICCIONES	108
El monocultivo y el futuro de la resistencia, un problema a mediano y largo	
plazo.	115
¿Quiénes pueden resistir y quienes no?	117
Identidad y resistencia.	121
El discurso del desarrollo sostenible en Guarne.....	124
Resistencias emergentes en Guarne: “No a la minería”	128

La resistencia en Guapante, un reflejo de la dinámica global	132
CONCLUSIONES.....	136
RECOMENDACIONES.....	138
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	140
ANEXOS	148

Resumen

En este escrito se mostrarán algunos de los principales usos del suelo tradicional y actual en la vereda Guapante, perteneciente al municipio de Guarne, Antioquia, Colombia, haciendo referencia principalmente al monocultivo como un uso del suelo moderno que ha implicado importantes cambios en aspectos políticos, económicos, sociales, culturales y ambientales en dicho territorio. También se establecerá un paralelo entre la agricultura tradicional de la década de los 50 y la agricultura moderna, haciendo énfasis en el impacto que tuvo la revolución verde en la transición, que se traduce en pérdida de la diversidad biológica agrícola y la autonomía del campesinado. Adicionalmente se evidencia la incompatibilidad de los modelos tecnificados y la sostenibilidad ambiental, los cuales han ocasionado formas visibles y cotidianas de resistencia campesina en el territorio.

Palabras claves:

Uso tradicional del suelo, uso moderno del suelo, revolución verde, endeudamiento, extractivismo, resistencia.

Abstract:

This writing shows some of the main uses of the traditional and current land in the countryside of Guapante which belongs to Guarne, Antioquia, Colombia. This is done by making reference principally to monocultures as a use of the modern land that has produced important changes in political, economic, social, cultural and environmental aspects in this territory. A parallel between the traditional agriculture in the 50s and the modern agriculture will be drawn, by emphasizing the impact of the green revolution in the

transition which refers to the loss of biological and agricultural diversity as well as the autonomy of the peasantry. Additionally, the incompatibility of the technical models and the environmental sustainability which have caused visible and everyday ways of peasant resistance in the territory are evidenced.

Keywords:

Traditional land use, modern land use, green revolution, indebtedness, extractivism, resistance.

INTRODUCCIÓN

La idea de la investigación surge debido a que en un solar del municipio de Guarne veo nacer varias plantas de tomate de aliño, como resultado de unos tomates podridos que unos amigos habían arrojado al suelo porque ya no se podían consumir. Al observar detenidamente las plantas, ocurre una gran inquietud ¿Por qué nacieron tan fácilmente esas matas de tomate? No busqué una posible respuesta.

Más adelante me fui para la finca de mi madre ubicada en la vereda de Guapante y observé a varios campesinos botando tomates a la quebrada debido a los bajos precios que estaban pagando por este alimento y me pregunté ¿si están tirando al agua los tomates porque siguen cultivándolos?

Es así como decido realizar una investigación en la tierra que te tanto quiero, en la cual tengo un profundo arraigo por las montañas que me vieron crecer y a las cuales les debo mucho de mi personalidad y forma de ser, mis valores, actitudes y anhelos. Esa vereda, la que históricamente ha aportado gran cantidad de alimentos al oriente antioqueño, expresiones culturales y calidad humana de sus habitantes.

Como resultado, este escrito que parte planteando el problema a nivel global para luego situarse en Guarne, pues como es sabido, las dinámicas locales están permeadas de una u otra forma por el contexto histórico mundial. Luego, un primer capítulo con el marco referencial, presenta las memorias teóricas y metodológicas que muestran el recorrido que se hizo para alcanzar los datos que dieron vida al estudio alrededor de teorías, enfoques, conceptos, estrategias y técnicas, a través de las cuales fue posible hacer un trabajo

riguroso, sistemático y fundamentado. En el siguiente capítulo, el capítulo II “usos del suelo rural en la vereda Guapante en la década de 1950” describe partes de la historia de este territorio resaltando los quehaceres, sentidos, significados y costumbres del campesinado en torno a la agricultura tradicional.

Seguidamente, el capítulo III “Los monocultivos, cambios en la agricultura”, se desplaza hasta el momento presente para describir los cambios que han sufrido la agricultura y los usos del suelo gracias a la llegada de la tecnificación a la vereda, expresada especialmente en la implementación del monocultivo de tomate de aliño. Por último, el capítulo V “La resistencia campesina en Guapante, límites y contradicciones”, es una muestra de las estrategias de las cuales se sirven los campesinos para vivir en medio de un territorio cambiante e intervenido por las dinámicas del desarrollo económico, el progreso, el mercado y la creciente tecnificación, dejando cada vez más atrás a la agricultura tradicional, lo que además ofrece un panorama prospectivo de lo que podría ser este territorio a futuro.

Planteamiento del problema

Las condiciones bajo las que se encuentra el campo colombiano en la época actual, a comienzos del siglo XXI, son el resultado de un proceso histórico que se viene desarrollando desde el siglo XVI, momento en el cual se comienzan a generar unas lógicas económicas y sociales diferentes, pues es en aquel siglo cuando se erige el capitalismo como sistema económico imperante. Estas nuevas lógicas que se comienzan a gestar, propenden por la acumulación de capital, lo cual se logra a partir de la plusvalía generada

por la acumulación del dinero. “Sin embargo, la acumulación de capital presupone la plusvalía; la plusvalía, la producción capitalista, y ésta, la existencia en manos de los productores de mercancías de grandes masas de capital y fuerza de trabajo”. (Marx, 1867, p.102)

En palabras de Marx, la acumulación originaria de la cual se vale el capitalismo en sus inicios, no es otra cosa que el proceso de disociación entre el productor y los medios de producción. A partir de la expropiación de tierras que se realiza a muchos campesinos durante el proceso de consolidación de este sistema, se dan unas lógicas de acumulación por parte de los nuevos capitalistas. Es así como la génesis del capitalismo es el desequilibrio y la exclusión, ya que al tiempo que se generan y crean riquezas, estas sólo se concentran en exceso en determinadas personas y territorios. Además, aunque sea garantizado el crecimiento de la producción a partir de ideas de progreso tecnológico, se tienden a excluir del mercado laboral a un número cada vez mayor de personas. (Segrelles, 2001).

El capitalismo ha pasado por diversos momentos debido a que en el transcurrir de la historia le ha sido necesario adoptar diferentes estrategias con el fin de continuar su hegemonía; una de éstas es la invención del desarrollo, el cual debe ser visto como “un régimen de representación”. Esta “invención”, que resultó tras la finalización de la segunda guerra mundial, cuando el presidente de Estados Unidos, Harry Truman, en su discurso de posesión en 1949 realiza un llamado a su país y al mundo para resolver los problemas de las “áreas subdesarrolladas”; iniciando así una nueva comprensión y manejo de los asuntos mundiales, moldeando toda concepción de la realidad y la acción social de aquellos países económicamente menos avanzados, que desde entonces son concebidos como

subdesarrollados. (Escobar, 2007: 12, 19). Éste surge como una problematización de la pobreza, creando un lugar en el que los países pobres son conocidos, definidos e intervenidos. En este sentido, Escobar (2007) afirma que:

El propósito era crear las condiciones necesarias para reproducir en todo el mundo los rasgos característicos de las sociedades avanzadas de la época: altos niveles de industrialización y urbanización, tecnificación de la agricultura, rápido crecimiento de la producción material y los niveles de vida, y adopción generalizada de la educación y los valores culturales modernos. Capital, ciencia y tecnología eran para Truman aquellos que podían lograr tal revolución (p. 20).

Esta idea se promulga en Asia, África y América Latina, siendo aceptada y mejorada por la élites y gobernantes del denominado Tercer Mundo; desde sus inicios, el modelo de desarrollo comprendía una propuesta histórica: “la transformación total de las culturas y formaciones sociales de tres continentes de acuerdo con los dictados de las del llamado Primer Mundo”, lo cual se lograría sólo mediante la planificación; buscando así que estas milenarias y complejas culturas imitaran a los países económicamente avanzados, los racionales occidentales (Escobar, 2007, p. 11). El mundo se convierte entonces, en un espacio lleno de problemas por resolver, “un horizonte desorganizado que debe ser colocado en el camino de la libertad ordenada”, esto se llevaría con o sin el consentimiento de quienes serían a partir de entonces reformados (p.58).

En las últimas décadas del siglo XX se da la guerra fría, convirtiéndose en un momento clave en la conformación de la estrategia del desarrollo; la lucha entre Oriente y Occidente

se había desplazado al Tercer Mundo y en este contexto, el desarrollo se convirtió en una estrategia para impulsar los planes de la civilización industrial, al mismo tiempo que se promovía tal rivalidad. La confrontación que se dio entre Estados Unidos y la Unión Soviética adjudicó legitimidad a la empresa de modernización y al desarrollo, por lo que la extensión de la influencia política y cultural se convierte en un fin en sí mismo (Escobar, 2007, p. 69). Cuando se da la ausencia de la oposición soviética, el capitalismo da rienda suelta a su lógica inmanente, al no tener la necesidad de mostrar su falsa voluntad de reparto ni superioridad frente a los sistemas socialistas, permitiéndose así dejar a un lado su cara amable, que para entonces era la socialdemocracia y el Estado de Bienestar. (Segrelles, 2001). En este contexto, el mercado mundial comienza a ser visto como el punto de referencia para el desarrollo de los países (Londoño, 1998).

Se difundió la idea de que sólo la industrialización de los países pobres podría eliminar la desventaja que éstos enfrentan en el comercio internacional, en la elaboración de bienes primarios que darían una equitativa competencia a los bienes producidos en los países industrializados. Con la industrialización, los países pobres pasarían de elaborar bienes fallidos, a producir bienes con un mayor nivel comercial. Se consideraba entonces, que sólo a través de la industrialización y la urbanización, era posible alcanzar la modernización. Además, se daba la premisa de que sólo mediante el desarrollo material, se producía el progreso social, cultural y político (Escobar, 2007, pp. 78,133).

Resulta evidente entender la globalización como una nueva estrategia al servicio de una vieja idea, a partir de la cual el capitalismo mundial continúa absorbiendo beneficios de la mayor parte del planeta a través de las corporaciones transnacionales, cuyo único interés es

aumentar las tasas de sus ganancias (Segrelles, 2001). En este sentido, la globalización debe ser entendida como el desarrollo interdependiente que se da en las diversas esferas de la sociedad de forma desigual (económica, política, cultural); fueron los desarrollos tecnológicos aquellos que permitieron la transnacionalización de los capitales y sobrepasar fronteras (Londoño, 1998). Junto con las guerras anticoloniales de Asia y África, y el nacionalismo latinoamericano, se dieron otros factores que fueron moldeando el discurso del desarrollo; la guerra fría, la expansión de los mercados, el miedo al comunismo y la superpoblación, la ciencia y la tecnología son algunos de ellos (Escobar, 2007, p. 65).

Por otro lado, otro acontecimiento histórico como la caída del muro de Berlín en 1989 y la posterior desaparición de la Unión Soviética en 1991, es relevante en este contexto puesto que al antagonismo socioeconómico se sobrepuso el antagonismo ambiental, en el cual pugnan dos grandes grupos con intereses diferentes: por un lado se encuentran los Estados y las elites económicas, sociales y financieras que buscan un desarrollo basado en el beneficio inmediato, y por otro lado, está el grueso de la población, quienes aún “no oponiéndose a la calidad de vida que propicia el progreso tecnológico, contemplan cada vez con mayor preocupación la destrucción de su entorno natural y social, al mismo tiempo que abogan por un desarrollo sustentable” (Segrelles, 2001). Esto parece el surgimiento de contradicciones irreconciliables entre el crecimiento económico y la protección del medio ambiente (Oliver, 1986 citado por Segrelles, 2001).

El capitalismo y los impactos ambientales

Ante el tema ambiental, David Harvey (2014), señala que existe una idea muy extendida de que el capitalismo se choca con una contradicción fatal, que sería la crisis

medioambiental. “Me parece una tesis plausible aunque controvertida. Su plausibilidad deriva en buena medida de las presiones medioambientales acumuladas que surgen del crecimiento exponencial del capitalismo, pero existen cuatro razones fundamentales para poner en duda este planteamiento” (Harvey, 2014, p. 241).

En primer lugar, el capital tiene una prolongada trayectoria de resolución de sus dificultades medioambientales, sin importar si tiene que ver con la utilización de los recursos naturales, con la capacidad de absorber sustancias contaminantes o de lidiar con la degradación del hábitat, pérdida de biodiversidad, del agua entre otros. De forma rememorativa se han dado viejos pronósticos que aseguraban un final apocalíptico de la civilización y del capitalismo debido a los desastres naturales y a la escasez de recursos. A lo largo de la historia del capital, se han realizado demasiados agoreros donde se hace un número de predicciones con excesiva precipitación y frecuencia, unas de ellas son: En 1798 catástrofes sociales, hambrunas generalizadas, enfermedad y guerra a medida que el crecimiento exponencial de la población sobrepasara la capacidad de incrementar la producción de alimentos. En la década de 1970, Paul Ehrlich, argumentaba que la mortandad masiva por inanición era inminente a fines de esa década, cosa que no ocurrió. También, que el precio de los recursos naturales aumentaría de forma espectacular por la escasez de los mismos, y no fue así. El hecho de que tales predicciones no se cumplieran antes, no garantizan que esta vez no se esté gestando una catástrofe, pero sí da motivos para mostrarnos escépticos (Harvey, 2014, p. 241).

En segundo lugar, la naturaleza que se supone estamos explotando, agotando y que nos limita, está en realidad internalizada en la circulación y acumulación del capital. La capacidad de crecer de una planta forma parte, por ejemplo, de la agroindustria en su

búsqueda de beneficio y es la reinversión de este beneficio lo que hace que la planta crezca de nuevo al próximo año. Las características y los elementos naturales son agentes activos en todas las etapas del proceso de acumulación del capital. El flujo de dinero es una variable ecológica y la transferencia de nutrientes a través de un ecosistema puede también constituir un flujo de valor (Harvey, 2014, p. 242).

La tesis de dominación de la naturaleza que predomina tanto en los textos científicos como en el imaginario de las personas, no tiene cabida en los planteamientos de Harvey, puesto que ello supone algunos problemas a la hora de reflexionar sobre la relación existente entre capital y naturaleza, éstos se construyen erróneamente como dos entidades separadas en interacción causal para después agravar este error imaginando que el primero domina a la segunda. El capital es un sistema ecológico en constante funcionamiento y evolución dentro del cual tanto la naturaleza como el capital se producen y reproducen continuamente. Para Harvey esta es la forma correcta de verlo. Las únicas preguntas interesantes son entonces: ¿qué tipo de sistema ecológico es el capital?, ¿cómo está evolucionando? y ¿por qué podría ser propenso a la crisis?” (Harvey, 2014, p. 242). En este sentido, Harvey (2014) afirma:

El ecosistema está construido a partir de la unidad contradictoria de capital y naturaleza, de la misma manera que la mercancía es una unidad contradictoria de valor de uso (su forma material y «natural») y valor de cambio (su valoración social)” (p.243).

La naturaleza resultante no sólo evoluciona de manera imprevisible como consecuencia de las mutaciones aleatorias y las interacciones dinámicas autónomas incorporadas al

proceso evolutivo en general, sino que también está siendo activa y constantemente reformada y reconfigurada por las acciones del capital. Esto es lo que Neil Smith ha nombrado «producción de naturaleza» (Harvey, 2014, p. 243).

El tercer argumento que Harvey presenta, es que el capital ha convertido los asuntos medioambientales en una gran área de actividad empresarial, ya que las tecnologías ambientales cotizan un gran incremento en las bolsas mundiales. Una vez que esto ocurre, la configuración de la relación metabólica con la naturaleza se convierte en una actividad autónoma frente a las auténticas necesidades reales. La naturaleza se convierte de nuevo, según Neil Smith, en “una estrategia de acumulación” (Harvey 2014, p. 243).

En cuarto lugar, se dice que es perfectamente posible que el capital continúe circulando y acumulándose por medio de las catástrofes medioambientales que generan abundantes oportunidades para que un llamado capitalismo del desastre obtenga excelentes beneficios, donde ni las muertes por hambre de las poblaciones más expuestas, vulneradas y la destrucción masiva de los hábitats perturban necesariamente el capital, precisamente porque el capital nunca se ha retraído a la hora de destruir a las personas en su afán de lucro. Este tipo de distribución injusta de los perjuicios medioambientales podría robustecer un movimiento de justicia medioambiental, pero las protestas sociales correspondientes no representan hasta ahora una amenaza para la supervivencia del capital (Harvey, 2014, p. 244).

Consolidación del mercado y repercusión en la agricultura

En la década de los 50 se hace visible la consolidación hegemónica de Estados Unidos en el sistema capitalista a nivel mundial, se genera una creciente necesidad de expandir los productos estadounidenses en el mercado exterior y buscar nuevos sitios para invertir los excedentes de capital. La avalancha económica norteamericana exigía materias primas baratas para respaldar la reciente industria conformada que se convertiría luego en importantes multinacionales (Escobar, 2007, p. 67).

En este contexto, el discurso del desarrollo privilegió en los países del Tercer Mundo los cultivos para la exportación y no para la alimentación humana; la planeación centralizada dejó a un lado la participativa; el desarrollo agrícola a partir de granjas mecanizadas y uso de químicos reemplazó los sistemas agrícolas tradicionales implementados principalmente en pequeñas fincas; crecimiento económico acelerado y no estructuras de mercados internos que buscaran el beneficio de la mayoría de la población; soluciones para el capital, no para el trabajo (Escobar, 2007, p. 84).

Lo anterior se explica en el sentido de que luego de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos, al ver amenazada la supervivencia de la libre empresa, comienza a llevar a cabo diversas acciones con el fin de salvarla; las más significativas fueron: mantener unidos a los países que configuraban el centro del sistema capitalista mundial, lo cual suponía expansión continua, con el fin de contrarrestar la difusión del comunismo; encontrar las maneras de invertir el excedente de capital acumulado durante la guerra; encontrar mercados para sus bienes; asegurar su control sobre las fuentes de materia prima y establecer una red de poder militar a nivel global, con la idea de garantizar el acceso seguro a materias primas,

mercados y consumidores (Amin, 1976; Borrego, 1981; Murphy y Augelli, 1993 citados por Escobar, 2007, p. 129).

Este mismo período es conocido como el de la "revolución verde", lo que implicó la generalización de un desarrollo tecnológico caracterizado por poner atención en forma unilateral en el aumento de la producción, mediante la combinación de medios tecnológicos que realizaban una integración de la incorporación masiva de fertilizantes, el control químico de plagas, la mecanización de la agricultura, la expansión en gran escala de la investigación y la incorporación de sus resultados a la producción agrícola, la modificación de nuevas variedades de plantas y animales de mayor productividad.

La agricultura de exportación dejó de lado la importancia de promover la soberanía alimentaria o de no perderla. Alrededor de esto es necesario discutir si sólo los sistemas agrícolas integrados son los sustentables (Pengue, 2005, p. 48), pues éstos también evolucionan de manera permanente. La agricultura actual exige fuertes inversiones de capital y un planteamiento empresarial muy alejado del de la agricultura tradicional. De hecho aquí surgen algunos de los principales problemas de la distribución de alimentos. La situación del hambre no es un problema de producción, sino de distribución y de construcción o pérdida de capacidades para el acceso a los alimentos (Pengue, 2005, p. 48).

El mercado global convirtió a los alimentos en una mercancía, sostenido en una movilidad ficticia de la mano de un uso masivo de energía barata, dejando a un lado la función básica de estos productos para los pueblos, la cual es alimenticia y nutritiva. Por otro lado, muchas veces, el mundo olvida quien pone los precios de estos insumos, quien

valúa estas «energías baratas» y también a veces, a qué costos reales, en vidas humanas y recursos naturales, son obtenidos estos bienes. (Pengue, 2005, p. 48).

La felicidad mundial y la idea de progreso fueron planteadas como un enriquecimiento de los países empobrecidos y el desarrollo del mundo subdesarrollado, pues mediante un manejo de diseños y de sistemas sociales esto sería posible. Detrás de estos intereses generosos y humanitarios se edificaron estrategias de control. Los pobres del mundo se convirtieron a la larga en lugar de prácticas y exploraciones cada vez más sofisticadas y de una multiplicidad ineludible (Escobar, 2007, p. 77).

Es evidente el papel de Estados Unidos como representante de los países capitalistas en la industrialización de la agricultura en los países subdesarrollados, específicamente en Latinoamérica; esto como una estrategia que necesitaba el sistema capitalista para su revitalización a nivel mundial. Fue bajo supuestos altruistas de calmar la hambruna en cortos períodos de tiempo, que se incorporó la tecnología, las técnicas de producción y trabajo desarrollados por los países ricos; para acceder a estas nuevas adquisiciones, los países del Tercer Mundo debían pagar precios muy altos, lo cual se hizo ignorando las condiciones socio-económicas de la población campesina. Instituciones como la Fundación Rockefeller, la Fundación Ford o el Banco Mundial, divulgaron los nuevos métodos y técnicas destinados a aumentar la productividad en estos países (Segrelles, 2001).

Este proceso de intensificación agropecuaria en el mundo subdesarrollado generó consecuencias para estos países, su impacto se dio en los diferentes escalafones: su deuda externa se elevó, se generó un aumento de la tradicional dependencia ante los países ricos, además de altas ganancias para las empresas trasnacionales; se agrandaron las brechas entre

agricultores pobres y ricos, estimulándose la concentración de la tierra; por último, la utilización masiva de variedades genéticas de alto rendimiento (que en ocasiones se daba de forma innecesaria y desmedida) aumentó los costos de producción y el deterioro del medio ambiente. (Segrelles, 2001). En este sentido, Segrelles (2001) afirma que:

La agricultura “tradicional” apoyada en la biodiversidad, los métodos extensivos, el consumo de sus propias producciones (reempleo) y el respeto a los ciclos biológicos, deja paso a una agricultura "moderna" que produce mercancías y debe adquirir los medios de producción en el mercado libre.

Esta agricultura además, se ajusta al esquema Mercancía-Dinero-Mercancía; así como se desvincula del medio natural al utilizar energía no renovable e inclinarse al monocultivo, simplificando la diversidad biológica. La búsqueda de beneficios económicos y productivos a corto plazo convierten la agricultura en una actividad desequilibrada, dependiente y contaminante; las unidades de producción que cuentan con un mayor capital, se acomodan al esquema Dinero Inicial-Mercancía-Dinero Final, proceso que genera antagonismos entre las modernas empresas y las cada vez más marginadas economías campesinas, para las cuales es difícil acomodarse a los nuevos ritmos productivos (Segrelles, 2001).

En la actualidad, se intenta cada vez más acabar con la agricultura campesina, ya que es vista como un proceso arcaico e ineficaz, pues esta se convierte en inútil para el sistema. Son utilizadas diversas estrategias por los terratenientes locales, las trasnacionales y las políticas gubernamentales con el fin de lograr cumplir este objetivo: obstáculos para acceder a créditos, expropiación de las tierras, privatización, amenazas, extorsión, campañas realizadas por los medios de comunicación para desprestigiar y criminalizar el

movimiento campesino y sus reivindicaciones, incluso el asesinato (Segrelles, 2001). Además de esto, el despojo progresivo de la tierra ha sido un fenómeno constante en la historia socio-económica de los países latinoamericanos (Jacob, 1969 citado por Segrelles, 2001); lo que ha convertido a los campesinos en una población que comúnmente engrosa las periferias de las ciudades, pues han tenido que abandonar sus tierras como consecuencia de su progresivo empobrecimiento; al no estar preparadas las urbes para el gran éxodo rural, el campesinado se encuentra con el desempleo, empleos precarios, trabajo ocasional e incluso trabajo informal. Además, se generan problemáticas relacionadas con el hacinamiento y problemáticas sociales debido a la deficiencia de salud pública (Segrelles, 2001).

Tal como plantea W. Arthur Lewis (1954) citado por Escobar (2007), existe una división económica y social de los países en dos sectores: uno moderno y uno tradicional. En este sentido, el desarrollo consiste en la expansión de la economía monetaria sobre el campo de la subsistencia; lo que implica la invasión progresiva del sector tradicional. Este supuesto orientó la visión de desarrollo tanto de la mayor parte de los economistas como de las organizaciones internacionales. La tradición era sinónimo de atraso, por lo que era considerada como una carga que debía ser eliminada, además de ser una parte de la economía que no tenía nada que aportar al proceso del desarrollo (p.139).

Para el período de 1950, dos tercios de la población colombiana, se ubicaba en las áreas rurales; la agricultura generaba al Producto Interno Bruto el 40%. Con la implementación de las diferentes reformas que para aquel entonces se comenzaron a llevar a cabo, esta cifra disminuyó progresivamente; para el año 1985, se estimaba que la población rural representaba un 30% del total nacional. Aunado a esto, se puede identificar el crecimiento

de las ciudades y con ello, del sector manufacturero; por lo que el país para entonces, pasaba de una economía rural a una urbana. En esta época, se presenta una tendencia al estancamiento de los cultivos campesinos y, a su vez, altas tasas de crecimiento de los cultivos producidos por agricultores capitalistas en condiciones modernas, lo que implicó un alto grado de mecanización, uso de insumos químicos y tecnología. Se dan cambios significativos en cuanto a lo social y lo cultural, además de un empobrecimiento masivo del campesinado (Escobar, 2007, p. 217).

Lo anterior evidencia el primer rasgo de la mayor parte de la agricultura latinoamericana y en este sentido, de la agricultura colombiana: crecimiento del sector moderno y estancamiento del tradicional. Esto es explicado por economistas marxistas (Crouch y de Janvry, 1980), en el sentido de que es la clase social la principal determinante de la producción y el consumo, puesto que los cultivos denominados tradicionales son producidos y consumidos por campesinos, aunque algunos de éstos formen parte de la dieta urbana; por su lado, los cultivos comerciales, producidos por capitalistas, son destinados para consumo urbano, industrial o suntuario, o para exportación. Esto refleja una serie de determinantes históricos, políticos y agroeconómicos; en el caso colombiano, los terratenientes han tenido gran influencia sobre las decisiones estatales, lo que se traduce en políticas estatales como medidas proteccionistas a sus capitales; además han sido quienes tienen la capacidad de responder ante los insumos, las condiciones geográficas y el factor trabajo (Escobar, 2007, p. 218).

Cuando la teoría del desarrollo desplaza su énfasis a la modernización agrícola, el resultado inicial es la revolución verde, la cual busca neutralizar “la rebelión social, desmovilizar a los campesinos politizados e incrementar la producción, proporcionando un

elemento exportable” (Escobar, 2007, p. 219). El objetivo principal de la revolución verde fue, según Escobar (2007), la gradual extensión del sector moderno, lo que genera la producción de alimentos baratos a través de la tecnología que hace uso más intensivo de la tierra a través de menor mano de obra (p.222).

A pesar de que en América Latina gran parte de los cultivos alimenticios son producidos por campesinos, éstos son incapaces de acumular, aunado a esto, cada vez se les despoja más; aquellos que permanecen en la producción, cada vez más lo hacen para el autoconsumo, la mayoría son desplazados de sus tierras para ser convertidos en mano de obra proletaria o semiproletaria ya que aún tienen tierras, pero no las suficientes para sobrevivir, aunque campesinos de muchas regiones han resistido a la acometida del capitalismo comercial manteniendo sus fincas familiares, la tendencia general, apunta hacia la proletarización (Escobar, 2007, p. 223).

Por otro lado, Neto (1986) citado por Segrelles (2001), afirma que los monocultivos traen consigo una disminución álgida de la diversidad de los ecosistemas, que son los que permiten el mantenimiento de los equilibrios naturales. Ante la pérdida de los mecanismos naturales de control, resulta necesaria la utilización de fertilizantes y pesticidas que tienen un alto grado de toxicidad; estos aumentan el daño ambiental, pues ocasionan contaminación en el suelo, el agua y el aire; además, alteran la estabilidad de los ecosistemas. Al estar ubicado gran parte del territorio Latinoamericano en trópicos, la utilización de agroquímicos resulta mucho más perjudicial, debido a su mayor complejidad en cuanto a los ecosistemas se trata.

Ante este panorama, se observa también, el surgimiento de los cultivos transgénicos, los cuales se reconocen porque sus características genéticas son modificadas buscando que el

comportamiento, las funciones y los rasgos de las semillas, se adapten a ciertas condiciones que no poseen las especies naturales. Si bien es sabido que el hombre desde su estado más primitivo ha domesticado, seleccionado y cruzado plantas y animales; la mencionada manipulación genética puede tener repercusiones incalculables, quizás también irreversibles para las personas y el medio natural. (Hobbelink, 1987 citado Segrelles, 2001). Este tema ha generado un intenso debate entre defensores y detractores de estas tecnologías.

Siendo Estados Unidos el principal defensor de los transgénicos, ha basado sus argumentos en que las diversas restricciones mercantiles dadas a los organismos modificados genéticamente se convierten en un obstáculo al desarrollo mundial de la agricultura, además de frenar la posibilidad de acabar con la desnutrición y el hambre mundial; también argumenta que esto se debe a una violación de los acuerdos internacionales de comercio. Aun así, es sabido que los diversos argumentos utilizados por las empresas biogenéticas y los países productores y exportadores, buscan incansablemente intereses económicos, políticos y estratégicos en los países “consumidores” (Segrelles, 2001).

Los planteamientos anteriores, evidencian cómo la agrogenética acrecienta la relación de dependencia de los países pobres, pues esta industria hace que sea necesaria la utilización de sus fertilizantes, pesticidas y semillas en todo el proceso de siembra. De este modo, son estas las que fijan los precios en toda la cadena de producción, no el mercado, como hacen creer (Segrelles, 2001).

A pesar de que de forma tradicional los campesinos latinoamericanos, africanos y asiáticos utilizan su sabiduría milenaria a través del cultivo diversificado, asegurando así

una parte de la cosecha ante plagas, enfermedades y catástrofes; siempre supieron cultivar variedades de una misma especie, acumulando una valiosa selección de patrimonio biológico, el cual fue usurpado por los países ricos mediante la aculturación y conquista; ahora, estos campesinos sólo cultivan pocas especies y variedades, aquellas más rentables o demandadas por el mercado internacional. La pérdida de estos fitogenéticos es alarmante, pues con ellos se pierden posibilidades alimentarias, medicinales, culturales y ecológicas de las poblaciones originarias (Segrelles, 2001).

A partir de los años 80, en América Latina y la mayor parte del Tercer Mundo, pero también en Estados Unidos y Reino Unido, se dan un conjunto de enfoques, a los cuales se les denomina economía neoliberal; lo que da paso a la liberalización del comercio y los regímenes de inversión, a políticas de estabilización y reestructuración bajo el control del Fondo Monetario Internacional y a la privatización de empresas estatales (Escobar, 2007, pp. 163-164).

Como reacción frente a estos procesos neoliberales de globalización, liberalización comercial, sacralización del mercado y expansión de la agrogenética, que en otras palabras es la privatización de la materia viva: la semilla; y la progresiva e insostenible contaminación ambiental, campesinos de los países latinoamericanos en una organización constante, buscan a través de diversas formas de resistencia, la consolidación de una agricultura sostenible basada en el uso de cultivos orgánicos; se niegan al despojo de sus conocimientos milenarios, pues es este el único camino que tienen para afrontar su desaparición y el desastre humano, rural, agrario, cultural, biológico y ecológico que genera un sistema económico cuyo lema es la explotación del hombre por el hombre sin importar lo que esto implique (Segrelles, 2001).

El surgimiento de estos movimientos populares, donde su eje central es la plena conciencia de la insostenible progresión en la destrucción del ambiente, demuestra que las “preocupaciones ambientales no sólo son un privilegio que puede concederse a los países opulentos” (Segrelles, 2001). Dichos movimientos se encuentran conformados por personas y comunidades autóctonas que se movilizan contra la destrucción de los modos de vida de amplios grupos humanos; en otras palabras, luchan por su supervivencia. Esto es lo que J. Martínez Alier (1995), citado por Segrelles, 2001, denomina la *ecología de los pobres*.

Colombia no ha sido ajena a la revolución verde y a su implementación en el territorio latinoamericano, como tampoco a las dificultades sociales y económicas que esta desencadenó; como afirma Escobar (2007), la idea de subdesarrollo de América Latina, y la intención por igualarla a los países denominados desarrollados, especialmente a Estados Unidos, ha buscado convertirla en un clon de estos en los temas asociados al desarrollo industrial y la explotación de los recursos naturales; es en el cruce de estos procesos que surgen las ideas de que la tierra y los recursos naturales son la clave del desarrollo, propiciando la aparición de las locomotoras minera, energética y agrícola; esta última se basa en un modelo convencional de la agricultura en la que es necesaria una gran inversión en tecnología y capital, motivada por la revolución verde en Colombia. Este asunto está asociado a la problemática de la reforma agraria de 1950, los proyectos de desarrollo y tecnificación del campo sólo favorecieron a los grandes capitales y a los cultivos de exportación en detrimento de los sectores tradicionales. La revolución verde representó principalmente una estrategia de desmovilización y despolitización del campesinado, y buscó generar excedentes exportables agravando la situación interna del país.

Escobar (2007) además plantea la idea de locomotoras agrícolas como una metáfora anacrónica, presentada por la institucionalidad como el futuro ideal y la clave para el progreso, ya que sin la explotación de los recursos naturales tal como se propone, con base al capital trasnacional y la inversión de capital; sin el desarrollo tecnológico en el sector minero energético y en los agro combustibles el país no va poder superar su atraso; siendo la explotación el precio del desarrollo.

La apertura económica se inicia en Colombia en 1986, durante el Gobierno de Virgilio Barco, esta se fundamenta en los supuestos neoliberales del mercado; es así como se comienza en el país una reestructuración política cuyo fin era reducir la intervención del estado para estimular el desarrollo hacia afuera. Impulsado por las políticas del Banco Mundial ante la solicitud de Colombia de un nuevo préstamo, en 1990, el Conpes aprueba el programa de la modernización de la economía colombiana. Según lo previsto en el programa, se comenzaría con una reducción progresiva de los aranceles (Londoño, 1998).

Posteriormente, el presidente César Gaviria durante su mandato, 1990-1994, implementó reformas para la modernización y flexibilización; tales como la creación de instituciones que preparaban el contexto para las exportaciones, vistas como un motor del desarrollo; además, realizó una flexibilización del régimen laboral. En el sector agrícola, se dio una eliminación de los créditos subsidiados y comienza la apertura a la libre competencia, sometiendo al campo, atrasado y sin infraestructura, al mercado internacional desarrollado y con infraestructura, siendo esta reforma uno de los mayores desaciertos, pues fueron más de 230 mil campesinos quienes se vieron en la necesidad de desplazarse hacia las ciudades, o engrosar las filas de los grupos armados o narcotraficantes. En el sector público se dio la

eliminación de la inversión social, la privatización de empresas, la modernización de puertos, aeropuertos y carreteras (Londoño, 1998).

Esta se convirtió, contrario a lo que se tenía previsto, en una apertura hacia adentro, ya que se comenzó incluso a importar productos de la canasta familiar (Londoño, 1998). La apertura de los mercados se tradujo en la destrucción de los sistemas productivos, en la bancarrota de pequeñas y medianas empresas, en el empobrecimiento de los agricultores, en la concentración de la riqueza y los ingresos, en la disminución de los salarios reales y en la extensión de la miseria y la pobreza en proporciones lacerantes (Agudelo, 1997 citado por Londoño, 1998).

En concordancia con el nuevo modelo económico que se estaba implementando, Colombia comienza una apertura a mercados internacionales, materializada en los Tratados de Libre Comercio (TLC), estos se constituyen en componentes de transnacionalización y desnacionalización de la economía, pretensión del proyecto neoliberal. A partir de los tratados se ha logrado avanzar en la creación de un orden económico supranacional; lo que indica que toda la normatividad que se implemente en los Estados, debe apuntar a este orden. Convirtiéndose así los TLC en un proyecto antidemocrático y autoritario, que niega la posibilidad de reformas en la regulación económica (Estrada, 2010).

Luego del Consenso de Washington en la década de los 90s, el Estado se constituye tal como lo afirma Estrada (2010), en promotor y gestor de nuevos mercados y negocios para el sector privado y las multinacionales. Aunque los TLC se presentan como una negociación entre Estados, en realidad estos son una negociación entre Estados y empresas

privadas, esencialmente multinacionales; convirtiéndose en una expresión del proyecto de construcción de un orden capitalista privado.

Durante el gobierno de Álvaro Uribe, 2002-2010, se impulsaron los acuerdos bilaterales. Aunque Colombia ha firmado varios TLC, el más representativo es el TLC con EEUU, debido al impacto económico y político que este conlleva, como consecuencias de las transformaciones y demandas que exige EEUU al Gobierno Colombiano, en estas exigencias quedan relegadas las implicaciones en cuanto a la precarización laboral y la destrucción del valor de la producción, puesto que “intereses capitalistas particulares fueron vendidos a la opinión pública como el interés nacional” (Estada, 2010).

Las exigencias de EEUU trascienden la esfera del comercio, pues su pretensión es regular las diferentes formas del capital; en este sentido, como afirma Estrada (2010) el TLC regula “la inversión, los servicios financieros, las telecomunicaciones, las compras del Estado, la propiedad intelectual, entre otros”. De acuerdo a las políticas neoliberales, son estos campos los lugares propicios para la conformación de la llamada nueva geografía de la acumulación y valorización capitalista. En su normatividad, el TLC incluye todas las fases del proceso de producción-reproducción (producción, circulación, distribución y consumo) (Estrada, 2010).

De acuerdo a la intención de EEUU de la regulación de la propiedad intelectual, Colombia comenzó a implementar leyes y resoluciones encaminadas a proteger los derechos de tal propiedad; puesto que uno de los temas prioritarios de EEUU para la aprobación del TLC, era la “adecuación de los sistemas de propiedad intelectual sobre la biodiversidad y especialmente sobre semillas”(Biodiversidad, 2013), es por esto que el país

se vio en la obligación de suscribir el Convenio Internacional de UPOV 91, lo cual se hizo efectivo al aprobarse en 2012 la ley 1518.

La liberación económica y el nuevo orden territorial

Es en ese contexto donde también se gesta la organización territorial en el país como una estrategia más en la que el discurso del desarrollo se articuló al ordenamiento territorial, todo dentro de las lógicas del mercado, donde a través del desarrollo territorial se promulgó la transformación productiva, que se traducía en supuestas mejoras de infraestructura y producción que reformaría la condiciones de bienestar social de las poblaciones, sin embargo:

De lo que se trataba entonces era de ordenar la ocupación humana y el uso que la sociedad le da al territorio, incluidos los soportes naturales, económicos, sociales, culturales y político-administrativos sobre los que descansa tal ocupación. El ordenamiento se enfrentaba, entonces, a una realidad compleja y conflictiva. Mientras más humanizado estuviera el territorio, más complejo sería su ordenamiento, pues más diversos y contradictorios serían los intereses en juego y las divergencias frente a la imagen objetivo o modelo territorial futuro a lograr (Masisris, 2008, p. 4).

De esta manera, al surgir en el periodo de liberalización de la economía en el país, las políticas de ordenamiento territorial estuvieron enmarcadas en la lógica del modelo imperante de desarrollo económico. Fue así como el desarrollo se operativizó en los municipios a través de herramientas como los planes de gobierno, los planes de desarrollo y los planes de ordenamiento territorial. Sin embargo, los objetivos de participación y

equidad que suponían este modelo de planeación se volvieron inmanejables, pues “las propuestas de ley orgánica de ordenamiento territorial (desde la Constitución de 1991) han dejado al País en el limbo frente a la viabilidad de sus territorios y por ende de sus planes” (Rendón, 2001).

Por tanto, estrategias que suponían una descentralización no fueron más que nuevas formas para que la administración central del gobierno expresara su poder, esto hizo que algunos entendieran la descentralización como “una forma de devolverle legitimidad al gobierno central, trasladando el problema de protección ciudadana a los municipios” (Rendón, 2001), y llevando así el desarrollo económico a la escala local o territorial. En esa dirección, la planeación estuvo dirigida al mantenimiento de la economía por medio del crecimiento de las actividades industrial y comercial, y a pesar de que los planes de desarrollo fijaron el diagnóstico con las problemáticas relacionadas con las condiciones de dignidad de las personas, esto no se vio reflejado en cuestión de asignación de recursos.

Por su parte, los Planes de Ordenamiento Territorial¹ se convirtieron en instrumento para la apropiación del espacio físico: “geográfico, sociológico, económico, ambiental, político e institucional. [...] Es decir, se vuelve sobre un plan de desarrollo, pero con una perspectiva física y con toda la intencionalidad de planificar los espacios rurales...” (Rendón, 2001). Ligado a esto, para el caso de Antioquia, incursiona el fortalecimiento del Sistema Departamental de Planeación y la promoción de la planeación estratégica que se plasmó través de proyectos como “Antioquia Siglo XXI”, que dentro de sus objetivos

¹ La Ley advierte que el POT es un instrumento para los municipios con población mayor a 100. 000 habitantes. Para municipios con población entre 30. 000 y 100. 000 habitantes se denomina plan básico de ordenamiento territorial y para los menores de 30. 000 habitantes la exigencia es de un esquema de ordenamiento territorial (Rendón, 2001).

contemplaba “superar las disparidades en el desarrollo territorial de las diferentes subregiones y conectar el departamento con los mercados nacionales e internacionales” (UCO, 2014, p. 5). En ese entonces, se empieza a introducir a gran magnitud la industria en las zonas que tenían una vocación agrícola, generando un proceso acelerado de urbanización y sub urbanización, caracterizado por:

Transformación de las formas históricas de producción, y como en el caso del Oriente antioqueño, refuerza ese proceso que ya venía dándose por los factores particulares de conflicto vividos por la región desde los noventa y por la migración campesina, resultado de las grandes obras de infraestructura para la generación eléctrica (UCO, 2014, p. 8).

Así mismo, se empieza a hablar de la integración del territorio y competitividad territorial, que dieron pie a la implementación de obras de infraestructura vial, como estrategias que se ejecutan en todo el país con las denominadas “Autopistas de la Montaña”. El proceso de competitividad se ocupó del sector productivo en cuanto a recursos naturales y capital social, con el fin de generar oportunidades productivas y revitalizar la economía regional. Dicha revitalización de la economía sugería por un lado, promover las exportaciones y la actividad empresarial, y por el otro, “la promoción de la integración regional y la gestión integrada del territorio, como mecanismo para vincular a las corrientes productivas extensas zonas de la geografía departamental” (UCO, 2014, p. 6), de esta forma

Uno de los impactos más relevantes de los procesos de globalización, es la transformación producida en los territorios como resultado del reacomodo de las corrientes productivas globales que, impulsadas por la necesidad de mejorar sus

condiciones de competitividad en los mercados globales, buscan reacomodo en distintas zonas del planeta mediante la relocalización de sus centros de producción en zonas donde puedan obtener economías externas, mayor cercanía a los mercados y a las fuentes de materias primas, a mercados laborales menos costosos y a menores restricciones de carácter ambiental (UCO, 204, p. 6).

Ante este panorama, el interés de esta investigación radica en la identificación de la transformación del uso del suelo en uno de los municipios del Oriente Antioqueño (Guarne), en donde como se ha venido mencionando se pueden observar claramente los impactos del desarrollo, así como de las políticas neoliberales. Las dinámicas sociales, económicas y políticas de este municipio, responden por tanto a unas lógicas globales, que traen consigo una serie de situaciones que modifican especialmente las prácticas cotidianas de las poblaciones, en especial del área rural, del campesinado. Esto puede atribuirse, entre otros aspectos, a las constantes demandas de los mercados nacionales e internacionales, los cuales estandarizan y sectorizan los territorios y la producción agraria en busca del aumento de la productividad.

A partir de estas demandas, se genera la llegada de modelos extractivistas, principalmente la producción de monocultivos a las veredas del municipio de Guarne, ya que el campesinado en busca de su supervivencia se ve obligado a modificar la siembra y el uso de sus tierras. En el caso específico de la vereda Guapante, (vereda en la cual se desarrolla la investigación) sus tierras fueron adecuadas para la siembra de tomate de aliño en invernaderos, lo que pone en jaque las formas tradicionales de cultivar, las costumbres cotidianas, la autonomía alimentaria y el manejo de semillas, lo que implica un riesgo socio-ambiental y cultural.

La llegada de los monocultivos a Guarne agudiza directamente la problemática ambiental, pues esto supone un desequilibrio de los ecosistemas de la vereda; ante esto, se evidencia la inexistencia de una planeación que limite la explotación de los recursos y realice una evaluación y un seguimiento para verificar la afectación de las fuentes hídricas de las veredas como consecuencia de la siembra de monocultivos. Esta situación es evidenciada y expresada por parte de la población campesina, aun así, no se ha hecho eco en las directivas municipales.

Como se verá más adelante, la sobreexplotación del suelo genera procesos de erosión, lo que produce infertilidad, sequías y deforestación de grandes hectáreas de reservas que agudizan la problemática ambiental; además de crear una contradicción con el Plan de Desarrollo Municipal o el Plan Básico de Ordenamiento Territorial, que se supone tienen una perspectiva sostenible, pero que no tiene una gestión relevante que priorice a la naturaleza antes del sistema económico. Frente a esa preocupación, esta investigación se situó en un territorio específico del oriente de Antioquia para preguntarse: ¿Cómo han sido los procesos de transformación de uso del suelo y la resistencia que ha ejercido el campesinado frente a estos procesos en la vereda Guapante del municipio de Guarne, Antioquia?

Vereda Guapante, algunas generalidades

Guarne está ubicado en la subregión Oriente del departamento de Antioquia. Limita por el oeste con la ciudad de Medellín, capital de Antioquia con distancia de referencia de 25 km. Su extensión es de 151 km², de la cual la mayor parte del territorio es rural con un total de 147 km², la cabecera municipal está situada a una altura de 2150 metros sobre el nivel del mar, su temperatura media es de 17 grados centígrados.

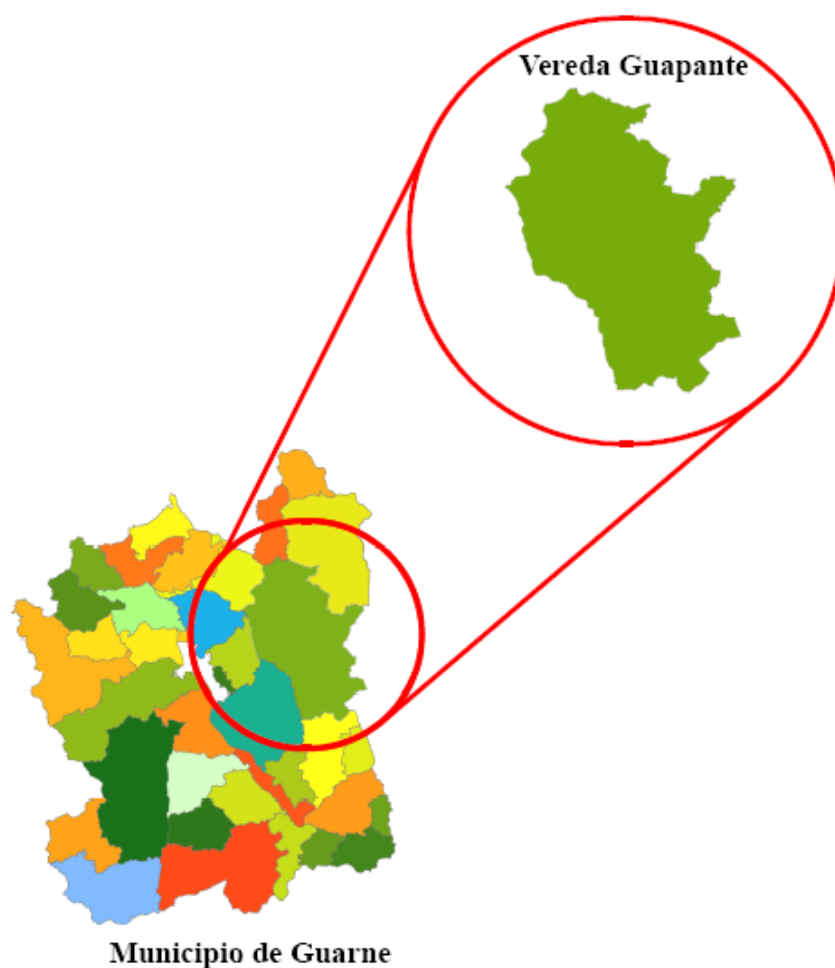


Imagen 1: Localización de la vereda Guapante en el municipio de Guarne, Antioquia.

Estado del arte

Para ubicar los antecedentes de esta investigación, se realizó una búsqueda bibliográfica de estudios locales que tuvieran que ver con la transformación de los usos del suelo asociada al tema de la resistencia campesina. En cuanto al tema de usos del suelo como tal se encontraron estudios que se alejan del área social, por ejemplo, estudios del área de ciencias agropecuarias. Por tanto, se referencian cinco trabajos que tienen que ver con la resistencia campesina en Antioquia, los cuales de una u otra forma se relacionan con los usos tradicionales y modernos del suelo, y en cuanto a los usos del suelo, se reseña un estudio.

De igual manera, se desarrolló una búsqueda de investigaciones recientes que partieran del año 2011, encontrando tres investigaciones del Departamento de Trabajo Social de la Universidad de Antioquia, sede Medellín; una investigación de la Universidad Pontificia Bolivariana, sede Medellín; una investigación del Centro de Estudios Regionales del Sur y el grupo Cultura, Violencia y Territorio de la Universidad de Antioquia, y un estudio de la Universidad Católica de Oriente, los cuales se mencionan a continuación.

El trabajo de grado “Bello Oriente y la permacultura: desde la soberanía alimentaria como estrategia alternativa de resistencia al modelo agroalimentario hegemónico” del estudiante de Trabajo Social Javier Antonio Martínez Restrepo, del año 2016 se realizó con el objetivo de “describir los procesos de resistencia social al sistema agroalimentario hegemónico, desde la permacultura que se presentan en el barrio Bello Oriente de la ciudad de Medellín entre los años 2014 y 2015”. El estudio se desarrolló a través de una metodología participativa, con técnicas y estrategias como rastreo bibliográfico, entrevista

semiestructurada, grupos focales, observación participante, acercamiento a los diferentes actores, y asistencia a conferencias y encuentros sobre el tema de la permacultura. Dentro de las conclusiones se resalta que además de resistencia campesina frente al modelo neoliberal, también se hallaron otros procesos de resistencia frente a la vulneración de los derechos y la satisfacción de necesidades básicas. Además se concluyó que iniciativas como las huertas comunitarias, como formas de resistencia, se ven limitadas por la escasez de recursos, la dependencia y la intervención del Estado; en ese sentido, se encontró una contradicción entre soberanía y seguridad alimentaria, pues la primera está siendo vista como una alternativa de resistencia, mientras que la segunda se configura como una estrategia institucional globalizante.

El trabajo de investigación “Ciclo de acción colectiva agraria durante el año 2013 en el departamento de Antioquia”, del año 2016, de los estudiantes de Trabajo Social Esteban Miranda, Fabio Andrés Ruíz, Maira Alejandra Ortiz y Maritza Franco, se orientó con el objetivo de realizar un análisis del ciclo de acción colectiva que se desarrolló durante el paro agrario del año 2013 en el departamento de Antioquia. La investigación estuvo fundamentada desde el paradigma histórico-hermenéutico, el enfoque cualitativo y la investigación documental. Dentro de los procedimientos y técnicas empleadas se construyó una matriz hemerográfica y una matriz categorial como resultado del rastreo de prensa y documental, se realizaron entrevistas y grupos focales con lideresas y líderes campesinos, en los cuales se trabajó la línea del tiempo. Se finaliza la investigación afirmando que pese a los esfuerzos del campesinado a través de la acción colectiva, queda una insatisfacción gracias al incumplimiento de condiciones por parte del Estado, mostrando la incapacidad y falta de voluntad para solucionar el problema del agro en el país. Por otra parte, se concluye

que los medios masivos de comunicación influyen en gran medida en el concepto y la percepción que la ciudadanía en general tiene acerca de la acción colectiva, buscando desvirtuar el sentido de la protesta y de la acción colectiva por parte del campesinado.

La investigación del año 2011 “Efectos socio-económicos del Proyecto Parque Arví en la vereda Mazo del corregimiento de Santa Elena Medellín Antioquia”, de las estudiantes de Trabajo Social Yurani Andrea Ramírez, Yuli Andrea Orozco y Natalia Miravay Pérez, se hizo con el objetivo de “identificar los efectos de la construcción del Parque Arví en los procesos socio-económicos en la comunidad de la vereda Mazo de Santa Elena” y para ello, se realizó un estudio cualitativo, desde un enfoque del interaccionismo simbólico. La técnica central fue una encuesta realizada en la vereda de forma “puerta a puerta”. Además, se realizaron entrevistas abiertas y personales. Se concluye señalando que con la implementación de los megaproyectos, se presentan unas condiciones desiguales que ponen en desventaja a las comunidades y al medio ambiente, produciendo daños irreparables no sólo sobre el ecosistema, sino también sobre las tradiciones y la cultura en el campo. Además se presentan debilidades por parte de los entes reguladores para ejercer una verdadera protección sobre los territorios.

Durante los años 2013-2015 se realizó la investigación “Análisis de la implementación del Modelo Económico tradicional Vs. El modelo económico extractivo de oro: Efectos para las condiciones de preservación del agua, alimentación y reproducción de población en territorio local. Caso del municipio de Mutatá, Antioquia, a partir de la década de 1990”. Esta investigación fue realizada por la Universidad Pontificia Bolivariana- Sede Medellín, en el marco de las actividades del “Foco Alimentación, Agua y Territorio” y donde también

participó la Universidad Federal de Pernambuco (Brasil). Se llevó a cabo con el objetivo de explicar los impactos de las economías extractiva y tradicional para la preservación de los recursos naturales y la reproducción de poblaciones en el territorio local del Municipio de Mutatá. La metodología estuvo basada en una perspectiva sistémica, en donde se realizó un análisis a través de diagramas causales con el fin de establecer “relaciones y antagonismos entre las formas de economía tradicional y economía extractiva y sus impactos socio-ambientales en la preservación y formas de reproducción local”. El estudio concluye que, similar a la dinámica del país, la intensificación de la minería en Mutatá impacta en los componentes humanos y físicos del territorio, haciendo más agudo el desarrollo desigual, caracterizado por migraciones, precarización del trabajo, conflictos por la autonomía territorial, violencia y usurpación de las tierras, entre otros.

El artículo “La apropiación política del territorio. Estrategias de participación política y de resistencia campesina en los llanos del Yarí”, publicado en el 2013, muestra los resultados de un estudio adelantado por investigadores del Centro de Estudios Regionales del Sur, y el grupo Cultura, Violencia y Territorio de la Universidad de Antioquia, que dio cuenta de los escenarios de participación política en los llanos del Yarí, una región habitada por campesinos de tradición comunista con presencia histórica de un actor del conflicto armado y foco de la intervención contrainsurgente por parte del Estado. La metodología consistió en un análisis etnográfico de una red de relaciones referidas a la participación política de los campesinos en relación con la apropiación territorial histórica. Se concluyó que, las experiencias a nivel individual y colectivo hacen parte de la dimensión simbólica para la participación política, la cual está mediada en gran parte por la acción de las Juntas

de Acción Comunal. En ese contexto, el ambientalismo aparece como una forma clave de resistencia para la defensa de los territorios.

El estudio “Clasificación de los usos industriales; impactos urbanísticos y ambientales” del Centro de Estudios Territoriales de la Universidad Católica de Oriente- [UCO] del año 2014, da cuenta de los usos del suelo en municipios del Oriente de Antioquia Guarne, Marinilla y El Santuario. Se muestra que el ordenamiento territorial en esta zona está ligado a las apuestas por la denominada competitividad regional, lo que implica que el oriente antioqueño se está transformando en términos de renovación productiva y crecimiento de la actividad económica, generando diferentes impactos, tanto urbanísticos como ambientales. Además, en el estudio se presentan los desafíos para el ordenamiento territorial de estos municipios, los cuales deben considerar en gran medida, el futuro aumento de población de acuerdo a las proyecciones demográficas.

CAPÍTULO I. MARCO REFERENCIAL

Memorias metodológicas

Teniendo en cuenta que el objetivo de la investigación fue describir los procesos de transformación de uso del suelo y la resistencia que ha ejercido el campesinado frente a estos procesos en la vereda Guapante del municipio de Guarne, para esta investigación se empleó un método etnográfico, pues es el apropiado cuando se trata de comprender los fenómenos globalmente y lograr descripciones de las comunidades, o de un aspecto relevante que las conforma.

Mi intención inicial fue realizar un acercamiento a las Juntas de Acción Comunal (JAC) de Guapante Arriba y Guapante Abajo, a la institución educativa y a las personas emblemáticas y reconocidas en la vereda para que narraran cómo han percibido esos procesos de transformación de los usos del suelo y de qué manera repercuten en sus vivencias cotidianas, pero el acercamiento a las JAC del territorio no se logró debido a que este trabajo se replanteó y se decidió ir directamente a los invernaderos de tomate de aliño, en donde se tuvo contacto directo con los campesinos y los monocultivos.

En el acercamiento se buscó conocer la concepción que tienen los campesinos frente a las políticas que sistemáticamente se han implementado en el sector agrario y sus opiniones sobre el estado actual del campo, y así conocer sus realidades, identificar qué cultivan y cómo lo hacen, para dar cuenta de todo el proceso de la producción de alimentos, los costos y las ganancias, los productos que son utilizados y las consecuencias que éstos tienen sobre el suelo y las personas.

Por otro lado, mi interés fue comprender las transformaciones que se han venido dando en los territorios, lo que ha dado lugar a estas transformaciones y el impacto de éstas en la cotidianidad de los campesinos; quise a través de la voz de los campesinos, quienes son los que directamente vivencian el impacto de la globalización del mercado, específicamente del agro, descubrir lo que han percibido con la idea de desarrollo. También se buscó hacer explícita la resistencia que de forma cotidiana realizan los campesinos, aquella que se presenta como una manera de supervivencia y como estrategia de enfrentarse a las situaciones que se desarrollan en el territorio.

En este sentido, se consideró la utilización de diferentes técnicas, como los relatos de vida, el análisis del discurso, grupos focales, observación, recorrido por la vereda, línea del tiempo, pertinentes para la recolección de la información. Esta se realizó a partir de encuentros grupales con los campesinos y con los estudiantes de la Institución Educativa, además de encuentros individuales con los campesinos que habitan la vereda. Adicionalmente se desarrolló un rastreo bibliográfico sobre el municipio de Guarne y la vereda de Guapante y se generó material fotográfico que posibilitara visualizar el territorio décadas atrás.

En el primer objetivo, recuperar los modelos tradicionales del uso del suelo, cuya intención es pensar esos modelos tradicionales aprendidos de generación en generación, artesanales, entre otros del uso del suelo, se planeó inicialmente el relato de vida, en el cual se programó conversatorios grupales y grupos focales dirigidos a los campesinos ancianos del sector para aprender y comprender cómo se sembraba anteriormente. Debido a dificultades con los horarios de los ancianos y problemas para reunirlos en un mismo lugar,

se recurrió a entrevistas informales en los medios de transporte de la vereda y se realizaron visitas a los lugares de residencia de los ancianos. Además, se hizo un recorrido por diversos sectores de la vereda en donde los campesinos contaban historias de sus quehaceres y vivencias pasadas.

De igual forma, se realizó el taller “reconociendo nuestros saberes”, que tenía como objetivo develar las formas tradicionales de uso del suelo, en donde los ancianos contaron cómo cultivaban anteriormente, resaltando la importancia de recuperar estas tradiciones que se trasmitían de generación en generación y que día a día van quedando en el olvido.

Para el segundo objetivo, identificar la transición a modelos actuales del uso del suelo, se utilizaron métodos como el relato de vida, tomándolo como investigación cualitativa, que busca descubrir la relación dialéctica, la negociación cotidiana entre aspiración y posibilidad, entre utopía y realidad, entre creación y aceptación; por ello, sus datos provienen de la vida cotidiana, del sentido común, de las explicaciones y reconstrucciones que el individuo efectúa para vivir y sobrevivir diariamente (Ruiz, 2012); el análisis del discurso, el cual tiene un origen lingüístico, pero se extiende más allá, llegando a un significado muy amplio y, a la vez, operativo y poderoso, tanto para entender lo que ocurre como para intervenir en ello. (Manzano, 2005); y además se realizó un análisis documental al Plan de Desarrollo y al Plan Básico de Ordenamiento Territorial (PBOT) del municipio de Guarne. También, se realizó el taller el “tren”, con el objetivo de comprender las dinámicas internas en los cultivos de tomate, en donde buscamos comprender los principales impulsores de los cultivos modernos, los insumos para que funcionen, porqué se siembra de esta manera, entre otros aspectos importantes para la investigación.

Adicionalmente, se realizaron cartografías participativas en donde se planteaban discusiones frente las transformaciones del uso del suelo que se han dado en las últimas décadas y se desarrollaron grupos focales para recolectar información pertinente y tener presente las opiniones de los campesinos.

No obstante, se generaron dificultades debido a que los campesinos pasaban casi todo el día en los invernaderos y muchas veces los patrones no permitían el ingreso a estos, ya que los jornaleros se distraían. Por esta razón, se realizaron entrevistas y conversatorios los días domingos en el municipio de Guarne, en donde los campesinos se podían relajar y hablar tranquilamente. Por medio de la observación participante se pudo comprender elementos importantes de cómo se desarrollan las dinámicas laborales y de poder en los invernaderos.

En el tercer objetivo, develar la resistencia campesina frente a la transformación del uso del suelo, se utilizaron como métodos los relatos de vida, los que permitieron comprender y develar cómo los sujetos hacen contrapeso cotidianamente a esos procesos de transformación del uso del suelo; también, grupos de discusión para pensar de manera conjunta qué quieren conseguir al oponer resistencia o al acoger los monocultivos. Sin embargo, hubo inconvenientes con la participación de los sujetos, por lo cual, se acudió a entrevistas telefónicas y vía redes sociales, además de visitas a los lugares claves del territorio como los colegios en donde se encontraban los campesinos.

Finalmente, se realizó la actividad “pensemos el territorio” con el objetivo de analizar las prácticas cotidianas que desarrollan los campesinos a favor o en oposición con los monocultivos, en donde surgieron posturas ambivalentes sobre esta temática.

Referente teórico

Dadas las condiciones que se señalaron en el planteamiento del problema, esta investigación se guio bajo planteamientos que provienen especialmente del posestructuralismo, rama contemporánea de las teóricas críticas, que hace una contundente crítica al desarrollo y a sus efectos adversos, teniendo gran fuerza en el contexto latinoamericano. Uno de sus autores reconocidos es el colombiano Arturo Escobar, quien considera al desarrollo como una “invención” que resultó de la historia de la posguerra y que, desde sus inicios, moldeó ineluctablemente toda posible concepción de la realidad y la acción social de los países que desde entonces se conocen como subdesarrollados” (Arturo Escobar, 2007, p. 12). La anterior configura la premisa principal de la postura posestructuralista de Escobar, quien además para su análisis “parte del reconocimiento de la importancia de las dinámicas de discurso y poder en la creación de la realidad social y en todo estudio de la cultura” (p. 12). Desde esa perspectiva posestructuralista se posibilitó hacer un análisis a las dinámicas contextuales de la vereda Guapante, las cuales inevitablemente están permeadas profundamente por la llegada del denominado progreso, cuyo discurso y prácticas se han naturalizado de tal manera que hacen imperceptibles muchos de sus efectos nocivos, entre ellos el daño, la mayoría de veces irreparable, al suelo, a las flora, a la fauna y a los mismos seres humanos.

En referencia a lo anterior, se hizo énfasis en uno de los enfoques que se relaciona ampliamente con el posestructuralismo: *la ecología política*, la cual se constituye como un campo interdisciplinario basado en disciplinas como la geografía, antropología, ecología, estudios de desarrollo, entre otros; además, basado en teorías como el marxismo, el posestructuralismo, la teoría feminista, la teoría poscolonial, entre otras. (Escobar, 2011, p.

83). Este enfoque fue importante para la investigación, pues se traduce en preguntas relacionadas con:

La relación entre el medio ambiente, el desarrollo y los movimientos sociales, entre el capital, la naturaleza y la cultura, entre el género, la raza y la naturaleza, el espacio, el lugar y el paisaje, el conocimiento y la conservación, la valoración económica y las externalidades, la población, la tierra y el uso de los recursos... (Escobar, 2011, p. 83).

Significa entonces que la ecología política posibilita problematizar, analizar y hacer visibles asuntos como, “la destrucción de la biodiversidad, la deforestación, la disminución de recursos, la insostenibilidad, el desarrollo, el racismo del medio ambiente, el control de recursos genéticos y los derechos de propiedad intelectual, la biotecnología” (Escobar, 2011, p. 83), entre muchos otros problemas que por lo general están transversalizados por las prácticas globalizantes que si bien han roto algunas fronteras, también han puesto en inminente riesgo a los territorios y a la población del mundo.

El economista Joan Martínez Alier “define a la ecología política como el estudio de los conflictos de distribución ecológica. Se refiere a conflictos sobre el acceso y el control de los recursos naturales, particularmente como una fuente de subsistencia, incluyendo los costos por la destrucción del medio ambiente (2002, citado por Alimonda, p. 66). Más adelante, Escobar replantea este concepto y propone que la ecología política incorpora “sistemáticamente lo económico, lo ecológico y lo cultural, definiendo este campo como el estudio de los conflictos distributivos económicos, ecológicos y culturales” (Alimonda, 2011, p. 43). Dichos conflictos son finalmente los asuntos centrales que se abordaron en la

investigación, puesto que las transformaciones en los usos del suelo marcadas por la expansión de cultivos y el uso inadecuado de los recursos naturales en la vereda Guapante, no son más que una clara manifestación de relaciones de poder y desigualdad en torno al aprovechamiento del territorio y sus riquezas.

Adicionalmente, la ecología política se pregunta por los límites naturales a la producción de mercado, pasa a proponer el progreso como la adopción de esos límites que no deben ser superados ni ser tildados de anti productivistas, supera la creencia de que las necesidades humanas sólo se superan por medio de la producción y la consecución de bienes materiales, critica la permanente expansión de productivismo y consumismo, propone que el futuro está en retornar a la naturaleza y que esto no se puede solucionar sino se cambia los modos de vida que propone el sistema actual.

La ecología política llega a abrir el debate ideológico analizando las relaciones de poder entre la humanidad y la naturaleza además del poder social que se basa en someter la naturaleza para poder ejercer poder sobre los humanos.

Referentes conceptuales

Considerando el objetivo principal de la investigación como describir los procesos de transformación del uso del suelo y la resistencia que ha ejercido el campesinado frente a estos procesos; las categorías principales que se abordaron fueron dos: *usos del suelo rural* y *resistencia*. Pese a que el concepto de usos del suelo tiene una fuerte relación con lo institucional², es decir, con los procesos de planeación y ordenamiento del territorio, en este

² El Decreto Nacional 4065 de 2008 establece que el uso del suelo es la destinación asignada al suelo de conformidad con las actividades que se puedan desarrollar sobre el mismo. Los usos pueden ser principales, inducidos, compatibles, complementarios, restringidos y prohibidos. Establece además que cuando un uso

trabajo se comprendió esta categoría de acuerdo a dos momentos específicos que marcan la transformación del uso del suelo en el territorio de Guarne. Por esto, se habla de un *modelo tradicional de usos del suelo*, entendido como las formas de cultivar y utilizar el suelo antes de la llegada de las estrategias propuestas por el desarrollo como la revolución verde al territorio de Guapante, y *el modelo actual*, entendido como la tecnificación y sobreproducción del campo a partir de la instauración de los planteamientos de esta revolución como nueva forma de producción.

Por tanto, con el modelo actual de usos del suelo se hace referencia a prácticas asociadas al desarrollo tecnológico tales como la incorporación de insumos químicos, la mecanización de la agricultura, el extractivismo, la modificación genética de las plantas, la expansión de cultivos a gran escala, entre otras, que se expresan bajo el orden del desarrollo de la denominada Revolución Verde. Esta es definida por Armando Bartra como una respuesta al paradigma productivo capitalista, donde ocurre una ruptura con el desarrollo técnico anterior basado en la sofisticación operada por agrónomos de manejos y prácticas de origen campesino. Ese desarrollo técnico tradicional es sustituido por una mayor mecanización, el empleo de semillas híbridas y dosis intensivas de síntesis químicas, a lo que el autor denomina “paquete tecnológico” que responde al productivismo empresarial, pero también a las características de la agricultura estadounidense, donde predomina extensas unidades que trabajan en tierras planas y condiciones agroecológicas más o menos homogéneas, lo que resulta menos adecuada para la pequeña y mediana agricultura familiar Europea y mucho más contraindicado para la muy pequeña agricultura campesina

no haya sido clasificado como principal, compatible, complementario o restringido se entenderá prohibido. (Artículo 126, PBOT del Municipio de Guarne Antioquia, 2015, p. 111).

extendida en el tercer mundo asentado sobre ecosistemas heterogéneos de manejo difícil y necesariamente “personalizado” (Bartra 2014: 135).

En cuanto al capitalismo, como modo de producción, necesariamente aparece asociado a los usos del suelo. Para analizar esta relación como sostiene Escobar, es preciso recordar que en punto central del análisis de Marx frente a capitalismo es la contradicción “entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, o entre la producción y la realización del valor y la plusvalía” (Escobar, 2007, p. 336). En este sentido, hay que recordar también que el capitalismo “ha tomado fuerza sólo a partir del agravamiento de la crisis ecológica y de las formas sociales de protesta generadas por esta” (p. 336). Esto es necesario para comprender que con los cambios en las dinámicas contextuales, esa versión del capitalismo también ha cambiado; al respecto, Escobar habla de la “capitalización de la naturaleza” que no se trata de un proceso reciente, sino más bien progresivo en la medida que “ha sido fundamental para el capitalismo desde la acumulación primitiva y la apropiación de los territorios comunales. De este modo, la historia del capital es la historia de la explotación de las condiciones de producción, incluyendo las formas en que el capital deteriora o destruye sus propias condiciones” (p. 336), todo de la mano del progreso tecnológico y la intervención del Estado.

De esta forma, “aspectos antes no capitalizados de la naturaleza y la sociedad se vuelven, en sí mismos, inherentes al capital. Se convierten en stocks de capital” (p. 334), en donde, ante el reclamo de los movimientos sociales aparecen nuevos enfoques como el desarrollo sostenible, que en vez de traer soluciones, sigue reproduciendo los intereses del

mercado a través de nuevas estrategias y discursos renovados que de cierta manera parecen distractores para solapar la continuidad de un sistema destructivo con los recursos.

En cuanto a la resistencia, se retomaron elementos de la propuesta de James Scott, por cuanto se trata de un autor influyente que ha abordado el tema desde los contextos latinoamericanos. Al respecto de Scott, se afirma que sólo a partir de sus propuestas es cuando el estudio del fenómeno de la rebelión y el de la no rebelión se dirige a las poblaciones campesinas (Flórez, 2012). Por tanto, en esta investigación se resaltó el aporte de Scott como una forma de interpretar, reflexionar y otorgar mayor importancia a aquellas acciones que se encuentran por fuera de las rebeliones o movilizaciones colectivas, abiertas, masivas y notorias. Según Flórez, esa tendencia de subestimar al campesinado ha generado una visión errónea de los campesinos a lo largo de la historia.

Valorar la cotidianidad de los campesinos y develar esas formas cotidianas de resistencia se configura como otra forma de mirar al sujeto campesino, pues la “idea del campesino marginal y manipulable desaparece cuando se observa la importancia de su aporte a la economía, sus culturas nacionales y sus organizaciones políticas, pero además sus diversas formas de resistencia cotidiana” (Flórez, 2012, p. 143). Para entender las formas cotidianas de resistencia campesina, Scott problematiza las rebeliones o revoluciones campesinas como eventos coyunturales pertenecientes a momentos históricos extraordinarios, lo que las hace de cierta manera escasas y dispersas. De esta forma, con la introducción de la categoría de formas cotidianas de resistencia, Scott resignifica la lucha campesina y a los mismos campesinos: “pero en tanto que trato de comprender la resistencia de seres pensantes y sociales, difícilmente puedo ignorar su conciencia —el significado que le dan a

sus actos—. Los símbolos, las normas, las formas ideológicas que crean, constituyen el trasfondo histórico indispensable de su comportamiento” (Scott, 2014, p. 94). Esto significa que los campesinos no requieren de manifestaciones de carácter colectivo o como él mismo expresa, no requieren ocupar titulares en la prensa para ser sujetos políticos, y en vez de ello, también tienen la capacidad y la creatividad para acudir a formas de resistencia silenciosa como mecanismo para oponerse a las formas de dominación.

En su ensayo “*Los dominados y el arte de la resistencia*” James Scott (2000) define el término “infrapolítica” como una forma económica de expresar que se está en un ámbito discreto de conflicto político; es una resistencia disfrazada, discreta u oculta; una lucha sorda que los grupos subordinados libran cotidianamente, aquella que se encuentra fuera del espectro visible. Esta invisibilidad se da como una acción deliberada, una decisión táctica consciente del equilibrio de poder (p.217).

En este sentido, la infrapolítica se ejerce frente a mayores dificultades y con objetivos más concretos a diferencia de la vida política en las democracias liberales; a través de esta resistencia cotidiana se pierde y se gana terreno concreto. Ésta constantemente se encuentra ejerciendo presión, probando y cuestionando los límites de lo permisible, por lo cual es posible que sea concebida como “la forma elemental -en el sentido fundacional- de la política”; es el cimiento de una acción política más compleja e institucionalizada, que no podría existir sin ella (Scott, 2000, p. 236).

Para Scott (2000), las prácticas de dominación son: material, de rango e ideológica, puesto que no se da sólo un enfrentamiento “de ideas sobre la dignidad y el derecho a mandar; (sino) también un proceso de subordinación sólidamente arraigado en prácticas

materiales”; en esta misma vía, la resistencia material y la resistencia simbólica hacen parte de un mismo grupo de prácticas coherentes entre sí. (p. 218). Es así como “la acumulación de miles y miles de estos actos insignificantes de resistencia tienen un poderoso efecto en la economía y la política” (Scott, 2000, p. 226). En conclusión, desde este estudio se comprendió la resistencia como la forma cotidiana material o simbólica que realizan los sujetos para hacer frente a diversas situaciones.

CAPÍTULO II. USOS DEL SUELO RURAL EN LA VEREDA GUAPANTE EN LA DÉCADA DE 1950. EN MEMORIA A NUESTRAS TRADICIONES AGRÍCOLAS.

Aunque no se manifestaron en todas las regiones, los modos de producción comunal, esclavista, feudal y capitalista propuestos por Marx son un importante análisis de la historia que permite comprender el modo de producción capitalista moderno en nuestros territorios. Reconociendo la complejidad que alberga la transición de un modo de producción a otro y la problematización que hacen autores posteriores a la teoría de Marx, a grandes rasgos puede referirse que el modo de producción comunal consistía en la apropiación comunitaria del suelo y no había relación alguna entre explotados-explotadores, ni existía la propiedad privada, sino que la apropiación del producto de las fuerzas productivas especialmente sobre la agricultura, la alfarería y los metales era de propiedad colectiva. En el modo de producción esclavista, el propietario de la tierra, de los medios de producción y de los hombres como instrumentos de trabajo, era el amo; en el sistema feudal, el terrateniente o señor feudal era el dueño de la tierra como el principal medio de producción, mientras que a los campesinos explotados se les asignaba pequeños segmentos de tierra que trabajaban sin pago alguno.

En el modo capitalista, la burguesía es quien obtiene la ganancia de la fuerza de trabajo representada en los obreros asalariados, por tanto, como modo de producción, el capitalismo depende de la expropiación de la masa de trabajadores. Según Harvey “fundado en la violenta separación de la masa de productores directos del control sobre los medios de producción, el surgimiento del trabajo asalariado, personas que venden su fuerza de trabajo para vivir” (1990, p. 124), da pie a la constitución del capitalismo que aparece como una

violenta ruptura con los modos de producción anteriores, lo que implica la pérdida de subjetividad de la clase trabajadora en tanto es considerada en términos instrumentales. En cuanto al modo de producción socialista propuesto por Marx, significa la superación de la propiedad privada de los medios de producción y la superación de las relaciones de dominio a cambio de relaciones de cooperación.

De acuerdo a la forma en que se instauraron los modos de producción en el mundo, el Centro de Estudios Miguel Enríquez, de Chile es enfático en argumentar que para la región latinoamericana, los diferentes modos de producción y su transición se presentaron de una manera particular, es decir, que no es posible describir la historia de nuestros países a partir de los modos de producción pensados en Europa:

El modo de producción comunal de nuestras sociedades aborígenes y el modo de producción asiático de las culturas inca y azteca fue cortado drásticamente por un factor exógeno: la conquista española y portuguesa. La colonización no estableció un modo preponderante de producción sino variadas relaciones de producción precapitalistas (encomienda, esclavitud, aparcería, medianería, inquilinaje, etc.) y embriones capitalistas, como el salariado minero, en una economía primaria-exportadora, agropecuaria y minera, integrada al mercado mundial capitalista en formación (Centro de Estudios Miguel Enríquez [CEME], 2006, p. 1).

Conforme a este planteamiento, la transición hacia el capitalismo en Latinoamérica fue abierta por la colonización y dicha transición estuvo acompañada de dos procesos (CEME, 2006): el primero, llamado “la república de la segunda mitad del siglo XIX”, las riquezas estaban en manos de la burguesía criolla, aunque los países ya dependían de la economía mundial, mientras que el segundo denominado “formación social semicolonial”, primero

inglesa y luego norteamericana que transcurre durante el siglo XX, se da el paso de la sociedad rural a la urbana, iniciando con la industrialización dependiente, es decir, de un capitalismo primario exportador, se avanza hacia un capitalismo industrial dependiente, transición que dio inicio con la crisis mundial de 1929, dependencia que se acentuó en la década de 1950. Adicional a esto, se señala a la Revolución Cubana a partir de la década de los sesenta como una transición del capitalismo al socialismo en Latinoamérica.

En el marco de las observaciones anteriores, en este capítulo se rescatan algunos de los principales modelos tradicionales de uso del suelo rural en la vereda Guapante perteneciente al municipio de Guarne, Antioquia, en la década de 1950, década en la cual, gracias al neoliberalismo bajo la hegemonía imperialista, el crecimiento económico mundial alcanzó sus máximos índices y se empezó a fortalecer el capitalismo como modo de producción en el país, considerando que el capitalismo moderno en Colombia “se consolidó definitivamente en los años que sucedieron a la segunda guerra mundial. En las cuatro décadas transcurridas desde entonces, la economía colombiana pasó de ser rural a urbana y semindustrial” (Ocampo, Bernal, Avella y Errázuriz, 2000, p. 1).

Frente a los usos del suelo, en 1951 la misión desarrollista del Banco Mundial sostenía que en Colombia el uso de la tierra era “antieconómico”, puesto que “2/3 de la población vivía en el campo y se sostenía con la agricultura, esta última actividad se hacía en únicamente 2 1/3 millones de hectáreas, mientras que la ganadería ocupaba 43 millones de hectáreas. (Kalmanovitz y López, (2006), p. 38). Según esto, la tierra del país estaba siendo mal utilizada y se debía a que ésta no se concebía como capital productivo, sino como fuente de riqueza y poder; sin embargo, las nuevas políticas de planeación territorial se configuraron como otras formas de poder que buscaban expandir la industrialización, la

urbanización y el crecimiento económico, que efectivamente intervinieron en la distribución de la tierra, pero que no dieron fin a dicha lógica, pues las relaciones de poder marcadas por el modelo internacional de desarrollo constituyeron en adelante un elemento determinante para la dirección y organización de los territorios.

En consecuencia, con la incursión del discurso desarrollista en Colombia, empiezan a incorporarse en el país los cimientos de la planificación territorial, de manera que la década de los 50 es un periodo en el que el suelo se va transformando lentamente, en tanto, el territorio rural empieza a combinar modelos tradicionales y nuevos usos. No obstante, hasta ese momento, Guapante era un territorio de vocación agrícola tradicional, como se verá a continuación, pues este caso presenta una forma particular de cómo se experimentaron los modos de producción en un territorio específico del país, que contaba con una población que practicaba la agricultura tradicional y en donde hasta el momento no habían incursionado, o por lo menos, no eran evidentes los procesos de industrialización, y por lo tanto los usos del suelo rural generalmente apuntaban a la protección y la conservación del ambiente.

En la siguiente imagen satelital se muestra la centralidad de la vereda en el año 1967, en donde se puede observar que el territorio en su gran mayoría se encontraba cubierto por variedad en su vegetación y donde el uso del suelo para viviendas no era fácilmente evidenciable, no habían carretera, sino senderos construidos por los campesinos, las mulas y caballos debido a las condiciones geográficas caracterizadas por alta presencia de montañas:



Imagen 2. Vista satelital vereda Guapante 1967. Recuperado de Google Earth.

Teniendo en cuenta lo anterior, en este apartado se rescatan tradiciones agrícolas como parte de la producción humana de los habitantes de la vereda Guapante, teniendo en cuenta que la producción “no es el simple despliegue tecnológico de fuerzas materiales impersonales, sino un proceso social entre seres humanos, y de éstos en relación con la naturaleza. Es también el punto de partida de toda la vida social” (Erice, 2012, p. 11). Es así como en Guapante se han gestado formas particulares de relacionamiento entre sus habitantes y el suelo, las cuales les ha permitido vivir, subsistir y formar identidad, les ha posibilitado unirse, compartir en el territorio y apropiarse de cualidades del ecosistema

como la diversidad agrícola, las riquezas hídricas, sus saberes y conocimientos ancestrales para cultivar, que se han transmitido de generación en generación dando cuenta de que en toda forma de sociedad hay “una suma de fuerzas de producción, una relación históricamente creada con la naturaleza y entre unos y otros individuos, que cada generación transfiere a la que sigue” (Marx, citado por Giddens, 1985, p. 82).

Puede observarse cómo en los años cincuenta en el trabajo de los campesinos de la vereda Guapante aún no se percibía marcadamente un modo capitalista de producción, en tanto el asalariado no era preponderante. Los campesinos empleaban instrumentos como el azadón, el machete y la pacora para sembrar alimentos pensado en dos razones principales: primero, el autoconsumo que permitía garantizar la alimentación, nutrición y sobrevivencia de la familia y en segundo lugar, pensado en vender productos en pequeñas cantidades en el área urbana del pueblo para generar los centavos que generalmente se utilizaban en la compra de herramientas, medicinas y productos necesarios para el hogar.

Las herramientas permitían arar, deshierbar, aporcar y cortar dentro de lo que los campesinos llamaban el “trabajadero”, el cual según don Alberto Atehortúa “era un lugar muy importante, ubicado cerca del hogar en donde cultivaban”. En estos trabajaderos se sembraban alimentos así como pastos de corte, plantas medicinales y el fique, actividades agrícolas que no eran ajenas al contexto nacional, pues para 1950 el nivel de vida de los habitantes del país dependía en su mayor medida de la producción agrícola caracterizada por la diversidad de productos como alimentos y fibras. Vale la pena mencionar que en ese contexto, la política agraria colombiana se fijó en la implementación de instrumentos crediticios, tecnológicos y de fomento sectorial (Ocampo et al, 2000).

De acuerdo a lo anterior, algunas de las formas tradicionales y particulares como se sembraba y se usaba el suelo en la vereda Guapante hace poco más de sesenta años pueden clasificarse en seis grupos: el fique, la producción de alimentos, las plantas medicinales, la producción animal, los pastos de corte y la vivienda.

El fique como base de la identidad del campesinado guarneño.

El fique o cabuya se comenzó a cultivar desde el siglo XVI configurándose como un factor que permeó la ideología, por cuanto fue la renta de la vereda, del municipio y de la región por muchas décadas. Según don Alberto “era el sustento para levantar la familia porque así era que uno se levantaba los centavos” (Entrevistado, septiembre 25 de 2016). Se sembraba sacando una mata de cabuya que se magueaseaba o maduraba para cortar un colino que después se sembraba en un surco en redondo en la parcela, a una distancia de alrededor de dos metros entre cada mata, en el cual la planta se alimentara del poco abono orgánico que se le echaba al trabajador.

La mata de cabuya estaba presente en la mayoría de solares y trabajaderos del municipio, con el pasar de los años fue desapareciendo por los procesos de industrialización por los que pasaba el país y la ciudad de Medellín, los cuales comenzaron a implementar en grandes cantidades sustitutos para el fique, como las telas, fibras sintéticas, plásticos entre otros, volviendo obsoleto el costal de cabuya que era uno de los principales productos que se derivaba de desfibrar las hojas de fique. Para el campesino guapanteño, el fique comprendía algo más que la simple elaboración de un costal, ya que los residuos resultantes del proceso eran utilizados como fertilizantes para los demás cultivos, controlaban las

plagas e incluso en ocasiones, servían a los adultos experimentados para producir bebidas fermentadas, constituyendo así parte de su identidad y apego a la tierra como campesino fique-cultor. En palabras de Alfonso Herrera:

Fue por muchos lustros nuestra principal industria, de la cual se derivó la subsistencia de numerosas familias, hoy sufre una inmensa agonía causada por el incremento de la fibra sintética y por el avance vertiginoso de la tecnología, pero es posible que no parezca, por cuanto hay contenidos que no admiten otro continente distinto al empaque de cabuya, tales como la papa y la panela (citado por Díaz, 1995, p. 20).

Al fique se le debe en gran parte la configuración de la conciencia social de la vereda y del municipio décadas atrás en torno a creencias, costumbres y valores. Fue así como en Guarne se crearon ritos de conmemoración con respecto a la planta de cabuya como las “fiestas de la cabuya”, lo que contribuyó a que el municipio fuera reconocido como tierra cabuyera y el principal productor de fique del departamento de Antioquia al producir el 69.5% del total del fique del departamento. Esto se debía en parte, según menciona Alfonso Herrera, a la presencia de un sacerdote llamado Francisco José Díaz quien marcó la historia del municipio entre 1921 y 1922, creando una forma particular penitenciaria, pues desde su confesionario proponía a los fieles a que en penitencia por sus pecados sembraran un número determinado de cuadras de su tierra con matas de cabuya para lograr la redención (Díaz, 1990, p. 100). Teniendo en cuenta que el pueblo de Guarne en su gran mayoría profesaba la religión católica, podemos imaginar la cantidad de matas de cabuya que eran sembradas en los trabajaderos y solares.

La producción de los alimentos, “de la siembra a la mesa”

La comida era un elemento relacional que vinculaba toda la familia guapanteña partiendo desde el sembrado del alimento hasta el uso final, pues existía un principio denominado “desde la siembra hasta la mesa”, práctica poco usual en la actualidad pero que tenía un valor simbólico importante para los campesinos, debido a que evidenciaba el fruto de la unión y los esfuerzos de toda la familia. Los alimentos que se cultivaban en Guapante eran principalmente el maíz, la papa, el frijol, la alverja, la victoria, el frijol petaco, la auyama, la col, la sidra, el tomate de árbol y árboles frutales.

El maíz era de mucha importancia para los campesinos, pues servía para alimentar la familia, las gallinas y las vacas; incluso se tenía la costumbre de colgar las mazorcas en la cocinas para ponerlas a secar. Esta planta se sembraba a metro y medio de distancia donde se colocaban cuatro granos de maíz por mata, cuando había cosecha se seleccionaban los mejores granos para volver a cultivar. Alrededor de la siembra de maíz participaban los hombres del hogar, los cuales sacaban el cultivo con solo dos aporcadas, sin adicionar abonos, solo echándole buena tierra.

El maíz era indispensable en el hogar puesto que se consumía demasiado y de maneras variadas como en arepas, mazamorra y natillas de maíz que se hacían cada fin de año. La señora Lucia Cardona nos dice que “eran comidas muy gustosas a lo que ahora es, muy sabrosas porque no contenían químicos” (Entrevista 4, 27 de septiembre de 2016). Los campesinos contaban con gran variedad de semillas de maíz las cuales tenían diferentes sabores, colores y tamaños, se trataban de mejorar cada vez más mediante la selección natural y el emparejamiento de distintas semillas.

Por su parte, para la siembra de la *papa* “se hacía un surco y se le echaba una o dos semillas, según el tamaño de la misma, se le adicionaba una roseada de abono orgánico llamado supersavia, se echaba tierra encima, se le hacía un tendido de basura principalmente con helecho y se fumigaba con cotox y copravil, si se quería bien alentada; pero se podía sembrar sin esos abonos y sólo con ceniza, no necesitaba más aporcadas porque realmente era fácil de trabajar. Se sembraba alrededor de setenta y cinco centímetros de distancia” (Entrevistado, 25 de septiembre de 2016).

El frijol y alverja se cultivaban para el gasto del hogar, se sembraban junto a la casa, al lado de la mata del maíz donde al poco tiempo crecían enredándose en el tallo de esta última. Se sacaban sin necesidad de echar abonos ni riegos, sólo se colocaban dos granos de frijol o de alverja en el mismo lugar que la mata de maíz, organizando el surco con una distancia mata a mata de dos cuartas y de surco a surco de metro a metro según el estado del terreno. En ocasiones se les cortaba varas en el monte para remplazar la vara del maíz, colocando una vara por mata para que creciera y se enredara en ella, se esperaba mes y medio para añadirle si se quería un poco de abono orgánico. Era muy común ver la alverja, el frijol y el maíz sembrados en el mismo tiempo y lugar. A mediados de los años setenta y ochenta, los campesinos vieron la oportunidad en el cultivo de vender en grandes cantidades frijol y alverja.

En cuanto al llamado *frijol petaco*: “no tenía ciencia, se tira la semilla en cualquier parte con un poco de abono orgánico y el echa el fruto, no se puede envarar, se deja que se riegue, sólo hay que esperar un año que se demora, el frijol este es muy bueno y es arenudito” (Entrevistado, 25 de septiembre de 2016).

La *victoria* era una planta nativa abundante en Guapante, tanto así que no había necesidad de sembrarla, se localizaba en la mayoría de los trabajaderos donde de manera natural se esparcía por debajo de los cultivos de maíz, echando por el suelo el fruto. Grandes victorias que hoy en día no se utilizan, pero que en los años cincuenta era esencial en la dieta de los habitantes de la vereda; “nosotros nos levantamos a punta de victoria y coles, porque esto era la comida de los pobres, con lo que hacíamos dulces y sopas, además se cuidaban los cerdos” (Entrevistada 4, septiembre 27 de 2016). A propósito de este comentario, que los campesinos de Guapante se auto-reconocieran como pobres en la década de los 50 no era en vano, pues en efecto para esa época de la posguerra, los primeros estudios en el tema de distribución de ingresos en Colombia demostraron que en el país dicha distribución estaba dentro de las más desiguales del mundo, problemática que afectaba de manera más agresiva al sector rural (Ocampo et al, 2000).

Retomando, pese a su parecido, sembrar *ayuyama* es un poco más distinto que sembrar victorias, se colocaban a secar las semillas de la ayuyama y se arrojaban en una parte del trabajadero donde la tierra estuviera cultivada para que recibiera un poco de abono de los demás cultivos, crecía muy fácil y era muy apetecida.

Para sembrar *coles* se seleccionaba los colinos o se cortaban de la mata de col, para luego ser enterrados en cualquier lugar, estos crecían muy rápido y eran muy fáciles de cultivar, se podían sembrar amontonados el uno del otro. En los años cincuenta no faltaba en las mesas de los campesinos, hoy en día ya no es codiciado.

Para cultivar *cidras* se arrojaba una cidra en cualquier lugar, que poco a poco iba creciendo y se enredaba en todas partes, al poco tiempo daba los frutos. Los campesinos aluden que esto no tenía ciencia alguna para trabajar.

El *tomate de árbol* se sembraba a través de los colinos que se ponían en una germinadora artesanal en donde se colocaban a secar las semillas del tomate en ceniza, esparciéndolas a medida que iban creciendo y que el tallito estuviera fuerte, debía ser embolsado para más adelante realizar un hueco en la tierra donde se sembraba.

En cuanto a los *frutales propios* de la vereda, los ancianos aluden que en todos los lugares de la misma era muy común que se encontraran con árboles de guayabas, moras pequeñas, que en esos tiempos eran llamados camuesas, matas de uchuvras y lulos. Estos eran frutos propios del territorio que hacían parte de la diversidad biológica abundante y propia de las montañas guapanteñas, crecían sin intervención alguna de los campesinos y para el tiempo era el principal disfrute de los niños, “coger todos esos frutos, guayabas, uchuvras, era la goma de la niñez en ese tiempo, era como nos divertíamos” (Entrevistado, 25 de septiembre de 2016).

Las plantas medicinales y la salud familiar.

El *apio* era una hierba muy importante que se utilizaba principalmente para curar los dolores del estómago, era utilizada como purgante, puesto que consumir las fruticas de apio ayudaba a expulsar las lombrices del cuerpo. Las semillas se sacaban de las matas maduras que abundaban en la vereda y se arrojaban en cualquier parte del trabajadero, pues crecían muy rápido y no requerían de cuidados especiales.

El *cidrón* se utilizaba para hacer bebidas y así curar la gripa, se seleccionaba un tallo del árbol de cidrón para ser embolsado y más adelante ser sembrado. La *cerraja* se utilizaba para realizar baños que calmaban las fiebres, no se cultivaba sino que se buscaban en las montañas, desenterrándolas para ser trasplantadas en los trabajaderos. La *rúa*

principalmente se utilizaba para hacer los baños para las mujeres en las dietas después de sus partos, se cogían los gajos de la rúa y se enterraban en la tierra, las cuales crecían muy rápido.

La producción animal.

En los hogares se acostumbraba a tener animales domésticos para obtener beneficios de ellos, por ejemplo, las gallinas proporcionaban los huevos que se consumían a diario, su carne servía para eventos especiales y para las dietas de las mujeres después de los partos, además los gallos eran el despertador de la época. Los perros eran los encargados de proteger el hogar de ladrones y de animales silvestres que atacaban las gallinas y destruían los cultivos, adicionalmente eran considerados por muchos campesinos como la mejor y más fiel compañía. Los gatos eran quienes controlaban los anfibios, reptiles y roedores; también se cuidaban algunas vacas de baja producción de alrededor de uno y tres litros diarios de leche para el autoconsumo del hogar, esta se le daba especialmente a los hijos pequeños; había pocos cerdos que criaban como alimento de los festejos de fin de año y en ocasiones para la venta, ya que se pagaban muy bien, aunque era complicado trasportarlos al área urbana, pues en los años cincuenta no se contaban con buenas carreteras, entonces tenían que empujarlos y tanto hombres como caballos debían cargarlos, tardando mínimo tres días.

Estos animales eran alimentados con los mismos productos que se generaban en los trabajaderos, con las sobras del hogar y con los alimentos que había en las montañas, por lo general se tenían libres en los potreros.

Los pastos de corte.

Los pastos de corte eran muy pocos debido a que la vereda Guapante no era fuerte en lo pecuario, los pocos pastos que habían se utilizaban para alimentar los animales. Sin embargo, esto fue cambiando a medida que en los años setenta y ochenta iban llegando personas de la ciudad que comenzaron a ver la posibilidad de vender leche, incorporando así al territorio nuevas razas de vacas de mayor producción y trayendo consigo la necesidad de aumentar el cultivo de pastos de corte.

En los años ochenta se comenzó a trabajar con el *gramalote* para aumentar el rendimiento productivo de los animales que se levantaban en los potreros, añadiéndoles estos pastos en las dietas que les ayudaron en gran medida a aumentar el peso de los animales. El gramalote se sembraba haciendo zanjaz largas, por lo general de la medida de los extremos y del frente de los trabajaderos, en donde se depositaban las varas del pasto seguidas para luego ser tapadas con tierra. Otra planta conocida como *nudillo* era concebida como maleza y debía ser retirada de los trabajaderos, al ser cortada se les daba a los animales.

La vivienda tradicional y la llegada del desarrollo.

El material de construcción más común de las casas de Guapante en los años cincuenta e incluso muchos años atrás deriva del arte ancestral del manejo de la tapia, que es el resultado de revolver tierra, arcilla y excrementos de vacas y caballos con agua, para dar forma a muros gruesos que soportaban gran peso de madera que se seleccionaba en los montes para elaborar las casas, todos los materiales eran conseguidos del entorno, no todos los campesinos realizaban trabajos con la tapia.

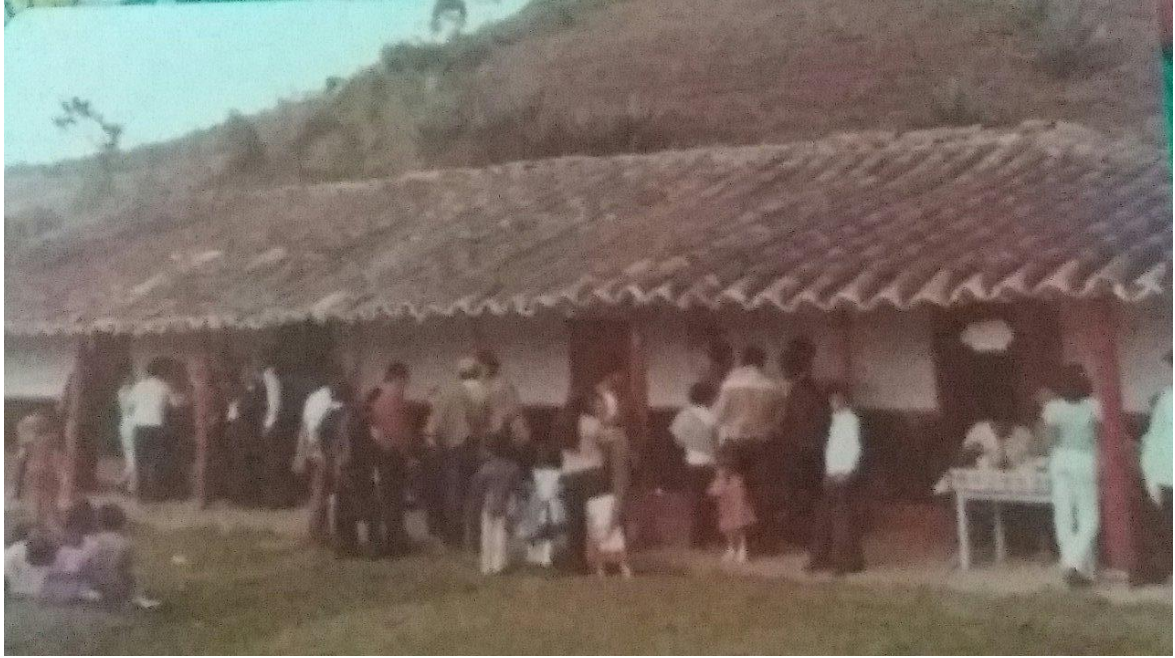


Imagen 3. Vivienda tradicional, trabajadero y plantas de fique en la vereda Guapante del municipio de Guarne.

Con la llegada del adobe, vidrio, cemento y el hierro, la infraestructura de la vereda comienza a transformarse de construcciones coloniales a construcciones modernas de hogares; la tapia comienza a desaparecer, pues los nuevos materiales garantizan mayor seguridad y facilidad para el campesino, además los hogares perduran más en el tiempo. Hoy en día quedan algunas casas construidas en tapia que han podido soportar el paso del tiempo, pero lo más común es que hayan sido derribadas y remplazadas por casas prefabricadas o por casas con materiales modernos.

La familia campesina tradicional y la producción agrícola.

Al ubicar el carácter familiar de la unidad productiva, se puede afirmar que “la unidad campesina es, simultáneamente, una unidad de producción y de consumo, donde la actividad doméstica es inseparable de la actividad productiva. En ella, las decisiones relativas al consumo son inseparables de las que afectan a la producción...” (Schejtman, 1980, p.124). En la década de los cincuenta, las familias de la vereda Guapante se caracterizaban por ser nucleares con gran cantidad de hijos, condición que no era ajena a la realidad de ese entonces en el país, puesto que en Colombia “el ritmo de crecimiento demográfico fue particularmente acelerado en los años cincuenta y sesenta” (Ocampo et al, 2000, prr. 2). De acuerdo a la cultura, dentro de las familias se ejercían roles específicos que estaban permeados por “valores” inculcados por el catolicismo, mostrando cómo las creencias religiosas fueron una base esencial que a vez determinaron las relaciones económicas de la época. En general, como se ha visto, el medio de sustento familiar era la agricultura, además había un déficit académico muy alto y gran porcentaje de analfabetismo. Por su parte, la división de las tareas productivas estaba determinada por las relaciones de género, es decir, que los roles que se asignaban a cada integrante de la familia estaban establecidos por el sexo, por tanto en la economía del hogar campesino existían unas funciones específicas muy marcadas para hombres y para mujeres. Desde la perspectiva histórica y sociológica, esto se interpreta como “división sexual del trabajo”, en la que las tareas productivas (trabajo) son asignadas a los hombres, mientras que las tareas reproductivas (cuidado) son delegadas a las mujeres, dando cuenta de relaciones de poder generadoras de subordinación e inequidad. La división sexual del trabajo se manifestaba en las familias guapanteñas de los años 50 de la siguiente manera:

Los padres eran los encargados de administrar el hogar, impartían la norma y los papeles que debían desempeñar los integrantes de la familia. El padre era el encargado del abastecimiento económico del hogar, sembrado y recolección de los alimentos; era la principal fuente de información y de enseñanza de las dinámicas agrícolas, ya que se encargaba de que sus hijos aprendieran los saberes ancestrales con respecto a las formas de cultivar y el contacto con la tierra.

Culturalmente la condición de hombre estaba anclada con el trabajo de la tierra privándolo de opciones diferentes, lo cual lo sometía al trabajo que demandaba esfuerzos físicos donde se podía medir su virilidad y capacidad de formar su propio hogar. Para las familias era esencial procrear varones, puesto que esto traducía en obtener mayor mano de obra que ayudara al padre en las labores diarias. Los hijos estaban inmersos en las enseñanzas del padre quien transmitía los procesos como él trabaja la tierra, enseñanzas que eran interiorizadas generando apropiación y sentido de pertenecía. Cuando el hijo crecía y se casaba reproducía estos saberes con sus hijos, inculcando generalmente el trabajo como valor fundamental.

En cuanto a la madre, su rol dentro del hogar comprendía las funciones de cuidado de los hijos, la preparación de alimentos, el desempeño de diferentes labores domésticas y la procreación. Y aunque acompañaba al padre en la función de infundir valores morales, se encontraba en situación de subordinación en cuanto a la toma de decisiones y su posición jerárquica en la familia con respecto al padre. Dentro de sus funciones asignadas no había labores que requirieran uso excesivo de fuerza física, ocasionalmente ayudaban en la recolección y limpieza de las cosechas.

Las hijas por su parte se encargaban del cuidado y crianza de sus hermanos menores y apoyaban a sus madres con las labores del hogar, su futuro estaba destinado principalmente a la formación de un nuevo hogar, es decir, la búsqueda del matrimonio, que era entendido como lo propone el sacramento católico, para toda la vida. Debido al peso que se les asignaba en la crianza del hogar, algunas hijas decidían casarse pronto para liberarse de alguna manera del trabajo doméstico de allí, porque era más fácil cuidar y cocinar a su hombre que a toda su familia.

Por otra parte, entre las familias se establecían vínculos a partir de la unión de los hijos por medio del matrimonio católico. Por lo general, el hombre de esta nueva familia adquiría por herencia una parcela de la propiedad de los padres, los cuales casi siempre contaban con grandes extensiones de tierras, generando así, intercambio de productos entre las tres familias, que entendiendo los limitantes de los tiempos de producción, decidían asignar sembrados por familia para tener mayor cobertura y variedad de alimentos. Esto mitigaba el impacto que tenía el abandono del hombre en una familia, pues significaba pérdida de fuerza de trabajo que garantizaba el sembrado para autoconsumo familiar.

Otras formas de relacionamiento se presentaban en los pequeños mercados de la zona rural del municipio de Guarne, a los cuales sólo se podía llegar realizando grandes recorridos en animales de carga, quienes facilitaban el transporte de productos como verduras, fique, frutas y animales. En estos recorridos se daban encuentros con campesinos que vivían en las veredas aledañas al pueblo y con los pueblerinos quienes comercializaban y negociaban los productos para obtener dinero; a las mujeres se les asignaba la compra de elementos que aportaran a suplir las necesidades de la familia como la ropa, ollas y utensilios de aseo personal. A propósito de la agricultura familiar, puede anotarse que para

algunas perspectivas ésta se ha constituido como “la forma más exitosa de producción para poner a disposición del capitalismo urbano el máximo volumen de trabajo excedente”:

El campesino que trabaja para sí mismo no necesariamente se considera a sí mismo un capitalista o un empresario cuyas actividades dependen de la obtención de una tasa positiva de ganancia. Por el contrario, a pesar de ser la cabeza de la unidad agrícola, se considera (la mayor parte de las veces) como un simple trabajador que tiene derecho a una remuneración que sólo le asegure su sustento.

Aún más, en el contexto de la economía familiar no surge el problema de la renta de la tierra... Para los capitalistas, la agricultura familiar contemporánea no constituye un espacio económico que deba ser penetrado y conquistado, sino un todo ‘exótico’ que debe ser sometido como tal (Vergopoulos, 1978 citado por Boltvinik, 2012, p. 23).

Diversidad biológica agrícola como uso principal del suelo.

La diversidad biológica es una de las características más importantes que tiene la agricultura tradicional. Esta incorpora la variedad de ecosistemas, las plantas y animales que conviven en un área geográfica específica en los territorios que históricamente han sido utilizados por los seres humanos para satisfacer sus necesidades de subsistencia, perdurando a través de diferentes prácticas agrícolas como la selección natural de semillas y animales, además de las cualidades heterogéneas de los ecosistemas que en otras palabras, comprenden tanto la variedad como variabilidad de los seres vivos. De manera que la agricultura:

Es el reino de la diversidad, heterogeneidad de climas, altitudes, relieves hidrográficas, suelos, especies biológicas, ecosistemas y paisajes, que históricamente se ha expresado en diversidad de frutas y prácticas productivas, sustentado en una pluralidad de usos, costumbres y talentos culturales que a su vez transformaron paisajes, ecosistemas y espacios mediante una virtuosa interacción. La pluralidad es marca de fábrica de sociedades campesinas que quizá verían pausadamente en el tiempo pero en cambio son ilimitadamente diversas en el espacio (Bartra, 2008, p. 119).

En la vereda Guapante, la diversidad biológica era la base del uso del suelo, allí la agricultura tradicional y diversa concebía sus semillas y suelos como su patrimonio, su legado histórico y su saber ancestral, que fue transmitido de generación en generación y que consolidaba gran parte de la identidad como campesinos y como pueblo, además les aportaba autonomía en cuanto a la forma de trabajar y alimentarse.

La diversidad biológica agrícola respondía principalmente a las necesidades del entorno y del campesino, quien sabía convivir con la naturaleza, la cuidaba y respetaba como proveedora de todos elementos necesarios para su sobrevivencia y como aquellos para la construcción de las viviendas, las medicinas y los alimentos. Para no violentar gravemente los suelos, el agricultor utilizaba estrategias por medio de prácticas conscientes que comprendían usos moderados del suelo diversificando la siembra, es decir, no se le daba usos intensivos al suelo, no se cultivaba lo mismo en la misma tierra sin antes dar un tiempo prudencial: donde se recogía una cosecha de maíz, se sembraba luego una de papa y donde se recogía papa, luego se sembraba frijol. Además, los campesinos acostumbraban a tener semillas como reservas para enfrentarse a los tiempos difíciles como sequías e

inviernos; prácticas que en la agricultura industrial no tienen cabida porque hay una apuesta para dominar, subordinar la naturaleza y transformarla en mercancía, esto en palabras de Bartra obedece a “los intentos del capital para reconstruir a su modo la naturaleza” (Bartra, 2008, p. 123)

La diversidad biológica agrícola es un tema que no debe ser tratado con nostalgia pensando en algo que estuvo y que ya no está, sino que es un asunto que debería estar pensado por la ciencia y la tecnología en función del bien común. Pese a esto, como se ha venido observando, ciencia y tecnología buscan la simplificación y homogenización de la diversidad biológica agrícola para responder a los propósitos del desarrollo, que por lo general está orientado en términos económicos. En este sentido, vale la pena señalar que la situación de la vereda Guapante no ha sido ajena al contexto global, por tanto en este punto es necesario hacer alusión a dos aspectos que impactaron la agricultura a nivel mundial en los años cincuenta y que en efecto, han tenido repercusión en la diversidad biológica agrícola de esta vereda: la Revolución Verde y la influencia del mercado:

El poder económico dominante: La Revolución Verde.

La revolución verde es una muestra de cómo la estructura social, jurídica y política está condicionada por los poderes económicos dominantes. Esta estrategia surgió a principios de 1941 con el acuerdo entre el vicepresidente estadounidense Wallace y Raymond Fosdick presidente de la fundación Rockefeller, quienes discutieron estrategias para intervenir en la agricultura mexicana. Según ellos, México necesitaba importar de Estados Unidos tecnologías y modelos de desarrollo agrícola, basadas en la mercantilización y la producción de monocultivo. De esa reunión se gestó el Programa Agrícola Mexicano

(Jiménez, 1990), una colaboración entre la administración Roosevelt (lo que involucró un adelanto tecnológico en el sector agrícola) y la participación del estadounidense, Norman Borlaug, quienes vieron la necesidad de producir mayores alimentos bajo el objetivo de abastecer y acabar el hambre mundial que se incrementó por la segunda guerra mundial, esto conllevaría a la agricultura tradicional a dar un giro sin precedentes en la historia y que impulsaría a los países dominantes a la gestación de un nuevo proceso de industrialización y en detrimento de las naciones periféricas (Flórez, 1976, p. 54).

Los requerimientos de dicha revolución envolvían una solapada dependencia de derivados del petróleo y de embalsamientos para irrigación, por lo que se agudizó la desigualdad social, se marginalizó y llevó a la quiebra a los campesinos que no tenían acceso a crédito subsidiado por el estado. Además, la gran necesidad de agua de riego y sustancias químicas que requerían las semillas de alto rendimiento representaba un peligro para la calidad de los acuíferos, poniendo en riesgo la salud pública y reduciendo la productividad del suelo a largo plazo (Horowitz, 2000, p.p. 446-447).

Como parte del paradigma productivo capitalista, la revolución verde significó una ruptura con la técnica anterior basada en los saberes y prácticas campesinas a cambio de la creciente mecanización, el empleo de semillas híbridas, modificadas genéticamente y dosis intensivas de insumos químicos, lo que sería denominado el “paquete tecnológico” que responde al productivismo empresarial y que también hace parte de las características de la agricultura estadounidense que se trabaja en terrenos con condiciones por lo general homogéneas, resultando descontextualizada y ajena para la mediana agricultura familiar europea y contradictoria para la muy pequeña agricultura campesina extendida en el cono sur, asentada en condiciones diversas, heterogéneas de manejo difícil y particular, que

demanda formas personalizadas de cultivar por la gran variedad de ecosistemas terrenos y climas (Bartra, 2008, p. 136).

Este modelo se impuso a escala mundial como proceso de expansionismo estadounidense de la posguerra, construido en función de intereses comerciales y agroindustriales cuya esencia era la “especialización productivista” y la “simplificación de agroecosistemas” por medio de los monocultivos intensivos, tecnificados y sobre tierras planas, en las que se adicionan grandes cantidades de fertilizantes químicos y se atacan las plagas mediante uso intensivo de pesticidas, esto basado en semillas híbridas modificadas genéticamente que suponen dependencia absoluta de empresas agrotecnológicas que poco a poco se han transformado en gigantes trasnacionales (Bejarano, 2003, p. 90).

Con la aparición de la revolución verde se consuma la subordinación material de la agricultura al capital, lo cual repercute en el campesino ocasionando un cambio en la forma de transformar la naturaleza y generando una ruptura drástica entre el hombre y la tierra, donde la agricultura tradicional, cuya clave está en el manejo de los agroecosistemas, es remplazada por el paquete tecnológico, imponiéndose por encima del campesino en donde el agricultor no usa dicho paquete, sino que es usado por él. En palabras de Bartra:

Con ello se invierte también su relación con la ciencia impresa en la tecnología pues la química y la genética en que se basan los nuevos recursos no son conocimiento sobre los ecosistemas —como el de los agricultores— sino sobre sus componentes simples. Y cuando el labrador es un campesino el resultado de esta inversión es que ya no sólo trabaja para el capital, sino que es obligado a trabajar como el capital, en un comportamiento contra natura que con frecuencia lo lleva a la ruina (Bartra, 2008, p. 136).

En consecuencia, las nuevas ciencias y tecnologías agrarias se tornaron contraproducentes en términos socioambientales, volviéndose insostenibles, debido a que ese intento de homogenización genética vuelve muy frágil el ecosistema, debilita, contamina y erosiona los suelos y aguas, destruye la biodiversidad y ataca directamente la salud de los trabajadores. Además, este sistema es excluyente y alienante para los campesinos, quienes a pesar de poseer la fuerza de trabajo, se quedaron desprovistos de los recursos suficientes para suplir las demandas que exige esta forma moderna de cultivar y por tanto:

Se sucede un proceso complejo y contradictorio, en el cual la relación con el capitalismo (independiente de lo que quieran o puedan desear sus agentes) lleva tendencialmente a la pauperización de la economía campesina, [...] por la dependencia creciente del crédito y el costo también creciente de los insumos que necesita para aumentar su productividad, iniciar nuevos cultivos y poder competir con algún éxito en el mercado, sin tener que restringir su ingreso hasta el mínimo fisiológico (Jaramillo, 1979, p. 76).

Economía de mercado y biodiversidad agrícola: una relación incompatible.

La influencia del mercado atacó directamente la diversidad biológica agrícola debido a que el campesino guapanteño se vio condicionado a cultivar para poder vender en el mercado. Aquí juega un papel fundamental la apertura económica y la internacionalización de la economía colombiana por medio de los tratados de libre comercio con países como Perú, Ecuador, México, Estados Unidos, entre otros, pues bajo la idea de desarrollo económico, el país dio rienda suelta a las exportaciones de materias primas y la importación

de tecnologías, con el afán de conseguir ese llamado progreso. De esta manera, el discurso de desarrollo comenzó a transformar las formas de pensar de los campesinos, pues ahora sus propósitos estaban en cultivar los alimentos más solicitados para obtener dinero y garantizar su supervivencia. Esto afectó drásticamente la diversidad biológica agrícola en la vereda, debido a que ya no se piensa en el cultivo para el autoconsumo, sino en perspectiva económica, es decir, cuando hay un producto valorizado que se vende rápidamente y que genera ganancias, los campesinos comienzan a designar la mayoría de su tierra exclusivamente a ese cultivo.

De igual manera, la diversidad biológica que supone la agricultura tradicional conlleva un problema para el mercado debido a los factores climáticos que repercuten en la variación de los precios, los cuales relejan fluctuaciones de valor dado a que en tiempos inapropiados aumenta la cantidad de trabajo. Por consiguiente, hay mayor mano de obra por unidad de producto y viceversa, es decir, el pausado y cíclico ritmo de la producción está condicionado por factores naturales cuyas modificaciones tiene límites biológicos, de modo que frecuentemente las cosechas están listas en periodos de tiempo que no coinciden con los periodos de consumo, por lo que los productos deben ser almacenados por bastante tiempo y debido a que se pueden echar a perder, debe haber una alta inversión para su preservación. En consecuencia, los precios son variantes a lo largo del año, pues lo que se consume fuera de su temporada de cosecha tiene mayores gastos financieros y de almacenaje (Bartra, 2008, p. 131).

En la vereda Guapante el fenómeno de especialización de los cultivos se puede evidenciar diez años atrás con la llegada de la fresa y hoy en día con el tomate de aliño, los cuales se configuran como tendencias de acumulación capitalista que han repercutido

drásticamente en la estética del ecosistema, la fauna, flora y los afluentes hídricos del territorio. Como se observará en el siguiente capítulo, todo esto muestra los alcances de un modelo que sólo procura el crecimiento económico, mostrando una de las principales contradicciones del sistema capitalista como modo de producción que saquea y agota cada vez más los recursos naturales.

CAPÍTULO III. LOS MONOCULTIVOS, CAMBIOS EN LA AGRICULTURA.

“El gran dinero ama al dinero por sobre todas las cosas y

Después del dinero ama la monotonía que produce dinero” Bartra

Si se le pregunta a un campesino que toda su vida ha vivido en la vereda de Guapante por qué en los últimos años viene cambiando su forma de trabajar la tierra y ahora trabaja en los monocultivos de tomate, seguramente va a responder que esto sucede porque está cansado: cansado de perder sus sembrados tradicionales, cansado de que las condiciones climáticas como el verano, el granizo y las lluvias arrasen con sus cultivos; está cansado de que sus cosechas no cumplan con los parámetros de calidad establecidos por el mercado para la venta; está cansado de las pestes y plagas que acaban con sus sembrados. A esto se suma que el monocultivo es una forma más eficiente de generar los ingresos para el hogar, es un medio que genera rentabilidad económica para campesinos, intermediarios, transportistas y vendedores; brinda protección a los cultivos de la intemperie y los cambios climáticos; brinda mayor resistencia frente a plagas y enfermedades de los cultivos, es fuente irrefutable de trabajo en el territorio, proporciona mayor y más rápida producción por planta y genera garantía en el aumento de posibilidades para la satisfacción de las necesidades básicas de las personas.

En la siguiente imagen se puede observar parte del suelo utilizado en monocultivos desde el año 2013 hasta el año 2016, en donde se evidencia la expansión de los invernaderos en la vereda Guapante, aunque para el año 2017 encontramos mayor cantidad de estas edificaciones. Vale la pena resaltar que aún perduran cultivos tradicionales como el frijol, la mora y la papa, aunque ya no a la misma escala que algunos años atrás en donde había gran variedad de cosechas en el territorio.

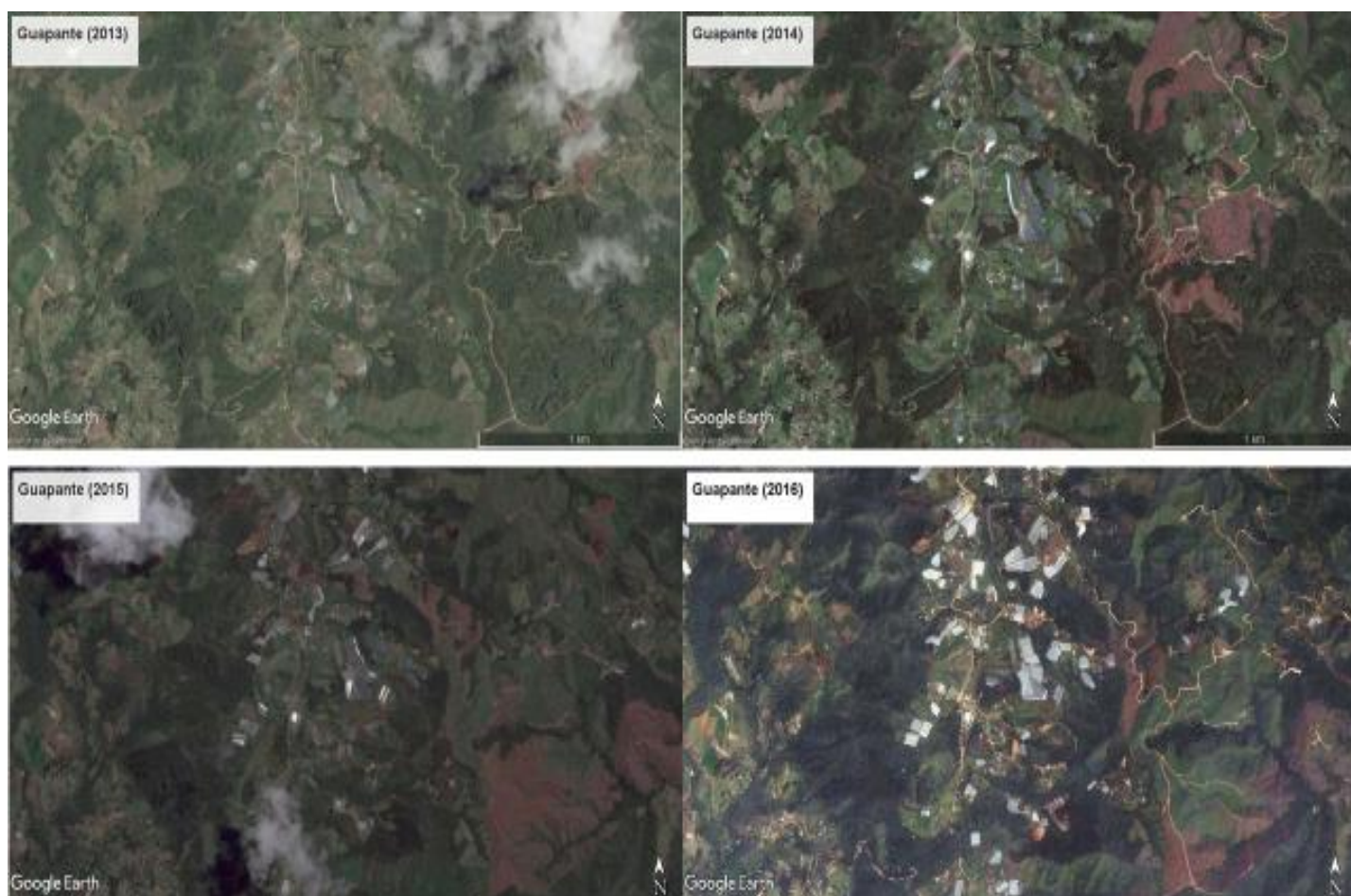


Imagen 4. Expansión del monocultivo en Guapante

En la imagen, la mayoría de construcciones que se logran visualizar son los plásticos que recubren los monocultivos de tomate, que por lo general se encuentran muy cerca de las

viviendas de los campesinos, sustituyendo en gran medida los trabajaderos tradicionales en donde se cultivaban gran variedad de alimentos.

Esta perspectiva facilita entender el rápido proceso de expansión del monocultivo en la vereda, pero antes de continuar es conveniente definir el término “monocultivo”, entendiéndolo como una de las expresiones del modelo extractivista impuesto por las políticas neoliberales de los años 90. El monocultivo fue impulsado por la revolución verde en América Latina y cumple con el objetivo de exportar materias primas al cono norte, pasando a convertirse, como es usual, en la despensa agrícola de los países “desarrollados”.

En palabras de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), los países de América Latina tienen una marcada orientación a la exportación y al enfoque monocultivista de las políticas convencionales, lo que ha permitido que se siembren a bajos precios grandes extensiones de tierra con plantas de la misma especie, donde siempre se procede bajo los mismos procesos de cultivo (regado, fertilizantes y recolección de las cosechas).

Pensar en el monocultivo implica hacer una reflexión sobre los procesos de globalización y la penetración de los mercados locales, en donde la apertura económica juega un papel esencial en la demanda de alimentos que en gran medida aportan al deterioro ecológico de los territorios, que cuentan con gran expansión de tierras destinadas para el monocultivo y que cambia y limita la sostenibilidad de la agricultura tradicional.

Con los monocultivos se busca implementar cultivos de alta productividad y alta homogeneidad genética, lo que maximiza la rentabilidad, simplificando el manejo de los suelos y ahorrando mano de obra, a expensas de un mayor riesgo climático, económico y

biológico, pérdida de materia orgánica del suelo, y sobre-extracción de nutrientes y agua. El rápido crecimiento de los monocultivos viene acompañado de transformaciones socio-organizativas que modifican el mapa de actores de los sistemas agroalimentarios a nivel global, nacional y local, que favorecen al agronegocio en detrimento de la agricultura familiar (Cáceres, 2015).

El avance de la frontera agropecuaria generó importantes cambios en el uso del suelo en los territorios, tales como pérdidas en la biodiversidad y en la capacidad productiva natural de los suelos, lo que compromete drásticamente la sobrevivencia de los ecosistemas naturales originales. Por impactos como estos, los campesinos están siendo desplazados y explotados por el agronegocio, pasando a ocupar un lugar marginal en la agenda gubernamental, situación que genera movimientos de resistencia y reclamos por la justicia ambiental (Martínez, 2004).

Los monocultivos y el libre comercio internacional conllevan a trastornos sociales e incluso al hambre, con gran particularidad en los países empobrecidos, aunque también en Europa, donde se observan áreas rurales que pierden su población por la contaminación de la tierra y el agua que causan daños irreversibles, ocasionando que los pequeños agricultores sean vulnerados por las presiones de la apertura de mercado, logrando expulsarlos y transformando esos territorios en monocultivos de exportación. (Carrera y Kucharz, 2006, p. 5)

El monocultivo se entrelaza con el extractivismo agrícola, concepto que alude al proceso social de “apropiación privada por parte de grandes corporaciones empresarias de bienes naturales que eran propiedad común o privada, servían a la reproducción social de la vida

local o constituían parte del hábitat territorial”. Este proceso fue promovido por los Estados, otorgando medidas promocionales a las grandes empresas y generando economías de enclave (Svampa, 2009). La expansión de la materia prima agropecuaria, ya sea en espacio ocupado como en su productividad se vincula a la implementación de nuevos paquetes tecnológicos, capital intensivo e implementación masiva de agrotóxicos que repercuten en la salud tanto del campesino como del consumidor final, las condiciones laborales de la mano de obra y la salud de los ecosistemas (Bisang y Sztulwark, 2005).

Harvey (2004) describe el extractivismo como una nueva fase capitalista que él denomina "acumulación por desposesión", haciendo alusión a las políticas que sigue el capitalismo bajo la aprobación de gobiernos neoliberales, con el objetivo de transferir la riqueza pública al sector privado cada vez más concentrado. Entre la variedad de formas de apropiación, Harvey menciona el accionar del sistema crediticio y el capital financiero; la sobreexplotación y agotamiento de los bienes comunes; la privatización de los activos públicos, y el pago de royalties y otros derechos de propiedad intelectual. (Silvetti y Cáceres, 2015).

Otros autores como Gudynas (2013), proponen el término extractivismo en su uso actual como el tipo de actividad económica que implica explotación de los recursos naturales en gran escala o alta intensidad, orientada esencialmente a la exportación de materias primas sin procesar, o con un procesamiento limitado. Si bien las actividades extractivistas más típicas son la minería a cielo abierto y la explotación de hidrocarburos, para este autor con toda razón también deben incluirse en esta categoría los monocultivos para exportación (Silvetti y Cáceres, 2015).



Imagen 5. Invernaderos en la vereda Guapante.

En la anterior imagen se logran evidenciar gran cantidad de invernaderos en el territorio de Guapante que van transformando poco a poco el entorno.

En línea con esas ideas de Harvey (2004), Seoane (2013, p. 28), señala que el extractivismo remite al proceso social de "apropiación privada" por parte de grandes corporaciones empresarias de bienes naturales que eran propiedad común o privada, servían a la reproducción social de la vida local o constituían parte del hábitat territorial, además de involucrar en su lógica la apropiación de bienes naturales por medio de la violación de derechos civiles y humanos a través de violencia y la corrupción (Seoane, 2013, citado por Silvetti y Cáceres, 2015, p. 4).

En otros términos, el monocultivo puede ser entendido como la cara agraria del modelo extractivista que hoy en día prepondera en América Latina, donde hay una marcada tendencia a concebir a la agricultura no como tradicionalmente se entendía, es decir, como

proveedora de alimentos, sino más bien como una proveedora de mercancías. Para el contexto Argentino y Mexicano, podemos tomar como ejemplo claro la soja, donde la demanda de los mercados globales han empujado el crecimiento exorbitante del cultivo, transformado en materias primas de exportación que terminan desplazando a cultivos tradicionales o a la misma ganadería de los territorios (Gudynas, 2010, p. 41).

Siguiendo a Gudynas, el avance de la explotación de los monocultivos de exportación ocasiona profundos impactos en los territorios, debido a que en muchas ocasiones deriva de la llegada de contingentes operarios, agrónomos y técnicos con todo su arsenal instrumental en áreas remotas, algunas de estas ocupadas por comunidades campesinas y/o pueblos indígenas. Allí se generan enclaves productivos que son un ingrediente más de la fragmentación geográfica en los territorios, donde muchas veces no llega el Estado y hay limitación en la cobertura de los derechos ciudadanos, los servicios de salud, entre otros, pero que en contra vía ese estado protege y está a favor de los enclaves extractivistas, lo cual genera tensiones y contradicciones como la fragmentación de los territorios, áreas desterritorializadas, comercialización global y no local, la modificación de los espacios y de los actores sociales, y la desaparición de viejas y aparición de nuevas dinámicas sociales (Gudynas, 2010, p.p. 44-45).

En la vereda Guapante, como caso particular, el monocultivo se implementó como una alternativa ante las pérdidas agrarias que se venían dando paulatinamente. Esta práctica inició en un sector en donde dos personas reconocidas en el territorio aceptaron la invitación a incursionar con los invernaderos, algo que para el año 2008 era novedoso en el

municipio, debido a que las practicas campesinas que se venían desarrollando eran por lo general prácticas agrícolas tradicionales.

En el invernadero se pensó cultivar una planta que fuera resistente, que tuviera muy buena demanda en el mercado y que adicionalmente tuviera poca competencia en el sector, por lo cual se optó por trabajar con el tomate de aliño. Estos señores contaron con ayuda de instituciones Estatales como el SENA y El banco Agrario, entidades encargadas de promover los monocultivos para tratar de combatir la pobreza y promover el desarrollo económico del municipio de Guarne. El Servicio nacional de aprendizaje (SENA) junto a otras instituciones capacitó a las personas en áreas como construcción de invernaderos, preparación de los suelos y sembrados, en otras palabras, se encargó de difundir el conocimiento para tecnificar la producción agrícola, y principalmente, convencer a la población de que este tipo de cultivos modernos era la solución a las problemáticas económicas del territorio. Esto generó un eco en la población, que al ver rentabilidad económica rápidamente comenzó a ocupar sus tierras en invernaderos de tomate de aliño, talando así sus bosques y montañas y consumiendo grandes cantidades de agua.

El Banco Agrario ofreció bajos cobros de interés, gran facilidad a la hora de pagar las cuotas y aportó los préstamos para ese grupo de campesinos que no tuviera capital para invertir, lo cual fue muy llamativo para otros campesinos del sector, quienes se decidieron por esta opción denominada “emprendimiento”. El Banco Agrario logró concertar con los campesinos, que en caso de incumplimiento con el pago, las parcelas se convertirán en el medio de pago, por lo que algunos campesinos dicen que ellos trabajan con mucho empeño, puesto que sus tierras pueden pasar a manos de los bancos.

Siguiendo a Pangué (2005) “la agricultura industrial encuentra al campo latinoamericano en una situación parecida a aquella de la revolución verde donde se incentiva a los agricultores grandes, medianos y pequeños a catapultarse, mediante créditos muchas veces subsidiados por agentes de crédito internacional” (Pangué, 2005, p. 154). Es así como el endeudamiento de los habitantes de la vereda con instituciones como el Banco Agrario, se transforma en una de las estrategias fundamentales en el territorio para poder impulsar, posibilitar y garantizar los cambios en las formas de usar los suelos y permitir la expansión de los monocultivos.

El endeudamiento a escala global es un mecanismo de subordinación de los Estados que funciona adecuadamente. Para el caso de Latinoamérica, donde puede ser entendido en un contexto de relaciones económicas internacionales como un proceso más profundo que va más allá de la relación que se gesta entre prestamista y deudor, en donde se está inmerso en un juego de relaciones de poder, en la cual el deudor se encuentra sometido y a merced de la decisiones del prestamista, caso que se puede evidenciar específicamente en los países denominados en vía del desarrollo o del tercer mundo, que tienen deudas externas con los grandes bancos y con los países denominados desarrollados o del primer mundo. Los primeros se acogen muchas veces a las peticiones de los segundos, cambiando las condiciones de vida de los países del sur, ya que el peso de la deuda externa y las condiciones de comercio desiguales los sumen a este orden económico injusto y de carácter perverso.

Con respecto al objetivo de endeudar, siguiendo a Toussaint, puede comprenderse que el endeudamiento es un mecanismo de subordinación, puesto que implica la pérdida de la

soberanía de los pueblos, además de ser un puente formidable de transferencia de riquezas producidas en los territorios de la periferia que favorece la acumulación del capital localizada principalmente en los países más industrializados y subsidiariamente en los países de la periferia (Toussaint, 2004, p. 11).

Hay un lazo muy estrecho que se gesta entre el fenómeno de la mundialización neoliberal, la expansión de las crisis de la deuda en el tercer mundo y el proceso de mundialización, debido a las desregulaciones aplicadas a finales de la década del 70 por el cambio de la reserva del Estado federal de Estados Unidos bajo la presidencia de Volcker, en donde la gestión de la crisis de la deuda hace parte de la mundialización y globalización neoliberal, donde el endeudamiento participa directamente del reacomodamiento de las relaciones de fuerza que se originan entre los países del sur y del norte, sumiendo a los primeros en un ciclo de dependencia reforzada (Toussaint, 2004, p. 99).

Para el contexto Colombiano el endeudamiento tuvo un alza debido al pretexto de combatir la producción y el comercio de estupefacientes, donde se contó los Estados Unidos como un actor financiador y promotor del denominado “Plan Colombia”, cuyas implicaciones regionales fueron gigantes. La estrategia de este plan consistía en que EE.UU prestaba o donaba dólares al gobierno Colombiano para comprar material militar, así ese capital se devolvía, pues la industria de la guerra de la que se abastece el país es por lo general es de procedencia Norteamericana o Europea (Toussaint, 2004, p. 138).

Retomando el caso de Guapante, la deuda como estrategia que fortalece la expansión de los monocultivos puede ser aplicada en diferentes escalas de poder, o sea, tanto las

instituciones, principalmente el Banco Agrario, como los mismos propietarios de los invernaderos la aplican, el primero garantiza su renta con hipotecas de los predios de los campesinos y los segundos con poner en jaque el trabajo de los mismos.

El endeudamiento de los jornaleros ante los patrones se lleva a cabo por medio de mecanismos que facilitan el desplazamiento de los mismos a los lugares de trabajo, de manera que puedan obtener fácilmente sus propios medios de transporte con la posibilidad de que se les descuenta una parte de los pagos que se reciben, con el objetivo de que poco a poco se le abone a la deuda, lo que ocasiona generalmente la permanencia de los campesinos en los invernaderos.

Para concluir, el endeudamiento genera un fuerte impacto en el territorio guapanteño que se manifiesta en la proletarización del campesinado, en donde los sistemas campesinos tradicionales que se derivaban de prácticas sostenibles ancladas a una cultura particular, basada generalmente en el uso heterogéneo del ecosistema y una implementación mínima de insumos externos, cae, en parte por la permanente erosión por el uso agrícola moderno, que deja como herencia a los hijos de los campesinos tradicionales la senda de la proletarización rural, que muchas veces parece ser el destino inevitable del trabajo en agroproducción a gran escala o industrial, que desde una óptica ambiental implica una artificialización del ecosistema que casi siempre trasgrede la sostenibilidad a largo plazo (PNUMA, 1990, citado por Pengue, 2005, p. 44).

Este impacto en los últimos 30 años ha ocasionado la deserción de más de 20 mil pequeños productores, haciendo que la concentración de recursos y la producción de

alimentos en su mayoría estén en las manos de un pequeño número de empresas capitalistas, las cuales han sometido y trasgredido a la naturaleza y también al campesino, contribuyendo a la exclusión de pequeños productores familiares, en parte por el afán de modernizar la producción para transformar el agro (Pengue, 2005, p. 161).

Bartra, hace una reflexión marxista sobre el divorcio traumático que significa la ruptura entre la unidad originaria del hombre con su cuerpo inorgánico y que posibilita drásticamente la proletarización rural. El autor alude que ese divorcio va más allá de la expropiación de tierras a comunidades y campesinos, los cuales aun si eran serviles o tributarios mantenían, mediante el trabajo y la ocupación, su ancestral integración con la tierra y el medio ambiente. Esa brecha entre naturaleza-sociedad ha persistido desde el origen de la historia, la separación del hombre y su medio para que en adelante solo se pueda reencontrar por la intervención del capital, el cual pasa primero por la proletarización del trabajo y la privatización de la tierra y, después, por la sustitución de las habilidades y saberes campesinos por tecnologías propicias a la intensificación y emparejamiento de los procesos productivos agropecuarios, que es su condición material, lo cual sucede claramente en la vereda Guapante (Bartra, 2014, p. 122).

Ubicar el debate de la proletarización campesina en el marco dialectico que hay entre el gran dinero y los recursos naturales-sociales no mercantiles, posibilitaría entender que el capitalismo en contra de lo que algunos esperaban, no ha sido una historia lineal de la progresiva proletarización del trabajo, sino más bien una errónea y sangrienta combinación de inclusión y exclusión en el orden del absolutismo mercantil, en donde la figura de explotado-marginado es la condición permanente que obtiene el campesino que se

encuentra subordinado al capital. Adicionalmente se nos presenta un intercambio constante entre capital y entorno que es fuente de inestabilidad, desproporciones y crisis económicas, sociales y ecológicas, debido a que el capital no piensa en los costos socio-ambientales y a menudo sus apropiaciones son predatoras, rentistas y especulativas, que se originan en la codicia del gran dinero, también debido al no tratarse de mercancías en sentido estricto sino más bien de bienes naturales, sociales y culturales, el mercado no castiga inmediatamente a quien contamina las aguas, tala los bosques, destruye montañas, aniquila fauna y flora, o destruye culturas (Bartra, 2014, p.174).



Imagen 6. Quebrada y poso artesanal en la vereda Guapante

En la fotografía anterior en la parte superior se referencia la quebrada principal de la vereda Guapante, de la cual se extrae gran cantidad de agua por parte de muchos productores de tomate para regar los cultivos. En la parte inferior se visualiza uno de los posos artesanales que crean los mismos para recolectar el agua que más adelante será utilizada en los invernaderos.

Retomando, anteriormente el campesino se enfrentaba a dos problemas a la hora de trabajar en la agricultura: las preocupaciones por las condiciones medioambientales y las preocupaciones por el mercado, pues ambas situaciones limitaban la rentabilidad de los cultivos debido a que se podían traducir en pérdidas totales para el productor, quien por lo general no estaba asegurado. Mientras que ahora con la proletarización rural, el campesino asume los riesgos medioambientales en menor medida, gracias a la protección que ofrecen los invernaderos y delega el mercado y comercialización a los intermediarios, los cuales pasan a asumir las dificultades que se pueden presentar con la fluctuación de los precios y las ventas en el mercado. Es así como la figura de intermediario genera aceptación, pues si bien es éste quien gana la mayor parte del dinero que se mueve en el proceso de producción-venta del tomate, también es una forma de amparar a los campesinos de los inconvenientes con el flujo de la producción.

Como se mencionó anteriormente, el proceso de expansión del monocultivo en Guapante se dio de manera rápida y exitosa, hasta el día de hoy sigue creciendo y se desplaza a otros territorios del municipio de Guarne como la vereda vecina, Yolombal, donde un sector de la población guapanteña muestra malestar, pues esa vereda es una de las principales productoras de agua del municipio y este crecimiento puede generar, al igual que en Guapante, una reducción significativa en los yacimientos de este líquido vital en el sector. A continuación se presenta un mapa en donde se trata de mostrar los afluentes hídricos que se encuentran contaminados o en riesgo de contaminación y los bosques que están en riesgo de ser talados tanto para construcciones de invernaderos y de viviendas.

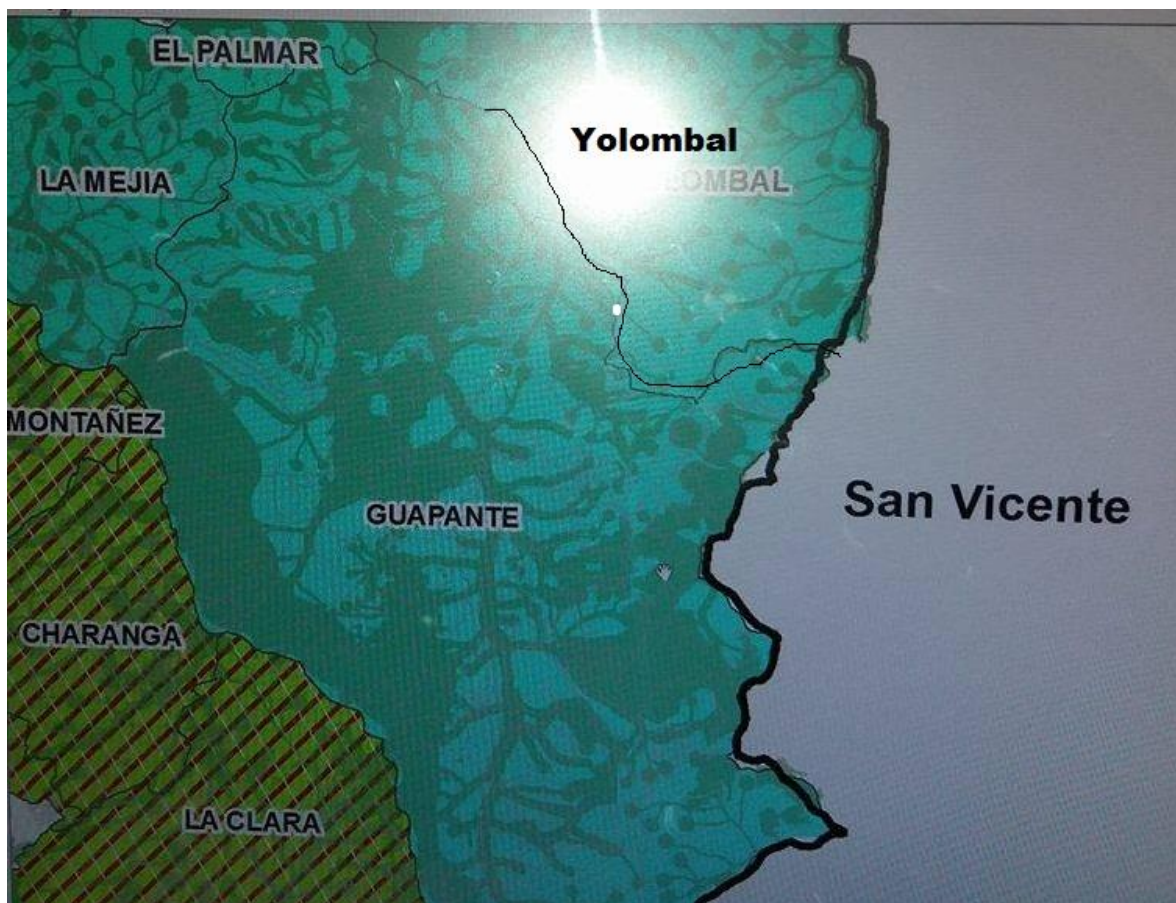


Imagen 6. Afluentes hídricos, vegetación y agricultura en Guapante.

El color verde oscuro representa los afluentes hídricos y zonas vegetales que según funcionarios de la secretaria de planeación del municipio, supuestamente están protegidas por POMCA ABURRA. El color verde claro señala los lugares habitados y utilizados para actividades agropecuarias.

Con la llegada del monocultivo al territorio se puede hablar de tres grandes cambios transicionales en el uso del suelo: pérdidas o disminución en términos de soberanía alimentaria derivadas del uso intensivo de las semillas transgénicas (control de la semillas), las nuevas formas de contratación del suelo y los cambios estéticos.

Control de las semillas.

La producción alimentaria comienza por las semillas, ellas son el reservorio de la vida, ya que con los cuidados adecuados renuevan nuestras fuentes de alimentos. Pese a esto, desde el pensamiento de grandes corporaciones como Monsanto y Cargil, esta concepción toma otros matices, las semillas se convierten en uno de los pilares fundamentales para asegurar el control y hegemonía de los sistemas alimentarios. Estas corporaciones crecen de mano de la globalización, de la privatización de servicios y de las funciones de los Estados por medio de implementación de políticas públicas, lo que ha permitido que estas grandes empresas engullan a miles de pequeñas empresas y de pequeños agricultores debido que controlan junto a 8 empresas más, según estudios de la organización GRAIN, la mitad del mercado global de las semillas comerciales (Duch y Fernández, 2010, p. 18).

Siguiendo a Bartra, con este “negocio de la muerte”, los grandes perdedores directos son los grupos y comunidades campesinas quienes no sólo pierden en el mercado a través del intercambio desigual, sino que pierden sus semillas las cuales se les obliga pagar, es decir, que ahora los campesinos deben comprar el acceso a estos recursos bióticos tanto los silvestres como los domésticos que inicialmente eran de su propiedad, por los nuevos intervenidos por la biogenética (Bartra, 2014, p. 141).

El uso de las semillas híbridas priva al agricultor, quien anteriormente gozaba de cierta autonomía, de poder seleccionar qué sembrar, pues se le obliga a comprar estas semillas año tras año para que las cualidades y atributos de este tipo de cultivos no se vean alterados o reducidos. Adicionalmente, las semillas transgénicas combinan cualidades de varias

especies e incorporan tecnologías como la denominada “TERMINATOR”, que consiste en la alteración genética de la planta para volverla estéril en la segunda generación, lo que ha puesto en las manos de las grandes transnacionales la llave de las cerraduras de la reproducción biológica, cuestión que limita en gran medida la autonomía del campesino en la toma de decisiones referentes a la agricultura (Bartra, 2014, p. 142).

La pérdida de la autonomía del campesino favorece fuertemente al control de la agroindustria sobre los territorios, debido a que se desatan procesos de proletarización del campesinado, en tanto estos no pueden tener un control de la variedad que se produce ni la cantidad que se produce, además de no tener claridad en los precios de sus producciones. Esto permite, en parte, que la agroindustria promueva sus semillas, los paquetes tecnológicos a los campesinos y en ocasiones, los créditos para la producción, no de alimentos, sino de mercancías. En otras palabras, se controla a los campesinos por medio de endeudamiento y dependencia al abastecimiento de semillas (Duch y Fernández, 2010, p. 21). Es claro entonces que con la privatización de las semillas las grandes multinacionales agroindustriales aseguran y ratifican su papel predominante en el mercado global, lo que posibilita generar un agro competitivo con carácter de exportación, aumentando las concentraciones de explotación en los territorios.

De esta forma, en la vereda Guapante que antes contaba con gran variedad de semillas (véase en el primer Capítulo) respaldada por los saberes campesinos aprendidos de generación en generación, está amenazada por la expansión del monocultivo de tomate de aliño debido a que las parcelas que se utilizaban para sembrar estas semillas están siendo ocupadas por los cultivos denominados por los campesinos como “económicamente más

rentables”. Estas semillas por lo general son compradas por comerciantes directamente en Estados Unidos y traídas por aviones hasta Bogotá, para luego ser revendidas a los grandes y pequeños productores en la vereda. Esta planta sólo puede ser cultivada una vez, debido a que la segunda generación da su fruto estéticamente defectuoso, además de reducir considerablemente su producción; por estas razones los campesinos del sector se ven obligados a comprar y sembrar sus cosechas cada 4 y 6 meses. Ahora bien, se podría pensar que de esta manera se logra evidenciar la pérdida de la autonomía propia de la agricultura tradicional. No obstante, algunos campesinos en el sector dicen tener autonomía desde el momento en que deciden cultivar de forma moderna.

Es importante entender que no hay una sola visión del interés colectivo frente al uso de semillas modificadas en el sector, posiblemente no lo hay en ningún lugar, pero ha sido muy acogido porque gran parte de la población lo considera la senda del desarrollo y el progreso de la vereda, representado en un crecimiento de la economía debido al aumento en los jornales, pues años atrás un día era pagado con alrededor de 20 a 25 mil pesos, mientras que hoy en día está en el umbral de 35 a 42 mil pesos, lo que por lo general deriva en mejores condiciones de vida. Todo esto tiene gran costo socio-ambiental que no ha tenido mucho interés para investigarse rigurosamente por parte de los académicos ni de las instituciones (aunque se han hecho unos pocos estudios principalmente preguntando por el tema hídrico del sector) que el territorio demanda, por lo menos estudios sobre cómo repercuten este tipo de cultivos en el entorno, principalmente en los suelos y en la salud de los habitantes.

En términos de la pérdida de la soberanía alimentaria, se puede afirmar que se trata de un derecho violentado que tiene toda nación para pensar su propia política agraria, que sea ecológica, social, económica y culturalmente propicia, para sí y sus condiciones particulares (Pengue, 2005, p. 165). Esta soberanía alimentaria se diluye claramente en nombre de la aparente riqueza que genera los monocultivos.



Imagen 7. Planta de tomate de aliño transgénica.

Nuevas formas de contratación del suelo.

Marx hace una revisión crítica en su texto *la historia crítica de la teoría de la plusvalía*, donde se ocupa de la renta del suelo haciendo aportaciones fundamentales al moderno ecologismo: debido al abordaje de la renta diferencial como inherente al capitalismo se gesta una incompatibilidad entre el mercantilismo radical, la reproducción del hombre y la naturaleza, a lo que Marx denomina “la ruptura del metabolismo social” y que un siglo después Polanyi, devela como mal funcionamiento del propio sistema y no en sus efectos

sobre el medio ambiente, sino más bien entre los enredijos del gran dinero (Bartra, 2014, p. 134).

Los prolongados debates sobre la renta del suelo en los siglos XVIII y XIX pueden ser catalogados como posibles esfuerzos para explicar el origen de la valoración de la propiedad territorial en contextos capitalistas, aunque también es leída como la exploración particular en que se forman los precios y se reparten las ganancias del capitalismo agrario, en donde la esfera económica en la que la diversidad, interconexión y escasez de los recursos naturales involucrados en producción es mucho más influyente (Bartra,2014, p. 135):

En el primer acercamiento, la teoría de la renta deberá dar razón de una herencia histórica del viejo régimen: los terratenientes. En la segunda aproximación, la teoría de la renta habrá de mostrar no la posible desviación de una parte de la plusvalía que puede originar la ocasional sobrevivencia de una clase parasitaria sino las inevitables distorsiones en la circulación y la acumulación que necesariamente ocasiona el que en la agricultura bienes iguales se generen con costos desiguales, no porque las inversiones de capital sean de diferente magnitud o composición sino porque la heterogeneidad de las condiciones naturales se traduce en diversidad de respuestas productivas a inversiones iguales (Bartra,2014, p. 135).

Siguiendo a Bartra, en el primer caso, la existencia de los terratenientes, explica la renta y que en el capitalismo existan terratenientes o campesinos, no de forma permanente del pasado, sino más bien como el efecto de la reproducción del capital. Se entiende la renta

absoluta como fenómeno que responde a los efectos estructurales de un acontecimiento histórico, mientras que las rentas territoriales incomodan al capital y la renta diferencial trata los efectos estructurales que ocasionan los intentos del capital por integrar la naturaleza, además es fundamental ya que las distorsiones de los precios y de la acumulación dirigen en parte a la incongruencia entre reproducción del mercantilismo y la reproducción de los ecosistemas, lo cual se evidencia en la fractura del metabolismo social gracias a la agricultura intensiva (Bartra, 2014, p. 77, 154).

Bartra explica que la renta diferencial supone un pago de más a la agricultura, teniendo su fundamento en la combinación con el mercantilismo radical, donde las producciones tienen costos y precios iguales, además de responder igual a intervenciones iguales y el medio natural cuya reproducción se encuentra sobre una abrigada diversidad sistémica que responde de forma desigual a intervenciones iguales. El autor profundiza sobre la renta, proponiéndola como una de tantas distorsiones rurales, donde el capital se debe traicionar a sí mismo para establecer en la agricultura mecanismos de excepción, debido a sus diversas variables como lo son los límites a la operación irrestricta de mercado lo que abarca, estatización de predios, aguas y la regulación que en ocasiones hay de ellas (Bartra, 2014, p.135).

En Guapante, se observan en especial dos formas relativamente nuevas de contratación de los suelos, por porcentaje de la producción total y por largos periodos de tiempo. Aquí el capital debe lidiar con los habitantes que resisten, permaneciendo en el territorio y negándose a vender sus predios, pero que sin embargo no dejan de ser explotados por los arrendatarios, ya que como arrendadores no cuentan con el dinero para invertir en la

siembra de cultivos modernos que por lo general demandan grandes inversiones de capital, así que comienzan a arrendar sus tierras, proceso que se puede establecer de dos maneras: En la primera, el arrendador y el arrendatario llegan a un pacto sobre el porcentaje que se va a pagar por el uso del suelo, que por lo general es de un 5% del total de las ventas, lo que en ocasiones, según las fluctuaciones de los precios en el mercado puede generar grandes ganancias monetarias para ambas partes. En segundo lugar, el arrendamiento se establece por periodos de tiempo de 2 a 5 años y ambas partes llegan a un consenso sobre los pagos dependiendo de las cualidades del suelo y de la extensión de los predios. Ambas formas de contratación son llamativas para muchos campesinos del sector, además podría decirse que la gran mayoría de cultivos tecnificados en el territorio pertenecen tan solo a unas 6 personas.

Transformaciones estéticas del territorio.

Cuando personas que frecuentaban pasearse por la vereda miran el sector en este momento, por lo general se asombran debido al contraste existente entre lo que era Guapante hace unos años, caracterizado por grandes extensiones de montañas, plantas, fauna, ríos y variedad en los cultivos, y lo que es hoy, debido a los procesos de homogenización de la producción agrícola: una gran cantidad de plásticos que envuelven las montañas, motobombas en los ríos y numerosos vehículos de los trasportistas.

El territorio toma fuertes cambios estéticos que incluso podrían influir en la subdivisión territorial de la zona, pues algunos habitantes piensan que en vez de vereda es mejor denominar a Guapante “ciudadela agrícola”, porque argumentan que a ese territorio de

vereda le queda muy poco. Este cambio traería diferentes formas de regulación principalmente por CORNARE y favorecería drásticamente la expansión de estos cultivos, ya que desde los mismos planes de desarrollo del municipio de Guarne se busca el fortalecimiento de uno de los pilares fundamentales del municipio, denominado Ciudadela Agropecuaria.

Es posible pensar que desde el Plan Básico de Ordenamiento Territorial –PBOT- del municipio de Guarne se buscan conseguir impactos en el sector agrícola y ambiental, debido a que desde cómo se ordena el territorio, se le está haciendo fuerza a la apuesta por la competitividad regional, la renovación productiva y al crecimiento de la actividad económica. Por tanto, Guarne, al pertenecer al oriente Antioqueño se configura como territorio de transformación y en esa medida supone superar desafíos territoriales, en este caso los agrícolas, para buscar mayor inversión del sector privado en la expansión de los cultivos que generan rentabilidad económica a grandes costos ambientales. Por ejemplo, desde el PBOT se impone cómo se debe usar el suelo en la vereda bajo un supuesto modelo de desarrollo sostenible, en el cual la unidad agrícola familiar (UAF) estipula que sólo se puede construir una vivienda cada 30000 metros, porque según planeación es lo necesario para garantizar la protección a la producción sostenible.

Algunos campesinos oriundos sienten que se ha marginalizado e ignorado sus sentires frente a los cambios de sus territorios, lo cual genera nostalgia y un desarraigo de la tierra debido a que no sienten (con toda razón) que esta agricultura moderna sea la propia. Por consiguiente, expresan que la vereda ahora sólo es un tendedero de ropa, que se encuentran

inmersos en el tiempo del plástico y que estos procesos de homogenización de la agricultura no pueden ser llamados por ellos, agricultura.

Vale la pena reiterar que se está en deuda con el territorio por parte de la gobernación municipal y de los académicos del municipio en seguir investigando sobre impactos sociales, culturales, medioambientales y las repercusiones de estos cultivos en la salud de los campesinos, puesto que la escasa producción bibliográfica existente en el municipio sobre el tema da cuenta de la superficialidad en los estudios sobre los impactos de los monocultivos y en los cuales no se hace una lectura que integre lo social-político-económico-ambiental.

A continuación se enseñaran algunas fotografías del estado actual de cultivos en la vereda en donde se puede observar gran cantidad de invernaderos en el sector.



Imagen 8. Invernaderos actuales en la vereda Guapante.

El eufemismo detrás de los agroquímicos y los fertilizantes.

El aumento en los precios de las tierras hizo que varios países de América Latina comenzaran a buscar incrementos importantes en su productividad, anexando a sus cultivos gran cantidad de fertilizantes sintéticos, inicialmente a cultivos como el café, el banano, trigo arroz, maíz y menor medida en viñas y frutales (Gutman, 1988). Este uso de fertilizantes conllevó a procesos de eutrofización (contaminación química de las aguas), mortandad en los peces y deterioros en la salud humana (Pengue, 2005, p. 53).

El consumo de fertilizantes aumentó drásticamente en la década de los 70, pero alcanzó su sostenibilidad en América Latina de cara al siglo XXI, aunque actualmente estos países siguen expandiendo sus fronteras agropecuarias, por consiguiente se sigue incrementando el uso de fertilizantes especialmente en cultivos como la soja, lo cual ha producido grandes impactos ambientales por el uso de agroquímicos. Para América Latina se habla de una demanda que va en aumento de plaguicidas, en donde estos insumos se concentran mayoritariamente en los cultivos destinados a la exportación (Pengue, 2005, p. 53).

Según Pengue, la revolución verde continuó en el siglo XXI en muchos países de la región, lo que implicó un creciente consumo de herbicidas que representaba el 60% de los agroquímicos consumidos por los países en desarrollo. De esta misma manera, aumenta el consumo de fungicidas para proteger las nuevas semillas que son de mayor valor y para combatir la aparición de nuevas enfermedades que se expanden rápidamente por toda la región; también aparecen nuevas semillas transgénicas que son mucho más resistentes a los ataques de los insectos. Esto último en una etapa inicial estaría aportando a la disminución

de insecticidas sintéticos pero finalmente repercute en consecuencias ambientales como la aparición de insectos resistentes, en parte debido al re-uso de nuevos agroquímicos o de transgénicos que están pobremente evaluados en toda al área (Pengue, 2005, p. 54).

En la siguiente Tabla se pueden evidenciar los principales “agrotoxicos” que se implementan en el monocultivo de la vereda Guapante:

Tabla 1. Agrotóxicos usados en el monocultivo en Guapante

Venenos	Fertilizantes	Curativos	Controladores de malezas
Exal, tumbador, mitipil, ciromex, nerice	Codamil, flores y frutos, saluncan, entre muchos otros	Forum, esfin, lictane, Pictorax, ridomil, evomax	Mata maleza

El monocultivo y las semillas transgénicas repercuten claramente en el aumento desmedido del uso de agrotoxicos y pesticidas, algo que no es extraño, pues las productoras de estas sustancias son las mismas empresas encargadas de fabricar e inventar los transgénicos, los cuales nacen con la idea de aumentar las ventas de estos agrotoxicos. El nombrar pesticidas o agrotoxicos a estos insumos que están diseñados para erradicar malezas, plagas y pestes, es claramente un eufemismo, debido a que en realidad se trata de venenos que, ante el contacto directo o indirecto, van contaminando poco a poco los cuerpos de los consumidores, agricultores y de los productores, repercutiendo en daños a la salud y en lo suelos.

Este modelo de producción agrícola se instaure fuertemente en el territorio causando incluso culpabilidad en los campesinos, quienes en ocasiones, se sienten responsables directos de algunos daños ambientales y culturales que se generan en la vereda, lo que invisibiliza el hecho de que los campesinos son una víctima más de estas políticas agrarias y del modelo de agricultura capitalista que en sí misma es vulnerable, pues reposa sobre un colchón de recursos finitos, teniendo gran dependencia de la tierra que día a día explota: dependencia al petróleo para la producción de agroquímicos, para mover las grandes maquinarias, para transportar las mercancías, para trabajar en los monocultivos, depende de gran cantidad de fertilizantes sintéticos que por lo general son de origen mineral, que son finitos. Todo esto se traduce en una agricultura que no asegura su propia sostenibilidad, algo que la agricultura tradicional sí garantiza al permitir que la materia orgánica se devuelva a la tierra, posibilitando el ciclo virtuoso de la vida. Aunque además hay un elemento finito muy importante y desconocido por la agroindustria, la paciencia del campesino, que poco a poco se va colmando.



Imagen 8. Campesino utilizando agroquímicos.

CAPÍTULO IV. LA RESISTENCIA CAMPESINA EN GUAPANTE, LÍMITES Y CONTRADICCIONES

Considerando que la resistencia no siempre se hace explícita o evidente, identificar procesos de resistencia campesina en la vereda Guapante puede resultar complejo, pues podrían tratarse de formas comunes cotidianas de resistencia campesina, que aunque se diferencian de la resistencia formal o colectiva abierta al ser “silenciosas” y “no declaradas”, no son menos importantes para comprender cómo los campesinos defienden sus intereses lo mejor que pueden (Scott, 2014).

Como lo demuestra este caso específico, podría suponerse que el crecimiento precoz y desmedido de los monocultivos por sus diferentes afectaciones es objeto de contrariedad por parte de una mayoría de la población campesina, pues como bien señala Bartra “la saga del capitalismo es la saga del mercantilismo y de la resistencia al mercantilismo. El veneno produce su antídoto” (Bartra, 2014, p. 156). Es así como para develar acciones que se acerquen a la resistencia y para comprender las contradicciones que se hallan dentro de este mismo proceso, es necesario revisar las posturas que asume el campesinado frente a la transformación en los usos del suelo de su vereda.

Desde esta lógica, el punto de vista del campesinado de Guapante puede revisarse desde dos perspectivas. Por un lado se encuentra la población que aparentemente está a favor del “desarrollo” guiado por la influencia del mercado, el crecimiento desmesurado en la producción de mercancías y el aumento del empleo en el sector, proceso promovido en parte por el plan vigente de ordenamiento territorial del municipio de Guarne. Mientras que por otra parte está un sector que pide un control eficiente y la implementación de medidas

para la utilización de los suelos, principalmente los suelos ocupados con la siembra de monocultivos de tomate de aliño.

De esta forma, los primeros fomentan prácticas que apuntan al crecimiento de cultivos en invernaderos y se resisten a los controles y regulaciones como concesiones de agua, licencias ambientales, permisos de talas de árboles, permisos para vertimientos, entre otros, que tratan de impartir instituciones como la Corporación Autónoma Regional de las Cuencas de los Río Negro y Nare -CORNARE-, cuyo marco legal³ está estrechamente relacionado con la planificación ambiental en el país. Estos campesinos resisten a la norma, pues la consideran injusta, negándose a pagar las sanciones impuestas por el uso desmedido en los recursos naturales del sector; así mismo se enfrentan en discusiones con los funcionarios de la institución, argumentando el número significativo de campesinos que se benefician del trabajo en los monocultivos y resaltando la gran cantidad de mujeres cabeza de familia que trabajan allí.

Tal oposición se fundamenta debido a que estas regulaciones generan un mayor costo de producción, derivado de la regulación en el uso del agua y la regulación en la deforestación de la vegetación del territorio, lo que por lo general se traduce tan sólo en sanciones económicas. Los campesinos consideran que con estas regulaciones se pone en peligro el trabajo que viene aumentando en el sector, además estas sólo se tratan de sanciones económicas, ya que no hay devolución de parte de la institución, es decir, si se extrae agua

³ Conforme a la Ley 99 de 1993, Artículo 30: "Todas las Corporaciones Autónomas Regionales tendrán por objeto la ejecución de las políticas, planes, programas y proyectos sobre medio ambiente y recursos naturales renovables, así como dar cumplida y oportuna aplicación a las disposiciones legales vigentes sobre su disposición, administración, manejo y aprovechamiento, conforme a las regulaciones, pautas y directrices expedidas por el Ministerio del Medio Ambiente (CORNARE, 2017).

de los nacimientos y de las quebradas con motobombas se debe pagar un permiso, pero con ese dinero no se está reforestando o no se está haciendo mantenimiento a la vereda y en general, no se les está generando beneficios reales a los habitantes, porque con control o sin control se sigue construyendo invernaderos.



Imagen 9. Extracción de agua para el riego de los cultivos de tomate.

En la fotografía anterior se muestran algunos de los sitios en la vereda en donde se extrae agua para regar los cultivos de tomate.

Esta situación se asemeja a la de las multas que pagan fábricas por la contaminación de las aguas, los costos de las emisiones de bióxido de carbono, el pago de sanciones por tala de árboles, entre otras, que dan “lugar al campo de las economías ambientales que supone que la estimación de los recursos naturales está sujeta únicamente a las condiciones económicas y que todos los aspectos naturales se pueden reducir completamente a los precios del mercado” (Escobar, 2005b, p. 126).

Esto da cuenta de la ineficiencia de políticas institucionales, pues cuando se abordan estas medidas en el territorio, se están desconociendo las necesidades de los campesinos al designan únicamente leyes para procurar proteger las aguas, normas que no tratan el problema a profundidad ni implican planes de acción contruidos de manera colectiva con los campesinos del sector, lo cual genera bajos niveles de aceptación de sus formas de proceder. En este sentido, CORNARE como autoridad ambiental, está omitiendo en Guapante una de sus funciones principales de “promover y desarrollar la participación comunitaria en actividades y programas de protección ambiental, de desarrollo sostenible y de manejo adecuado de los recursos naturales renovables” (CORNARE, 2014).

Los campesinos que resisten a estas regulaciones han encontrado que con los cultivos modernos pueden generar mayores recursos económicos y por consiguiente pueden acceder a bienes y servicios, entre ellos la cobertura de internet, líneas telefónicas, cobertura satelital de televisión, acceso a servicios de agua, entre otros, que anteriormente no llegaban al sector, pues no se contaba con recursos económicos suficientes para acceder a ellos. Esto explica que con la llegada de prácticas como la tecnificación de los cultivos, las dinámicas de vida cambiaron y el campesinado percibió un mejoramiento en su calidad de vida, y por lo tanto, al verse amenazado por las instituciones reguladoras se resiste a ciertas normativas.

En el caso de la segunda postura, no se pide acabar con la forma moderna de cultivar, pero sí se solicita mecanismos eficientes de control, debido a las repercusiones ambientales que poco a poco van ocasionando el uso extractivista e intensivo del suelo. Por ejemplo, el fenómeno de las sequías generó graves impactos en los años 2015 y 2016, período en el

cual los campesinos se vieron obligados a recoger agua, incluso del rocío de la madrugada, y donde hubo un aumento en la solicitud del servicio de acueducto, servicio por el cual se debía pagar, porque los nacimientos de agua estaban prácticamente secos. En consecuencia, se solicitó a los dueños de invernaderos que redujeran y moderaran el gasto de agua en los cultivos de tomate, se hicieron “brigadas” para poder limpiar los nacimientos y hacerle mantenimiento a los tanques de almacenamiento agua que surten a las familias de la vereda.

Dadas estas condiciones, este sector de campesinos pide que se controle la tala de bosques, ya que a la vereda le queda muy poco de verde como se señaló en el capítulo anterior, lo que se alcanza a divisar cuando se observa la zona, es el plástico que recubre las tierras cultivadas en monocultivo. Así mismo, piden un control en el uso del agua destinada a monocultivos, pues esta debería ser utilizada principalmente para el consumo de los habitantes de la vereda y sin embargo está siendo destinada en su mayoría a las plantas de tomate, dando una distribución desigual, la cual “niega los procesos ecológicos” (Escobar, 2005b, p. 126), pero también desfavorece los procesos culturales, es decir, la relación que se establece entre los campesinos de la vereda y la naturaleza.

Estos campesinos que aclaman retornar a modelos tradicionales de agricultura son por lo general los ancianos del sector cuyas voces son relegadas, dejadas de lado sin ser escuchadas y por esto:

Debería ser posible determinar en qué medida, y de qué modo, los campesinos realmente aceptan el orden social propagado por las élites haciendo referencia a la cultura que los campesinos crean desde su propia experiencia —sus comentarios y

conversaciones “entre bambalinas”, sus proverbios, canciones populares, historia, leyendas, bromas, lenguaje, ritual y religión—. (Scott, 2014, p. 97).

Es así como en la vereda aún hay personas que se niegan a cultivar de forma moderna y siguen con sus cultivos tradicionales como la papa, la mora y el frijol; algunas intentan con cultivos como el de la gulupa, mientras que otras personas con mayores posibilidades económicas comienzan a sembrar flores. De esta forma, el caso de Guapante muestra cómo las luchas campesinas pueden tener diversas expresiones que no siempre están relacionadas con factores como la propiedad o tenencia de la tierra, y que “a pesar de la importancia decisiva de este aspecto, debe tenerse en cuenta que la resistencia campesina refleja algo más que la lucha por la tierra y las condiciones de vida; se trata, sobre todo, de una lucha por los símbolos y los significados, de una lucha cultural” (TERCER MUNDO, P. 284)

Por otro lado, hay resistencia a perder el control sobre lo que se siembra, o sea, a perder las semillas propias del territorio con las que se ha cultivado años atrás, así, por lo general las familias aún conservan sus semillas, y aunque ya no tienen grandes cultivos tradicionales, acostumbran guardarlas porque se tiene la idea de que en la semilla está la posibilidad de generar nueva vida y es un arma para afrontar periodos de tiempo complejos.

Puede decirse que el conflicto por la apropiación y manipulación de las semillas va más allá de lo económico, pues según sostienen activistas del país “lo que está en juego en la lucha por los "genes" son trasfondos culturales distintos, comprensiones diversas de la naturaleza y los alimentos, y unos intereses divergentes respecto a la globalización, la autonomía cultural y los modelos de economía” (Escobar 2005b, p. 138). Por ejemplo, las prácticas de conservación de semillas en Guapante se presentan por diversas causas

asociadas a lo cultural, lo económico y social, puesto que una de las intenciones es rescatar esas formas tradicionales de cultivar que cada vez son más escasas en el territorio, además estas personas expresan que cultivar tradicionalmente es lo que realmente saben hacer, en ocasiones porque no cuentan con el capital para invertir en cultivos modernos o también porque no están dispuestas a exponerse a los daños en la salud a los que se arriesgan a la hora de trabajar en los invernaderos.

A esto se suma que algunos campesinos no cultivan el tomate debido a la sobreproducción del mismo, lo que conduce a la baja la demanda y a la baja en el precio. Es así como hoy en día quienes cultivan tomate en Guapante no encuentran la misma rentabilidad que años atrás y al no querer seguir arriesgando el capital, deciden intentar con otro cultivo. De todas formas, vale la pena mencionar que este fenómeno no es nuevo, puesto que décadas atrás los cultivos tradicionales como el frijol, fresa y la papa también presentaban niveles de sobreproducción al ser los más abundantes en la vereda.

Además, vale la pena señalar que dentro de las razones por las cuales los campesinos no optan por la siembra del monocultivo, las relacionadas con el cuidado ambiental son las menos mencionadas, por tanto, se puede decir que el cultivo del tomate de aliño es dejado de lado por algunos campesinos por tres razones: la primera, porque deja de ser rentable; la segunda, por las plagas que cada vez son más resistentes a los agroquímicos y por último, debido a la sobreexplotación de recursos que deriva en el agotamiento de los nutrientes de suelo debido al uso intensivo.

No obstante se observan indicios de que los campesinos de la vereda perciben los efectos negativos asociados al uso de agroquímicos, pues, aunque no saben a ciencia cierta qué efectos desfavorables pueden recaer sobre su salud a causa de los tóxicos empleados en

el monocultivo, entienden que esta forma de cultivar repercute negativamente en ella, por eso, es común que no consuman los alimentos que están altamente expuestos a los pesticidas, herbicidas y al abanico de agroquímicos que son necesarios para aumentar la producción. En consecuencia, ya no se cultiva para consumo, y lo poco que se cultiva para el consumo familiar es trabajado con un menor grado de químicos o sin ellos.

El monocultivo y el futuro de la resistencia, un problema a mediano y largo plazo.

De todo lo anterior se puede afirmar que los monocultivos acarrearán más desventajas que ventajas para la población campesina, quizá esto no se vea a corto plazo como en el caso de Guapante, donde aún no son visibles o notables efectos adversos como la sustitución de mano de obra o los daños en la salud. No obstante, la experiencia mundial muestra que “la expansión de los monocultivos está desplazando a las comunidades locales y sus medios de vida tradicionales” (Oxfam Internacional, 2014, p. 2) y está impactando fuertemente la forma de vida campesina, como denuncia la Oxfam:

La expansión del monocultivo a gran escala, impulsada por las dinámicas del comercio mundial y los intereses financieros, tiende a profundizar la concentración de la propiedad de la tierra, limitar el acceso equitativo a los recursos, degradar el medio ambiente, dañar la salud de las personas, crear condiciones laborales de explotación y poner en peligro los medios de vida tradicionales campesinos. Mientras no se aborden los problemas que origina este modelo de negocio, la responsabilidad social empresarial aportará escasos beneficios (2014, p. 3).

En cuanto a la salud, con el uso indiscriminado de agroquímicos está demostrado que la poca o mucha legislación que exista al respecto es insuficiente o inoperante para la protección de los entornos y la salud de los campesinos, pues como afirma Escobar, el mecanismo actual del capital tiene el objetivo de capitalizar la naturaleza, asignándole un valor definido por las investigaciones científicas, y en esa lógica, “hasta los seres humanos (y de otras especies) se convierten en parte de las condiciones de producción, es decir, una arena importante para la reestructuración del capital y, por tanto, para la resistencia” (Escobar, 1995, p. 23).

Frente a esto, posturas radicales como la de los pueblos indígenas del departamento del Cauca denuncian que la globalización aparece como “un proyecto de muerte”: “el Proyecto que amenaza la vida no respeta fronteras, por eso lo llaman Globalización... No solamente están en riesgo nuestras culturas, nuestras comunidades, nuestros pueblos y familias. Es peor, la vida misma corre el riesgo de ser destruida” (Escobar, 2009, p. 307). Si bien, actualmente en la vereda Guapante no son perceptibles los efectos adversos de prácticas como el uso de tóxicos, tomando como referencia otras experiencias, este es un asunto que traerá efectos nocivos para la salud en un mediano o largo plazo, por tanto cabe preguntarse: ¿es necesario esperar a que las crisis sociales, ambientales o económicas avancen profundamente para empezar a crear conciencia de la necesidad de un cambio? Siguiendo los planteamientos de Escobar (1995), quizá la tarea para la población de Guapante es la construcción de una identidad colectiva donde se replanteen otras formas posibles de relacionarse con la naturaleza, es decir, otras formas de pensar, de ser y de hacer, pues como se ha visto, las prácticas inadecuadas contra ella no son más que la autodestrucción misma de los seres humanos.

Un ejemplo de lo anterior son las prácticas orientadas al sustento de la vida, denominadas “buen vivir” o “bien vivir”, como “complejo de prácticas sociales orientadas a la producción y a la reproducción democráticas de una sociedad democrática, un otro modo de existencia social, con su propio y específico horizonte histórico de sentido, radicalmente alternativos a la colonialidad global del poder” (Quijano, 2012, p. 46) y que se configura posiblemente como “la formulación más antigua en la resistencia “indígena” contra la colonialidad del poder” (p. 46). Aquí puede ubicarse un factor esencial que no se ha trabajado fuertemente con los campesinos del territorio de Guapante, que consiste en hacer ver que el cambio no sólo es agrícola o ambiental, sino social, político y cultural. Está en manos de estos, pues son ellos quienes pueden tomar decisiones sobre sus vidas y reflexionar sobre cuál es esa noción de cambio deseado; para ese propósito se requiere organización y movilización en la vereda, donde se cuestione y se pongan en una balanza las ventajas y las desventajas del desarrollo sobre la vida en el territorio, donde efectivamente el objeto principal sea la defensa de la vida.

¿Quiénes pueden resistir y quiénes no?

Pese a que los diversos estudios han logrado describir ampliamente los procesos de lucha campesina, no se alcanza a dar cuenta de las complejidades del fenómeno de la resistencia, pues como sostiene Strathern estos estudios:

Tocan apenas tangencialmente las culturas en las cuales se originan las resistencias. Por lo general las formas de resistencia y el concepto mismo se teorizan en relación con las culturas occidentales. Para el investigador es más difícil

aprender a habitar en la estructura interpretativa interna de la cultura que opone resistencia, lo cual sería un prerequisite para una representación que no dependiera tanto de las prácticas occidentales de conocimiento (Strathern, 1988, p. 284)

Por tanto, para responder esta pregunta se partirá del planteamiento de dos casos específicos que sirven como ejemplo de la particularidad que puede tomar el análisis sobre la resistencia. En el caso uno, se referencia la experiencia de un campesino quien hace varias décadas atrás trabajaba en lo que él realmente disfrutaba hacer: el trabajo con ganado lechero. Esta no ha sido una actividad muy expandida en la vereda debido a que el oriente antioqueño no es muy apto para la producción pecuaria (carne-leche), trayendo como resultado una baja producción y precios muy bajos en estos productos. Por tanto, este campesino tuvo que migrar a pueblos más lejanos como San Pedro de los Milagros para poder trabajar en lo que más le apasionaba. No obstante, más adelante decide retornar a Guapante porque su familia estaba allí, debido a que el arraigo con su tierra era mayor que el sentimiento de satisfacción que generaba su labor. Ahora, en Guapante dedica su tiempo a administrar invernaderos de tomate de aliño, es decir, a trabajar en los monocultivos, a lo que le atribuye “mi deseo, lo que me gusta hacer es el ganado lechero, pero lastimosamente lo que me da plata y me garantiza cubrir mis necesidades es esto” (Alfonso, 2016).

En el segundo caso, hay una negación a la hora de arrendar predios para cultivar tomate de aliño: una persona que arrienda un terreno comienza a trabajar fuertemente en la elaboración del invernadero preparando todos los materiales y adecuando el predio, y, finalmente el arrendador decide suspender el contrato porque argumenta que ese terreno no se alquiló para ese fin, sino más bien para otros tipos de cultivo. Esto se debe en parte a que estos contratos demandan gran tiempo, es decir entre 2 y 5 años de alquiler del terreno.

Analizando estos casos se puede deducir que algunas personas que resisten a la expansión de los monocultivos son aquellas quienes no viven ni dependen de los usos del suelo, principalmente de la agricultura, ya sea por medio de la siembra, del trabajo o del alquiler, puesto que adicionalmente poseen distintas formas de generar ingresos económicos como pensiones, trabajos en empresas u otros sectores, subsidios o propiedades alquiladas en otros lugares. Mientras tanto, los agricultores que históricamente deben sus recursos y estilos de vida a la tierra, tienen menos posibilidades de resistirse a estos procesos, ya que este modelo de agricultura suple gran parte de las necesidades básicas, dinamiza la economía del sector y garantiza la sobrevivencia, sin importar que esas lógicas y dinámicas tradicionales, propias del sector, se vean sometidas por el monocultivo.

En este punto puede hacerse referencia a las visibles desventajas a las que se someten los campesinos con los negocios referentes al monocultivo. A partir de un estudio de casos en Paraguay, Guatemala y Colombia, se concluyó que pese a adoptar modelos de negocio aparentemente más incluyentes, en donde se ofrece a los pequeños productores la participación en la cadena de suministro agrícola “éstos terminaron peor aún de lo que estaban [...] Simplemente reproducir el modelo de producción del monocultivo a gran escala no generó beneficios para los pequeños propietarios, quienes han terminado atrapados en deudas y arriesgándose a perder sus escasos activos” (Oxfam, 2014, p. 3). Esto sucede porque la mayor parte de los riesgos que se asumen con el monocultivo recaen sobre los pequeños productores, es decir, estos negocios se hacen en condiciones de desigualdad y desequilibrio de poder.

En otras palabras, se puede afirmar que los campesinos se ven envueltos en una contradicción y enfrentados a decidir qué es mejor para ellos, si seguir trabajando de manera moderna y tecnificada o retornar a las formas tradicionales de cultivar la tierra, es decir:

En su permanente resistencia a un mercantilismo absoluto que los recrea a la vez que amenaza destruirlos, los campesinos pueden —como las etnias colonizadas— acariciar sueños de autarquía o la ilusión de restaurar presuntos pasados idílicos. Pero al igual que los pueblos sometidos por conquista los campesinos sólo tienen futuro como parte de un nuevo orden comprensivo e incluyente, de una globalización respetuosa del trabajo y de la naturaleza que en ellos encarnan (Bartra, 2014, p. 226).

Y es que como se ha visto, las cuestiones de poder e intereses generalmente de personas foráneas que han organizado todo un negocio en la vereda, los créditos que se han facilitado al campesino y la sobreexplotación del suelo, dificultan considerablemente el retorno de la agricultura tradicional al territorio, debido a los bajos márgenes de ganancia y de producción que ofrece esta forma de cultivar, que no tiene cómo compararse a la sobreproducción que sí ofrecen los monocultivos generando mayor ganancia monetaria.

Por otra parte, se encuentra que uno de los factores que posiblemente contiene la aparición de manifestaciones abiertas en contra de los monocultivos en el territorio, es que aún no han llegado cantidades de maquinaria que sustituyan la mano de obra del campesino, es decir, mientras el campesino de Guapante esté trabajando y generando los recursos económicos que necesite para vivir, no tendrá problema con esta forma moderna

de cultivar, pero poco a poco se van incorporando máquinas que seleccionan el tomate y los grandes tractores que son más eficientes a la hora de arar la tierra.

Por otro lado, en la vereda no hay organizaciones campesinas conformadas y hasta el momento no hay intentos de conformación de asociaciones de productores de tomate de aliño; se realizan más que todo trabajos individualizados, en donde se gestan relaciones lineales como lo son intermediario-patrón y patrón-jornalero, lo cual se suma a los factores que hacen que la resistencia campesina no sea claramente visible, más aún en un contexto como el de nuestro país en el que muchos intentos de conformación de asociaciones y movimientos campesinos son leídos desde la sospecha y entendidos como peligrosos, porque pueden obstaculizar los intereses del mercado, las ganancias de unos pocos intermediarios y amenazar el nuevo estilo de vida que se va gestando en el sector. Adicionalmente, podría irrumpir con ese desarrollo occidental hegemónico que es homologado como progreso y evolución.

Identidad y resistencia

La identidad es una categoría estrechamente ligada a los procesos de resistencia, es así como Escobar habla de “un profundo carácter político de la identidad, aspecto que los activistas de los movimientos sociales saben demasiado bien,” (Escobar, 2005, p. 15). En tanto, el campesinado aparece como una representación ligada a un lugar específico, es decir, el territorio rural. Comparado con el estudio que hace Escobar sobre las comunidades negras, en donde la etnicidad se constituye en un objeto de confrontación discursiva, podría decirse que algo similar ocurre con la noción de campesino, por tanto, en ella se encierra

una connotación de las relaciones de poder. De igual manera, problemáticas como el detrimento de la biodiversidad se encuentran relacionadas con luchas a nivel global o más general, como las correspondientes al desarrollo o al tema ambiental, las cuales según Escobar se tratan de “luchas históricamente institucionalizadas”, lo que hace que “las identidades y las luchas estén siempre sin acabar y en proceso: las personas y las instituciones nunca están enteramente "hechas" antes o independientemente de su encuentro (p. 20).

En este sentido, Escobar (2006) retoma la noción de identidad como el terreno de lucha propuesto por Grossberg (1996), en la cual se interrelacionan tres planos en el marco de la individualidad humana: “el sujeto como una fuente de experiencia, el agente como la base para la acción y el ser como el sitio de la identidad social, esto es, la subjetividad, la agencia y la identidad del ser” (Escobar, 2006, p. 10).

Mientras que la subjetividad involucra los lugares como puntos históricos de pertenencia, experiencias e identificaciones, la agencia, por su parte, define la forma particular que los lugares pueden tomar por medio del empoderamiento de poblaciones particulares. (Botero, 164).

A esto se suma que en las lógicas modernas del uso de los suelos rurales se puede evidenciar un cambio en el sentido de la vida misma, donde el transcurso de la vida pareciera cada vez más acelerado tras las exigencias que sugieren que la naturaleza y las personas sean entendidas y tratadas como medios de producción, como mecanismo de “un sistema que, en nombre de un mercantilismo radical donde los intercambios dinerarios debían constituir por sí mismos el fundamento de toda relación social válida, descalifica identidades culturales, solidaridades y economías morales” (Barta, 2014, p. 221). Así, los

campesinos están sujetos a relaciones de producción de mercancía, a la par que se les desconoce su concepción de sujetos de derecho y de seres finitos.

Este sentido de vida amparado en la eficiencia y la productividad atrofia, transforma y reemplaza el sentido de vida tradicional, el cual era propio de los campesinos del territorio, donde pese a algunas precariedades del contexto, primaban formas de vida orientadas hacia el sustento de la vida y no al fortalecimiento del mercado como fin primordial dejando ver un proceso de:

Transformación de economías locales diversas, parcialmente orientadas a la auto-reproducción y a la subsistencia, en una economía monetizada y orientada hacia el mercado; la transformación de ecosistemas particulares en formas modernas de naturaleza; y la transformación de las culturas locales basadas-en-lugar en culturas que cada vez más se asemejan a la modernidad euro-andina (Escobar, 2010, p. 29).

En consecuencia, los impactos del desarrollo y el mercado han conllevado no sólo a la destrucción de los ecosistemas en la vereda, sino también al aniquilamiento de la diferencia y la diversidad de los campesinos, por ende a la supresión y/o debilitamiento de la resistencia y en tanto la incursión de las lógicas del mercado se han apoderado de los recursos, incluso bajo los discursos más recientes, como el de biodiversidad, el cual es un discurso contradictorio en el que se expresan intereses heterogéneos, desde un “capitalismo verde” hasta la aspiración de grupos locales por el control de los recursos naturales y de sus formas productivas (Escobar, 1999, citado por Botero, p. 161).

Aquí es oportuno anotar que hablar de lo tradicional no debe implicar el hecho de “naturalizar los mundos “tradicionales”, es decir, debemos evitar valorar como inocente y

“natural” un orden que ha sido producido por la historia [...] Dichas categorías también pueden interpretarse en términos de efectos específicos del poder y el significado. Además, lo “local” nunca es inconexo ni aislado o puro, como a veces se piensa” (Escobar, 2007, p. 288). Por tanto, es necesario reconocer que las prácticas de discriminación hacia el campesinado no son recientes, simplemente estrategias como la tecnificación agrícola se presentan como nuevas lógicas de poder y dominación.

Además, abrir la discusión sobre la identidad campesina en la vereda implica pensar en cómo puede negociar el campesino con esos parámetros modernos del mercado y producción agrícola sin perder su esencia, porque por lo general las lógicas del mercado y modernidad han implicado cambios severos. Por ejemplo, los procesos de migración por parte de los jóvenes del territorio, que se deben a que el trabajo en los monocultivos es muy pesado y no genera aceptación en algunos jóvenes, quienes buscan otras alternativas, como estudiar o trabajar en empresas cercanas o lejanas al municipio.

El discurso del desarrollo sostenible en Guarne.

En este contexto, enfoques como el desarrollo sostenible pueden aparecer como una herramienta que de alguna manera concilie los intereses de los campesinos, el mercado, la industria y los recursos naturales. Al respecto se puede plantear un cuestionamiento de qué es lo sostenible en el territorio, pues al parecer la tarea de este enfoque consiste únicamente en denominar parte del suelo como “suelo para la producción sostenible” y en implementar un ente regulador. Esto, recordando que el desarrollo sostenible surge desde la sospecha al dejar “un amplio margen de ambigüedad sobre el tipo de “bienestar” que se persigue, y

sobre quiénes son y en dónde vivirán esas “generaciones futuras” (Castro y Grosfoguel, 2007, p. 170), conviene entonces pensar más a fondo sobre las reales garantías de los denominados modelos de producción sostenible o eficaces, además si pensamos que ese modelo de desarrollo sostenible es un factor que influye en las relaciones de sobre-explotación y sobre producción en el territorio, alentando el crecimiento del mercado. En este punto, las ciertas ventajas a través del desarrollo sostenible muestran a este discurso “como cualquier otro discurso, no es ni verdadero ni falso en sí mismo, sino que produce “efectos de verdad”, como lo explica Foucault” (Escobar, 1995, p. 10).

Es así como el desarrollo rural sostenible, la producción sostenible y en general, la categoría “sostenible” transverzalizan el Plan Básico de Ordenamiento Territorial del municipio de Guarne. Según este documento, uno de los principales fines del ordenamiento territorial es “atender los procesos de cambio en el uso del suelo y adecuarlo en aras del interés común, procurando su utilización racional en armonía con la función social de la propiedad a la cual le es inherente una función ecológica, buscando el desarrollo sostenible” (Concejo Municipio de Guarne, 2015, p. 6)”. De igual forma, se establecen políticas a mediano y largo plazo para la protección del medio ambiente, su paisaje natural, espacio público y sus recursos naturales y estrategias para la ruralidad sostenible como la de “introducir prácticas de producción limpia y de responsabilidad ambiental, bajo la estrategia de desarrollo sostenible, en todo el territorio apto para la industria y el campo” (p. 14).

Además, según el PBOT la vereda Guapante se ubica como una de las áreas “de restauración ecológica” (conforme al Acuerdo 250 de 2011) y como tal debería estar protegida por estrategias que dicho plan contempla, como la siguiente:

Controlar los usos y las actividades que originan el desplazamiento de la población rural y de las actividades netamente rurales y agrícolas. Las actuaciones en estas áreas están orientadas a la restauración y consolidación de las condiciones rurales iniciales, y al control estricto de los usos y actividades que originan el desplazamiento de las actividades propias del área rural. Igualmente, a la mitigación de los impactos negativos ocasionados por proyectos de infraestructura y obras de magnitud considerables (p. 232).

Lo anterior, en contraste con la realidad que se vive en territorios como Guapante, muestra que la sostenibilidad es un discurso planteado desde los planos económicos, tecnológicos y administrativos, por lo que se requiere abordarse desde otras perspectivas como la cultural. Al respecto, Escobar observa que en el contexto colombiano “las luchas por la diferencia cultural, las identidades étnicas y la autonomía local por un territorio contribuyen a redefinir la agenda del conflicto sobre el medio ambiente, más allá de los campos de la economía y la ecología (Escobar, 2005b, p. 128).

De todas maneras, analizar los impactos favorables o desfavorables del desarrollo sostenible conlleva a revisar las contradicciones constantes de los seres humanos para su supervivencia, es decir, aquel conflicto existente “entre la destrucción de la naturaleza para ganar dinero y la conservación de la naturaleza para poder vivir” (Escobar, 1995, p. 10); lo que sí se puede afirmar es que la expansión del mercado se ha convertido en una amenaza real para el campesino, puesto que gracias al modelo capitalista, el campo se ha convertido en escenario de despojo, migraciones, desplazamiento, saqueo de recursos, entre otras circunstancias que ocasionan pérdidas en la identidad y en la vocación, especialmente en los campesinos y campesinas más jóvenes, generando un aumento en el fenómeno de

migraciones desde el campo hacia la ciudad. Esto hace que los territorios rurales cada vez se encuentren menos habitados, y que la propiedad esté en manos de un número cada vez más reducido de terratenientes.

A propósito de este último asunto, la Oxfam, se refiere al concepto de desplazamiento producido por el monocultivo y habla de un desplazamiento directo y un desplazamiento indirecto. El desplazamiento directo se presenta con la compra de tierras a los campesinos. En el caso de Guapante, habría que preguntarse por el fenómeno del arrendamiento de los terrenos para la siembra de tomate como una forma de desplazamiento, pues aunque no han vendido sus casas y sus pequeñas parcelas, los campesinos han arrendado e incluso se han desplazado a otros lugares para ceder el espacio al cultivo de tomate. Por otra parte, cuando se refiere al desplazamiento indirecto, la Oxfam, hace referencia a casos como el de los monocultivos en Paraguay “donde las familias que viven prácticamente rodeadas por plantaciones de soja transgénica (Roundup Ready) ya no pueden convivir con los problemas ambientales y de salud causados por el uso intensivo de agroquímicos, que dañan también sus cultivos y animales de cría” (2014, p. 2). Lo preocupante del caso es que en ese país, al igual que el nuestro, existen medidas por parte del Estado para el control de dicho fenómeno, sin embargo, la realidad muestra lo contrario y simplemente la ventaja es para quien o quienes poseen el recurso económico y el dominio del mercado:

Incluso cuando existe una legislación para preservar la tierra en manos del sector campesino también puede producirse el desplazamiento. En Colombia, la tierra distribuida por el Estado en procesos de reforma agraria está sujeta a restricciones para evitar la concentración de la propiedad. Aun así, Cargill logró evadir la

legislación creando 36 sociedades fantasma para que cada una de ellas comprase una cantidad de tierra inferior al límite legal. De esta forma adquirió más de 52.000 hectáreas en el departamento de Vichada, 30 veces el máximo permitido para un solo propietario (Oxfam, 2014, p. 3).

Resistencias emergentes en Guarne: “No a la minería”

A la transformación del suelo gracias a la implementación del monocultivo, se suma una problemática emergente, la minería, fenómeno que desató polémica en el municipio desde el 2013, gracias a que en ese año se reveló la concesión de títulos mineros en la zona, expedidos entre los años 2005 y 2009. En Guapante, hay dos títulos mineros para extracción de metales preciosos donde una de las empresas que tiene el permiso para trabajar la explotación minera es la Anglogold Ashanti. Según la Secretaría de Minas de la Gobernación de Antioquia, actualmente existen varias solicitudes de explotación minera en Guarne:

Tenemos otorgados seis títulos mineros, los cuales se hicieron acorde al proceso legal y esos títulos hoy están en diferentes etapas. Cinco se encuentran en estado de exploración, lo que significa que apenas están adelantando labores de reconocimiento del terreno para determinar si amerita llegar a un punto concreto de explotación. Solo hay un título que ha ido un poco más allá y presenta los requisitos para explotar pero aún no se aprueba (Ríos, 2013, prr. 3).

Ante esto, una forma de resistencia y rechazo por parte de la comunidad, especialmente la de las zonas de reserva forestal, ha sido la denuncia ante medios de comunicación

regionales, los cuales muestran las diferentes versiones de la problemática. Según los mineros, la Administración Municipal los ha dejado solos ante la actitud reacia de la comunidad; según la Gobernación de Antioquia, no hay por qué alarmarse, debido a que de la solicitud de concesión de un título minero a la etapa de explotación hay un proceso muy largo, durante el cual se presenten diversas eventualidades; y mientras tanto, la Administración Municipal, sostiene inicialmente que desconocía tal situación.

De igual manera, se han presentado procesos organizativos de movilización desarrollados principalmente en la zona urbana del municipio de Guarne, los cuales claramente han manifestado su oposición a la minería en el sector. Estas movilizaciones de los habitantes del municipio han contado con un gran despliegue de personas, en donde se hacen reclamos directamente a la alcaldía municipal por permitir que se incursione con minería el territorio. Estas manifestaciones, como la firma de documentos que se oponen a la explotación de oro y materiales de construcción y algunas marchas, han contado con gran acogida por parte de la comunidad Guarneña, bajo el argumento de proteger principalmente el agua.

Una de estas manifestaciones incluso se presentó en la ciudad de Medellín hace dos años, donde algunos activistas defensores del medio ambiente se congregaron a través de una manifestación artística para pronunciarse en contra de los proyectos de explotación minera en el municipio de Guarne.

No obstante, CORNARE ha tratado de menguar la problemática, argumentando que hasta el momento no se ha otorgado ninguna licencia ambiental para la explotación minera, y que por tanto, se trata sólo de especulaciones. Pese a esto, el interés de las

multinacionales por la minería en Guarne se constituye en una amenaza latente y en una gran preocupación especialmente para los sectores interesados en la defensa del agua.

Aun así, vale la pena recordar que precisamente la utilización inadecuada del agua es uno de los factores que está generando un fuerte impacto ambiental gracias a la forma moderna del uso del suelo en la vereda, desmontando el discurso de sostenibilidad y sustentabilidad de los recursos, y sin embargo, hasta el momento no se hacen visibles acciones de oposición al respecto, porque en el pensamiento común no cabe la idea que los monocultivos puedan igualar a la minería en las repercusiones ambientales, aunque experiencias como las mexicanas y argentinas nos indiquen que sí.

Ante la situación planteada, Gonzalo Uribe Restrepo, abogado de la dirección de Fiscalización de la Secretaría de Minas del Departamento de Antioquia, enfatiza que “solamente el Congreso Nacional puede disponer cualquier cosa en materia minera, ni los consejos municipales, ni las asambleas departamentales ni ningún ente territorial puede, ni prohibir ni limitar en cualquier sentido la actividad minera” (Ríos, 2013). No obstante, esta afirmación puede cuestionarse en cuanto al supuesto poder irrevocable del Estado con respecto a las disposiciones sobre los territorios rurales y sobre los recursos naturales. Una muestra de ello, es el caso del municipio de Cajamarca en el departamento del Tolima, donde en febrero del año 2017, como resultado de 7 años de trabajo por parte de la ciudadanía, una consulta popular mostró la desaprobación por parte de la población con un 97% de rechazo hacia la ejecución de un proyecto minero. Según Greenpeace “este resultado evidencia que los ciudadanos buscan proteger su tierra ya que conocen el poder

destrutivo de estos proyectos, que no sólo alteran ecosistemas únicos sino que además afectan a la salud de las comunidad” (Greenpeace, 2017, prr. 2).

Otro caso similar se presentó en la subregión del Suroeste Antioqueño, pues “el 31 de agosto de 2012, el municipio de Támesis (uno de los 23 pueblos que conforman el suroeste antioqueño) tomó una de las decisiones más trascendentales de la historia política y constitucional de Colombia” (Ceballos, 2012, prr. 1), al declarar a este municipio como “libre de minería”, oponiéndose contundentemente al ingreso de las locomotoras mineras. Esta acción, catalogada como “un acto de soberanía y autonomía territorial” da cuenta de las posibilidades que tienen los pueblos de servirse de herramientas como la Constitución Política para la defensa y protección de sus territorios. Este ejemplo fue retomado más adelante por otros municipios de la región, como Urrao y Jardín.

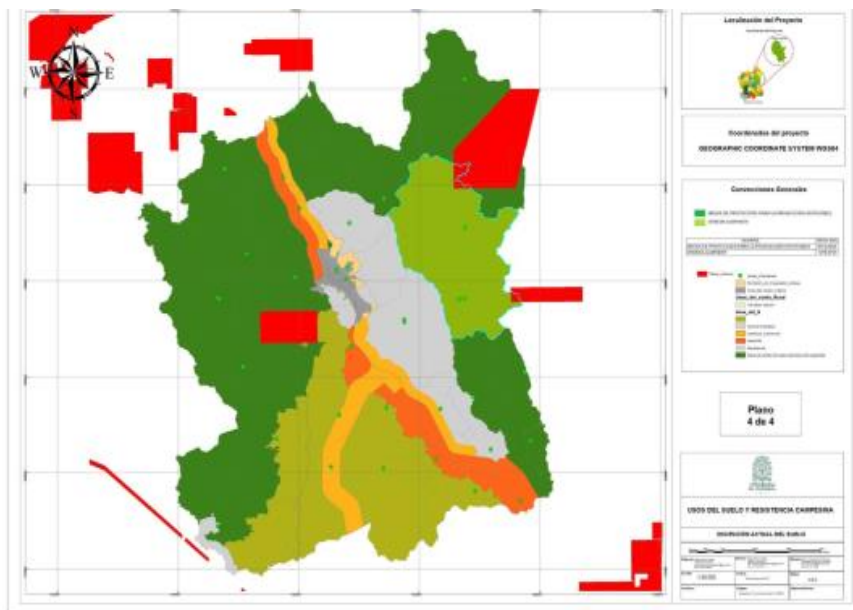


Imagen 10. Minería en el municipio de Guarne.

El mapa anterior nos muestra al municipio de Guarne y a la vereda Guapante. En color rojo muestra las áreas del suelo que han sido asignadas para uso minero, como anteriormente lo mencionamos.

La resistencia en Guapante, un reflejo de la dinámica global

Es posible afirmar que las problemáticas que han hecho vulnerables al campesinado, han sido un fenómeno que ha permeado todos los países en el mundo desde la colonia hasta el momento actual, donde las formas de lucha y resistencia para enfrentar las prácticas de dominio y discriminación se han transformado de acuerdo al orden establecido de cada época y de cada contexto, y donde actualmente:

El nuevo imperio opera no tanto a través de la conquista, sino más bien a través de la imposición de normas (libres-mercados, democracia y nociones culturales de consumo al estilo estadounidense, y otros). El anteriormente denominado Tercer Mundo es, ante todo, el teatro de una multiplicidad de pequeñas guerras crueles que, en lugar de ser un regreso a la barbarie de antaño, están vinculadas a la actual lógica global (Escobar, 2006, p. 29).

Tal como se ha visto, el caso de Guapante puede asemejarse al contexto global, pues con respecto a los procesos de resistencia en varios países del mundo, se hallan generalidades de las luchas campesinas recientes que dan cuenta de factores comunes a las diferentes regiones y que a su vez se presentan como retos de la agricultura actual: la necesidad de una reforma agraria integral para que los campesinos y campesinas recuperen la tierra; la circulación libre de semillas nativas y la prohibición de las semillas transgénicas; la

transmisión y validez de los saberes tradicionales del campesinado en las prácticas de cultivo y la recuperación del suelo y del ambiente a través de la agricultura orgánica, exceptuando del uso de sustancias químicas. Sin embargo, estas y otras variables asociadas pueden abreviarse más aún a una sola problemática, pues como se ha observado, la lucha de muchos agricultores, agricultoras, campesinos y campesinas en el mundo está siendo desatada gracias a la posesión de las tierras por parte de pocos propietarios o multinacionales para usos como los monocultivos, la agroindustria y la minería, entre otros.

En este punto conviene resaltar a “La Vía Campesina” como una de las principales referencias internacionales de resistencia a la globalización capitalista de las políticas agrícolas y la agroindustria surgida en la década de los noventa. Nació en 1993 y está conformada por “millones de campesinos y campesinas, pequeños y medianos productores, pueblos sin tierra, indígenas, migrantes y trabajadores agrícolas de todo el mundo y comprende en torno a 164 organizaciones locales y nacionales en 73 países de África, Asia, Europa y América. En total, representa a alrededor de 200 millones de campesinos” (La vía Campesina, 2011, prr.2). La resistencia de los campesinos y campesinas que conforman esta organización se basa en la defensa de la agricultura sostenible a pequeña escala, la oposición a los agronegocios y multinacionales, la búsqueda de la unidad entre pequeños y medianos productores agrícolas procedentes del Norte y del Sur. Uno de sus principales objetivos es la soberanía alimentaria, pues está convencida de que el campesinado mundial puede producir los alimentos para sostenerse y para alimentar al mundo. De igual manera, la Vía defiende los derechos de las mujeres campesinas, reconociendo que las mujeres producen el 70% de los alimentos mundiales, pero están marginadas y oprimidas por el neoliberalismo y el patriarcado (La Vía Campesina, 2011, prr. 6).

Del mismo modo, en Latinoamérica, las luchas actuales del campesinado están relacionadas con la transformación del contexto en el orden económico, político y social, y ponen en cuestión asuntos como la reforma agraria, la redistribución de los recursos hídricos, el control del estado sobre la agroindustria y los mercados, los créditos hacia los sectores campesinos, la soberanía alimentaria, la plurinacionalidad, la interculturalidad y el acaparamiento de tierras y territorios, entendiendo este último como la acumulación y apropiación de los derechos sobre la tierra a través de mecanismos como la compraventa, concesión o apropiación “legal” o ilegal por parte de actores, bien sea actores locales o ajenos al territorio.

Pese a todo esto, aunque la lucha parezca desalentadora, en esa búsqueda por medio de los procesos de resistencia “encontrar un rumbo nuevo que nos lleve a un mundo más habitable y soleado habrá sin duda avances y retrocesos, pero ésta es una batalla que no podemos darnos el lujo de perder” (Bartra, 2014, p. 276). Y en este camino, uno de los retos es develar las formas, muchas de ellas ocultas, en que los efectos adversos del capitalismo afectan al campesinado, tras el disfraz del bienestar y la supuesta calidad de vida, pues no se puede negar que si bien, por un lado se generan mejores condiciones como el acceso a los servicios públicos y algunas comodidades, por el otro se está sometiendo a un grave riesgo la salud del campesinado especialmente por la utilización de insumos químicos.

Hasta el momento en la vereda Guapante no existen movimientos, asociaciones o grupos organizados por campesinos y agricultores que dirijan acciones de resistencia. Sin embargo, hay dos Juntas de Acción Comunal -JAC-, una en el sector conocido como Guapante

Arriba y la otra en Guapante Abajo; ambas trabajan de manera particularizada, es decir, que no dependen la una de la otra, gracias a que las personas inscritas han encontrado diferentes beneficios al dividirse por sectores en cuanto a la distribución de recursos, a la resolución de problemáticas sectorizadas, entre otros. Esto no ha impedido que las JAC hayan manifestado su malestar frente a la expansión de los invernaderos por la contaminación que se genera en el recambio de los mismos, la contaminación de las aguas, la deforestación de los bosques, la pérdida de vegetación nativa, las amenazas a la fauna, y principalmente, la pérdida de las costumbres y tradiciones de los campesinos que se vieron sustituidas por el “progreso civilizatorio” que sugiere nuevas prácticas propagadas con la globalización, acompañadas por la llegada de nuevas tecnologías.

Hasta el momento actual, estas organizaciones comunales siguen constituyendo el mayor porcentaje de representación de la participación social de las comunidades en el país, y por tanto, también se configuran como movimientos que han defendido los recursos de los territorios. Así mismo, también tienen la tarea de “mostrar que la vida, el trabajo, la naturaleza y la cultura se pueden organizar de manera distinta a los modelos predominantes de cultura y mandato económico” (Escobar 2005b, p. 138).

CONCLUSIONES

En el proceso investigativo se logra evidenciar en la vereda Guapante que el discurso de la cultura hegemónica es la expansión de los monocultivos, donde se promueve el “desarrollo” occidental que está guiado por esa idea de consecución de progreso y tecnificación de la agricultura, un desarrollo pensado por el aumento monetario y el control de los mercados antes que la naturaleza y los campesinos, lo que ocasiona que los campesinos que no lo consideran propio, no se identifican o que no creen en ese tipo de discursos, sean mantenidas “a raya”.

La incursión del desarrollo en Guapante y en el país, trajo consigo cambios de orden estructural a través de la incorporación de conceptos como la planeación territorial, en donde se le atribuye a la naturaleza y a las personas cómo se deben usar los suelos, permitiendo así la subordinación de los ecosistemas y las tradiciones de los habitantes. Además, la planeación municipal y los planes de desarrollo se transforman en una estrategia para dinamizar el flujo del mercado en los territorios, buscando alta competitividad y mayor producción de mercancías, con la búsqueda de aumentar los indicadores de desarrollo y el crecimiento del producto interno bruto del país.

Las prácticas de abastecimiento tradicionales, que son una clara dinámica de resistencia en el territorio y que no dependen del dinero, pasan a ser sinónimos de atraso y subdesarrollo, donde poseer semillas propias se transforma en un acto profundamente revolucionario porque ocasiona un obstáculo a la propuesta de homogenización de la producción agrícola en el territorio.

Estrategias como el endeudamiento a los campesinos se transforman en el camino por el cual se comienza a pasar de agriculturas tradicionales a unas más tecnificadas, pues se

facilita el recurso económico para la construcción de los invernaderos, la compra de semillas de alto rendimiento y de agro tóxicos que aumenten la rentabilidad y producción de los cultivos, lo cual trae consigo una clara consecuencia: la proletarización paulatinamente del campesinado en la vereda de Guapante.

Los procesos de expansión de monocultivos, por lo general, son aceptados por la población campesina, ya que son estos los que logran de manera eficiente cubrir las necesidades básicas de los mismos, además de generar la sensación de aumento en la calidad de vida el sector.

RECOMENDACIONES

De acuerdo los resultados de esta investigación es conveniente sugerir al campesinado de Guapante trabajar de la mano de las JAC del sector, como principales organizaciones de participación comunitaria, para pensar diversas formas participativas de entender el territorio habitado y como una estrategia de empoderamiento de sus territorios.

Se recomienda acciones enfocadas al campesino que busquen trascender al hacer, en cuanto al desarrollo de las labores y actividades diarias al interior de los invernaderos porque aunque se conoce que se está expuesto a venenos que afectan de alguna manera la salud del trabajador, por consiguiente se sugiere pensar en alternativas de realizar la labor de manera menos nociva, por ejemplo el uso de tapabocas, y ropa cubierta que exponga lo menos posible el cuerpo de los campesinos.

Se recomienda hacer estudios sobre las afectaciones de los monocultivos en el sector, bien sea desde el área social y/o ambiental, especialmente con respecto a contaminación a fuentes hídricas, pérdida de la diversidad animal y pérdidas en la vegetación nativa del sector, puesto que, como se planteó aquí, la zona de Guapante, como muchas otras del país y del mundo se encuentran en un peligro inminente arriesgando el presente, y en mayor medida, el futuro de nuestras generaciones.

Se recomienda buscar mejores alternativas de eliminación de los residuos producidos por los invernaderos, por ejemplo reciclar los plásticos que se generan al invernadero cumplir su vida útil, puesto que las quemadas y enterrar el plástico “para que el monte se lo coma” no son estrategias ambientalmente viables, adicionalmente se debe fortalecer la postura ecológica de los campesinos en el sector ya que muchas veces esta brilla por su ausencia.

Para finalizar se recomienda hacer un análisis exhaustivo de las condiciones actuales del suelo en la vereda puesto que día a día se van generando problemáticas de fertilidad, los cuales están estrechamente relacionados con los usos extractivitas del suelo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alimonda, H. (2011). La colonialidad de la naturaleza. Una aproximación a la Ecología Política Latinoamericana. En Alimonda, H. (Coord.). (21-61). *La Naturaleza colonizada*. Buenos Aires: CLACSO.

Bartra, A. (2008). *El hombre de hierro*. México: Universidad Autónoma de la ciudad de México.

Bartra, A. (2014). *El hombre de hierro. Límites sociales y naturales del capital en la perspectiva de la Gran Crisis*. México: Universidad Autónoma de la ciudad de México.

Bejarano F. (2003). Corporaciones, riesgos y prevención de daños de los plaguicidas. En Bejarano, F y Mata, B. (comp.), *Impactos del libre comercio, plaguicidas y transgénicos en la agricultura de América Latina*. México: Red de Acción sobre Plaguicidas y Alternativas en México.

Bisang, R. y Sztulwark, S. (2005). *Tramas productivas de alta tecnología y ocupación. El caso de la soja transgénica en la Argentina*. Recuperado de http://www.trabajo.gov.ar/downloads/biblioteca_estadisticas/toe4_04tramas.pdf

Boltvinik, J. (2012). Pobreza y persistencia del campesinado. Teoría, revisión bibliográfica y debate internacional. *Mundo Siglo XXI, revista del CIECAS*, 8, (28), 19-39.

Cáceres, D. M. (2014). Accumulation by dispossession and socio-environmental conflicts caused by the expansion of agribusiness in Argentina. *Journal of Agrarian Change*, doi 10:1111/joac 12057

Carrera, B. y Kucharz, T. (2006). *La insostenibilidad de los monocultivos agro-industriales -mayoritariamente destinados a la exportación como la palma de aceite*. Recuperado de https://www.ecologistasenaccion.org/IMG/pdf/Las_insostenibilidad_de_los_monocultivos_agroalimentarios.pdf

Castro, S. y Grosfoguel, R. (2007). *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

Ceballos, J. (2012). *En la lucha del suroeste antioqueño contra la minería*. Recuperado de <http://www.elespectador.com/noticias/nacional/lucha-del-suroeste-antioqueno-contra-mineria-articulo-394483>

Centro de Estudios Miguel Enríquez [CEME]. (2006). *Modos de producción y formaciones sociales en América Latina*. Archivo Chile. Recuperado de http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/vitalel/8lvc/08lvteohist0001.pdf

Centro de Estudios Territoriales -Universidad Católica de Oriente- [UCO]. (2014). *Clasificación de los usos industriales; impactos urbanísticos y ambientales*. UCO.

Concejo Municipio de Guarne. (2015). *Acuerdo No. 003 del 06 de mayo de 2015 por medio del cual se adopta la revisión y ajuste del Plan Básico de Ordenamiento Territorial del Municipio de Guarne – Antioquia*.

Corporación Autónoma Regional de las Cuencas de los Río Negro y Nare
[CORNARE]. (2014). *Objetivos y funciones*. Recuperado de
http://www.cornare.gov.co/index.php?option=com_content&view=article&id=90&Itemid=100

Díaz, L. (1990). *Historia de Guarne*. Editorial Impresos el Día.

Díaz, L. (1995). *De Guarne y de todas partes*. Editorial Impresos el Día.

Duch, G. y Fernández, F. (2010). *La agroindustria bajo sospecha*. Barcelona: Edicions Rondas.

Erice, F. (2012). *La concepción materialista de la historia: el materialismo histórico*. Madrid: Partido Comunista de España

Escobar A. (2007). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Caracas: Fundación Editorial el perro y la rana

Escobar, A. (1990). El desarrollo sostenible. Diálogo de discursos. *Ecología Política Cuadernos de Debate Internacional*, (9), 7-27.

Escobar, A. (2005). El “postdesarrollo” como concepto y práctica social. En Mato, D. (Coord.). (17-31). *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*. Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela.

Escobar, A. (2005). Una ecología de la diferencia: Igualdad y conflicto en un mundo glocalizado. En U. del Cauca, Colombia (123-144). *Más allá del Tercer Mundo. Globalización y diferencia.*

Escobar, A. (2006). *Modernidad, identidad y la política de la teoría.*

Escobar, A. (2010). *Territorios de diferencia: Lugar, movimientos, vida, redes.* Chapel Hill: Departamento de Antropología Universidad de Carolina del Norte.

Escobar, A. (2011). Ecología política de la globalidad y la diferencia. En Alimonda, H. (Coord.). (61-93). *La Naturaleza colonizada.* Buenos Aires: CLACSO.

Escobar, A. (2011). Una minga para el posdesarrollo. *Signo y Pensamiento*, (30), 58, 306-312.

Estrada, A. (2010). *Los tratados de libre comercio y la inversión extranjera.* *Pensamiento jurídico* N. 27. UNAL. Bogotá.

Flórez, A. (2012). Elementos para una nueva historiografía agraria: la obra de James Scott. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 21, 139-154.

Flórez, E. (1976). *Vieja revolución, nuevos problemas en México.* Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Giddens, A. (1985). Las relaciones de producción y la estructura clasista, capítulo III. En Giddens, A. (81-96). *El Capitalismo y la Moderna Teoría Social.* Barcelona: Labor.

González, A., Castañeda, M. y Giraldo, D. P. (2017). La economía extractiva y la economía tradicional en el municipio de Mutatá. Una aproximación sistémica en

perspectiva de impactos socio-ambientales (1990-2015). *Revista Rural & Urbano Recife*, (2), 1, 151-174.

Greenpeace. (2017). *Cajamarca: El poder ciudadano que dijo no a la minería*. Recuperado de <http://www.greenpeace.org/colombia/es/Noticias/Cajamarca-El-poder-ciudadano-que-dijo-no-a-la-mineria/>

Gudynas, E. (2010). Agropecuaria y nuevo extractivismo bajo los gobiernos progresistas de América del Sur. *Territorios*, (5), 37-54.

Gudynas, E. (2013). Extracciones, extractivismos y extrahecciones: un marco conceptual sobre la apropiación de recursos naturales. *Observatorio del Desarrollo CLAES*, (18), 1-18

Gudynas, E. (2014). Ecologías políticas: ideas preliminares sobre concepciones, tendencias, renovaciones y opciones latinoamericanas. *Ecología Social*, 1, 1-17.

Harvey, D. (1990). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Argentina: Amorrortu editores.

Harvey, D. (2014). *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*.

Jaramillo, J. (1979). Polémica: producción campesina y capitalismo. *Revista Colombiana de Sociología*, 1, (1), 61-102.

Jiménez, M. (1990). La fundación Rockefeller y la investigación agrícola en América Latina. *Comercio Exterior*, 40, (10), 968-975. Recuperado de <http://revistas.bancomext.gob.mx/rce/magazines/167/7/RCE7.pdf>

Kalmanovitz, S. y López, E. (2006) *La agricultura en el siglo XX*.

La Vía Campesina. (2011). *La voz de las campesinas y de los campesinos del mundo*. Recuperado de <https://viacampesina.org/es/index.php/organizacionmenu-44>

Londoño, E. (1998). *La apertura económica en Colombia*. Pensamiento humanista. UPB. Recuperado de:
<https://revistas.upb.edu.co/index.php/PensamientoHumanista/article/view/336>

Martínez, J. (2004). Los Conflictos Ecológico-Distributivos y los Indicadores de Sustentabilidad. *Revista Iberoamericana de Economía Ecológica*, 1.

Martínez, J. A. (2016). *Bello Oriente y la permacultura: desde la soberanía alimentaria como estrategia alternativa de resistencia al modelo agroalimentario hegemónico*. (Tesis de grado). Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Marx, K. (1867). *La acumulación originaria*. Recuperado de:
<https://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/eccx86s.htm>

Massiris, A. (2008). Gestión del Ordenamiento Territorial en América Latina: Desarrollo recientes. *Proyección*, (1), 4.

Miranda, E., Ruíz, F. A., Ortiz, M. A. y Franco, M. (2016). *Ciclo de acción colectiva agraria durante el año 2013 en el departamento de Antioquia*. (Tesis de grado). Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Ocampo, J. A., Bernal, J, Avella, M. y Errázuriz, María. (2000). *La Consolidación del Capitalismo Moderno (1945-1986)*. Subgerencia Cultural del Banco de la República. Recuperado de
<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/economia/histecon/histecon8a.htm>

Oxfam Internacional. (2014). La pequeña agricultura en peligro. Expansión de los monocultivos, tierra, alimentos y medios de vida en América Latina. Informe de OXFAM, (180), 1-28.

Pengue W. A: (2005). *Agricultura Industrial y Transnacionalización en América Latina*.

Pengue, W. A. (2004). Transgénicos en la agricultura argentina. La omisión socioeconómica y ecológica. *Tecnología y Sociedad. Revista Latinoamericana ITDG*, (6), 42-65.

Quijano, A. (2012). “Bien vivir”: entre el “desarrollo” y la des/colonialidad del poder. *Viento Sur*, (122), 46-56.

Ramírez, E. A., González, E. y Espinosa, Nicolás. (2013). La apropiación política del territorio. Estrategias de participación política y de resistencia campesina en los llanos del Yarí. *Revista El Ágora USB*, 14, 177-202.

Ramírez, Y. A., Orozco, Y. A. y Pérez, N. M. (2011). *Efectos socio-económicos del Proyecto Parque Arví en la vereda Mazo del corregimiento de Santa Elena Medellín Antioquia*. (Tesis de Grado). Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Ríos, F. (Productor). (2013) *¿Guarne, tierra minera?* [Vídeo]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=3uUPKw6HZLA>

Ríos, J. P. (2013). *Minería amenaza el Parque Arví*. Recuperado de http://www.elmundo.com/portal/noticias/territorio/mineria_amenaza_el_parque_arvi.php#.WPkx0EU1_IV

Schejtman, A. (1980). Economía campesina: lógica interna, articulación y persistencia. *Revista de la Cepal*, (11), 121-141.

Scott, J. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*.

Scott, J. (2014). Explotación normal, resistencia normal. *Relaciones Internacionales*, (26), 85-104.

Segrelles, A. (2001). *Problemas ambientales, agricultura y globalización en América Latina*. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales. Universidad de Barcelona. Recuperado de: <http://www.ub.edu/geocrit/sn-92.htm>

Silvetti, F. y Cáceres, D. (2015). La expansión de monocultivos de exportación en Argentina y Costa Rica. Conflictos socioambientales y lucha campesina por la justicia ambiental. *Mundo Agrario*, 16, (32). Recuperado de <http://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/article/view/MAv16n32a08>

Svampa, M. (2009). *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires: Siglo XXI editores y CLACSO coediciones.

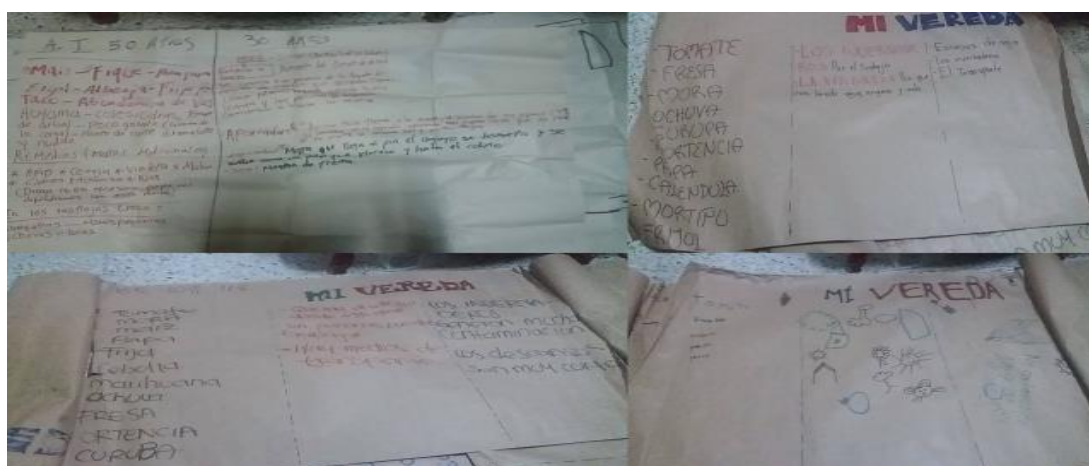
Taussaint, E. (2004). *La bolsa o la vida*. Buenos Aires: Editorial CLACSO.

ANEXOS

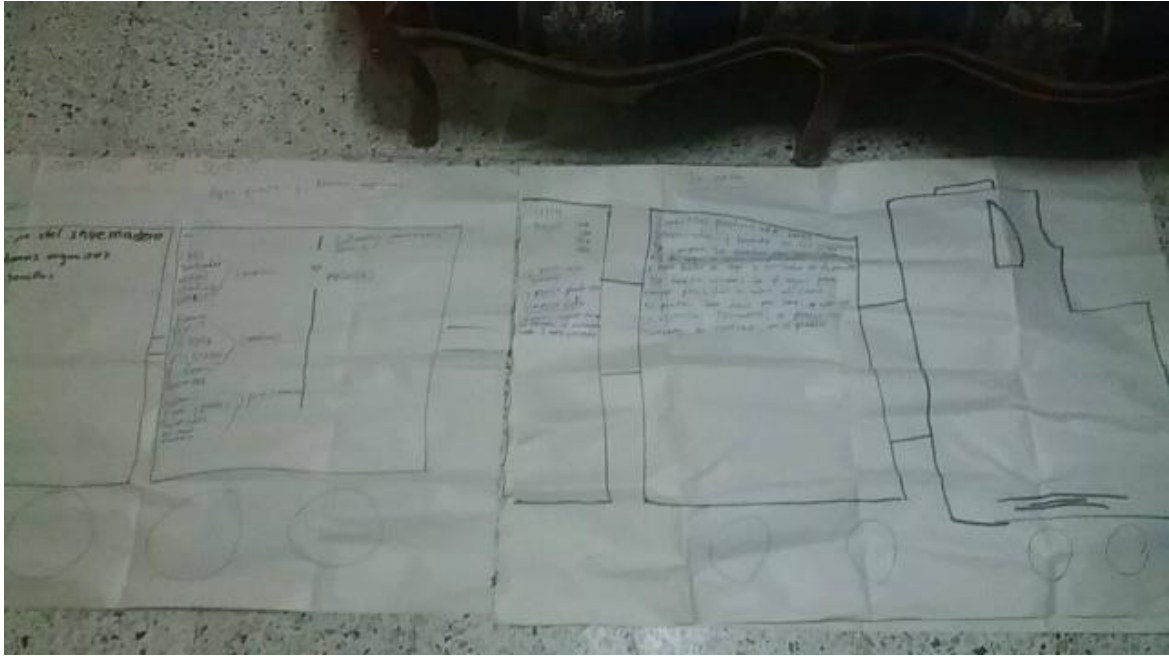
Anexo 1. Mapa con cuencas y curvas de nivel, obtenido del encuentro con Diego Rivera, habitante del municipio de Guarne.



Anexo 2. Memorias del taller “Reconociendo nuestros Saberes” con los ancianos y los estudiantes de la vereda.



Anexo 3. Taller "El Tren"



Anexo 4. Cultivo de Tomate de aliño en la vereda Guapante.



Anexo 5. Proceso de selección del Tomate.



Anexo 6. Camiones que transportan el tomate.



Anexo 7. Inicio de la Vereda Guapante.

